

Revista
Cultural

Lotería

Edición Especial II - Octubre de 1998

TEATRO INÉDITO Y PROSA SELECTA
DE JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ
AÑO MCMXCVIII



***Junta Directiva de la
Lotería Nacional de Beneficencia***

Presidente

LIC. ROLANDO A. MIRONES JR.

Representante del Ministerio de Gobierno y Justicia

LIC. JOSÉ PABLO VELÁSQUEZ

Representantes de Compradores de Billetes

SR. VICTOR RAÚL VÁSQUEZ DR. JOSÉ EMILIO SIMONS BRAGIN

Representante Suplente de Compradores de Billetes

SR. GUILLERMO MANFREDO BERNAL

Representante de la Contraloría

LIC. LUTZIA FISTONICH

Representante del Sindicato de Billeteros

SRA. LEOCADIA TORRES ÁLVAREZ

Representante Suplente del Sindicato de Billeteros

PROF. RUBÉN PATIÑO R.

Revista Cultural **Lotería**

Edición Especial II - Octubre de 1998

**TEATRO INÉDITO Y PROSA SELECTA
DE JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ
AÑO MCMXCVIII**

Lic. Everardo Duque

Director General

Ing. Rolando Luque

Sub Director General

Prof. Marcela F. de Rodríguez

Directora de Desarrollo Social y Cultural

Justo Arroyo

Editor

CONSEJO EDITORIAL

Aníbal Illueca S.

Demetrio C. Toral

REVISTA LOTERIA

Publicación de la Dirección de Desarrollo Social y Cultural
ISSN 0024.662X

©Lotería Nacional de Beneficencia de Panamá

**Se permite la reproducción del presente material y se agradece
consignar como fuente la REVISTA CULTURAL LOTERIA.**

Para suscripciones y consultas sobre la **REVISTA LOTERIA**

Comunicarse con el Departamento Cultural.

ROMMEL ESCARREOLA PALACIOS

Telefax.: 227-1316 • Apartado Postal N° 21, Panamá 1, Panamá

Diagramación e impresión de: Editora Sibauste, S.A.

EDICIÓN ESPECIAL II

TEATRO INÉDITO
Y
PROSA SELECTA DE JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ

INDICE

Editorial	5
---------------------	---

PRIMERA PARTE
TEATRO INÉDITO

El Loco	7
-------------------	---

Arturo	31
------------------	----

SEGUNDA PARTE
PROSA SELECTA

Libro para Rodar	95
----------------------------	----

Teoría del vuelo	143
----------------------------	-----

Biobibliografía de José de Jesús Martínez	163
---	-----

EDITORIAL

TEATRO INÉDITO

Y

PROSA SELECTA DE JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ

Junto con la Poesía, el género más cultivado por José de Jesús Martínez fue el Teatro. E, independientemente del análisis de su obra, interesa enfatizar la complejidad de esta producción, su abundancia y diversidad. Dentro de ese espectro, la crítica literaria de Panamá tiene una titánica labor por delante.

Porque a pesar de existir varios creadores llamados José de Jesús Martínez, es decir, varios autores con materiales distintos, al final encontramos una sola voz permeando nuestra conciencia: la del poeta introspectivo que sostiene al ser humano de carne y hueso extrovertido hasta médula.

Y ya se trate del amor, de la muerte o de la solidaridad, ya se incursione en las matemáticas o en las teorías de la probabilidad o en la filosofía moderna, al final lo que prevale es la desnuda personalidad de uno de los panameños más brillantes.

Como con la EDICION ESPECIAL I, dedicada a la poesía selecta de José de Jesús Martínez, nuevamente dejamos constancia de nuestro agradecimiento a la viuda de Chuchú, la licenciada Silvana Branchetti de Martínez, quien gentilmente colaboró con estas Ediciones Especiales de la *Revista Cultural Lotería*, proporcionándonos las obras inéditas de Teatro que se presentan aquí: *El Loco y Arturo*. Dos piezas, una breve y otra larga, en donde se reafirma el talento dramático de Chuchú.

El escogimiento de ejemplos de prosa de Chuchú conlleva el riesgo de perspectivas limitadas. Sus ensayos y testimonios forman

un todo cuya singularización no parece aconsejable. Aunque, como se anota arriba, en todos ellos encontramos la misma voz subjetiva, invitándonos a pasar por encima de los acontecimientos para escuchar al autor, a José de Jesús Martínez.

Es por esta razón por la cual, y en un intento por mostrar ese particular acercamiento de Chuchú a la creación literaria en prosa incluimos en esta Edición Especial II dos trabajos que ilustran lo que llevamos dicho. Se trata del *Libro para Rodar* y de *Teoría del Vuelo*.

El primero tiene el atractivo de fundir ante nuestros ojos narrativa, poesía y filosofía, al tanto que el segundo reitera estos elementos pero al servicio ahora de otra de las grandes pasiones de Chuchú: la aviación.

Esperamos que estas Ediciones Especiales de la *Revista Cultural Lotería*, que orgullosamente brindamos al público panameño y latinoamericano, sean la antesala de la publicación de las Obras Completas de este panameño de excepción: José de Jesús (Chuchú) Martínez.

EL LOCO

E L L O C O

Personajes, según el orden en que aparecen:

DOCTOR

POLICÍA 1

INSPECTOR

POLICÍA 2

POLICÍA 3

ENFERMERA

ESPOSA

HIJA

Derecha a izquierda, las del público.

ACTO ÚNICO

Sala de espera de un médico psiquiatra. Al fondo, puerta principal. En el lateral izquierdo, puerta que comunica con el consultorio. La decoración debe ser realista.

(Entran por la puerta principal el Doctor y un Policía)

DOCTOR.- *(Voz baja)* Mire usted, allá, aquella es la puerta. Lo he encerrado en el consultorio.

POLICÍA.- *(Voz baja también. Nervioso)* Y... ¿tiene usted la llave?

DOCTOR.- Sí, aquí está. Tenga. *(El Policía no la coge)*

POLICÍA.- ¿Y no hay otra puerta, una ventana, por donde pueda haberse escapado?

DOCTOR.- No. De salir, tendría que ser por aquí. Tenemos que proceder con mucho cuidado. Está armado, como le digo. No sé de dónde pudo conseguirse ese cuchillo. Tiene usted que quitárselo. Es un loco furioso.

POLICIA.- Quizás debamos esperar a que venga el inspector. He telefoneado y no tardarán en llegar.

DOCTOR.- Pero puede forzar la puerta mientras tanto. Los locos, cuando se enfurecen, tienen una fuerza prodigiosa. Es peligroso. Si ese loco sale a la calle... en ese estado... no quiero ni pensarlo. Me sentiría responsable.

POLICÍA.- No oigo nada. No parece que tenga intenciones de forzar la puerta.

DOCTOR.- Tengo más de diez años de ejercer la profesión de médico psiquiatra. Conozco estos casos. Les da por arrebatos. Es imprescindible que le quite usted ese cuchillo. También usted será responsable si ese hombre se escapa y comete un crimen. Cualquier transeúnte..., los que habitan este edificio..., nosotros mismos..., cualquiera puede ser la víctima o las víctimas de esa fiera encerrada.

POLICÍA.- Bu... bu... eno. Déme usted la llave.

DOCTOR.- Tenga. Despacio, sin hacer ruido. Hay que agarrarlo desprevenido. *(Se acercan a la puerta)* tenga preparada la pistola, por si acaso. Puede que esté furioso todavía. Corremos un peligro mortal.

(El policía abre la puerta con mucha precaución. El Doctor se ha quedado unos pasos atrás)

DOCTOR.- ¡Cuidado! ¡Está furioso todavía! ¡Se nos viene encima! ¡Cuidado!

(El policía dispara tres tiros. Pausa. El Doctor sale por la puerta. Al poco rato vuelve a entrar)

DOCTOR.- Lo ha matado.

POLICÍA.- Yo nunca había matado a nadie.

DOCTOR.- No había más remedio que matarlo.

POLICÍA.- Yo nunca había matado a nadie. Pero estaba furioso. Usted lo vio.

DOCTOR.- Pierda cuidado. Ha cumplido usted con su deber. ¿Ve usted? *(Le muestra el cuchillo)* No sé en dónde pudo haberlo conseguido.

POLICÍA.- Pobre hombre. ¿Tenía familia?

DOCTOR.- No. Era un hombre solo. *(Se sienta)* Me ha trastornado un poco todo esto. No sabe usted lo que significa para mí, que un paciente mío... Y sobre todo éste, Ricardo, en quien tenía tantas esperanzas de un restablecimiento total. Pero ya ve usted.

POLICÍA.- ¿Se llamaba Ricardo?

DOCTOR.- Sí. Ricardo... no sé cómo. No recuerdo ahora mismo su apellido. Yo lo llamaba Ricardo simplemente.

POLICÍA.- Pero, ¿cómo es que ha venido aquí. A su consultorio, solo?

DOCTOR.- No. El trabajaba aquí, conmigo.

POLICÍA.- ¿Cómo?

DOCTOR.- Comprendo que le extrañe. Pero tenga usted en cuenta que Ricardo estaba casi completamente sano. En apariencias, por lo menos. Quise mostrarle la confianza que tenía en él, distinguirlo de los otros enfermos del sanatorio. Pensé que eso le haría bien, que... Pero, le ruego, señor agente, tendré que explicarle todo esto al inspector que ha llamado usted y..., ¿comprende? Si estuviera usted la bondad de esperar, me ahorraría el contarle dos veces. No sabe usted cómo me ha indispuerto este incidente.

(Suena una campanilla musical)

POLICÍA.- Debe ser el inspector. *(Va a abrir)*

(Entra el Inspector acompañado de otros dos Policías)

INSPECTOR.- ¿Lo han cogido ya?

POLICÍA.- Sí, señor.

INSPECTOR.- Usted es el doctor...

DOCTOR.- Francisco Velasco, para servirle.

INSPECTOR.- ¿Dónde lo tienen?

POLICÍA.- Ahí dentro. *(El inspector le pregunta con la mirada si no es peligroso acercarse)* Está muerto.

(El Inspector mueve negativamente la cabeza y entra al consultorio)

DOCTOR.- *(A pesar de que el Inspector no se detiene a prestarle atención)* Le explicaré, señor inspector. Estaba furioso y se había conseguido un cuchillo. El señor agente no tuvo más remedio... *(El Inspector sale del consultorio)* Como le decía, cuando abrimos la puerta...

INSPECTOR.- *(Lo interrumpe)* ¿Dónde está el teléfono?

DOCTOR.- Ahí. *(Sobre la mesita de la enfermera)*

INSPECTOR.- *(A uno de los Policías que vino con él)* Pide una ambulancia. *(Al otro que también vino acompañándole)* -Tú, toma nota del teléfono y quédate abajo en la portería. Pregunte a todo el que entre a qué piso va. A los que vengan a ver al doctor les dices que hoy no podrá atender. Si hay algo fuera de lo corriente, llamas. Llama también a la Comisaría. Dile al sargento que yo iré más tarde a dar el informe.

(El Policía interpelado se cuadra y saluda informalmente y hace mutis)

INSPECTOR.- *(Al Doctor)* Perdone que le estropeemos el día, doctor. Pero, hay un muerto de por medio, y eso puede ser grave algunas veces.

DOCTOR.- Estoy a su entera disposición.

INSPECTOR.- Formalidades. Rutina. *(Al Policía 1)* - Tú dijiste por teléfono que se había escapado un loco, no que lo habían muerto. -No se le acusa en lo más mínimo, doctor, pero quiero que, en todo cuanto diga...

POLICÍA.- Fui yo quien lo mató, inspector. *(Gesto del Inspector)*

POLICÍA 2.- No hay ninguna ambulancia disponible en este momento, señor inspector.

INSPECTOR.- No importa, no hay prisa.

POLICIA 2.- Es lo que les he dicho.

INSPECTOR.- Sí, es verdad. Dijo usted también que el señor agente no tuvo más remedio. Soy un poco distraído. También dijo que se había conseguido un cuchillo.

DOCTOR.- Sí, aquí está, mírelo.

INSPECTOR.- Ajá.

DOCTOR.- El señor agente no tuvo más remedio que disparar.

POLICÍA.- Es... la primera vez que uso la pistola. *(El Inspector lo ve, comprende y le da una palmadita en el hombro)*

INSPECTOR.- De todos modos, doctor, creo que usted hoy ya no se sentirá con ánimos de trabajar.

DOCTOR.- En absoluto.

INSPECTOR.- Y comoquiera que tengo que dar un informe sobre lo ocurrido, le agradecería...

DOCTOR.- Sí, cómo no, con mucho gusto. Pero, permítame que me siente, todo esto me ha indispuerto.

INSPECTOR.- Lo comprendo.

DOCTOR.- Ricardo siempre fue pacífico...

INSPECTOR.- ¿Ricardo?

DOCTOR.- Sí, Ricardo Ulloa.

(El Inspector le hace una seña al Policía 2 para que se siente junto a la mesita de la enfermera y vaya tomando nota)

DOCTOR.- *(Al Policía 1)* Ulloa. Ese es su apellido. -Antes me había preguntado...

INSPECTOR.- *(Lo interrumpe)* Decía usted que era un loco pacífico.

DOCTOR.- Sí. Yo lo daba por completamente curado. En el último reconocimiento...

INSPECTOR.- *(Lo interrumpe)* ¿Solía venir al consultorio... solo?

DOCTOR.- No. Verá usted, señor inspector. Voy a procurar comenzar por el principio.

INSPECTOR.- Sí, es lo mejor. *(Se sienta y comienza a ver a su alrededor. Coge el cuchillo, lo inspecciona, etc...)* Hable, hable usted, lo escucho.

DOCTOR.- Pues verá usted. Conocí a Ricardo Ulloa allá por el año cincuenta y nueve. Hace uno dos años. En el manicomio del Estado. Su hoja clínica tenía ciertas anomalías por las que me interesé vivamente en el paciente. Desde su mismo ingreso...,

todo indicaba..., se salía de lo corriente, ¿usted comprende? Ricardo era un hombre dedicado al estudio, intelectual. Un intelectual fracasado. Desde luego, pobre. Y raro, qué duda cabe. Había fracasado en la vida y seguramente por eso se dedicaba a otra. No lo sé con certeza, pero creo que era un hombre más o menos feliz a pesar de todo. Sus vecinos, pobres también, veían en él a un ser extraño, y lo extraño se teme siempre. Le temían. Un día hubo una trifulca, llegó la policía, lo detuvieron, pidieron informes sobre él, y ... al manicomio. He leído la descripción del cuarto que habitaba. En efecto, había allí cosas raras. Muchos libros. Un hueso humano. Las paredes las había pintado de monos... y no recuerdo cuántas cosas más. El que se encargó de escribir su expediente, por lo visto, era un hombre de mucha observación... o imaginación. Usted comprenderá, pues, que después de leer eso, y una hoja clínica muy favorable que contrastaba con... Pues quise verlo. Y en efecto, era un hombre más o menos normal. Sé la tragedia que significa para un hombre más o menos normal el ingresar por un accidente, por una cuestión baladí, -la trifulca no había sido otra cosa-, en el manicomio del Estado. Los ha habido que se han vuelto locos de verdad. Temí que a Ricardo le pasara algo semejante. Como también sé lo difícil que es salir del manicomio una vez ingresado, me lo llevé a mi sanatorio particular. No pensé nunca en una remuneración económica, ya le he dicho que era un hombre pobre. Por otra parte, no se le conocían parientes. (Sonreído) El decía que sus parientes eran los ángeles.

INSPECTOR.- ¿Los... ¿ángeles?

DOCTOR.- Sí. No debemos olvidar que era un enfermo mental. O que, por lo menos, estaba sobre esa línea tan sutil que, aunque sea por pura convención, divide a los cuerdos de los dementes. Ricardo, si bien razonaba aparentemente como un hombre cuerdo, tenía a veces cosas... Sobre todo al principio. Como eso que decía de los ángeles, por ejemplo. Algunos rasgos de su carácter: No reía nunca. La risa, es otra de las convenciones, es una de las cosas sin la cual no podemos imaginarnos a un hombre cuerdo, sano. Ricardo no reía nunca. Todo esto sumado, y otras cosas, hacían de Ricardo Ulloa...

INSPECTOR.- Un... ¿loco?

DOCTOR.- No. Bueno, sí, pero un loco especial, ¿usted comprende? Ultimamente se dio cuenta de que tenía que ceder ante esas convenciones, y en el último reconocimiento que le hice todos los resultados fueron favorables. Pero yo no podía darle de alta hasta que no estuviera completamente seguro, porque hay ciertos enfermos mentales... o locos, si usted prefiere, en quienes la enfermedad casi no se manifiesta sino que permanece agazapada esperando un estímulo insignificante pero secreto, o que ceda un nervio... ¿usted me entiende? Entonces, de pronto, les da un arrebató, se ponen furiosos... Y es posible que después vuelvan a estar normales, en apariencias por lo menos.

INSPECTOR.- Y este loco... Ricardo, ¿tenía arrebatos con frecuencia?

DOCTOR.- No. Nunca se supo que los tuviera. Hasta hoy.... esta mañana, en que me he salvado de milagro. Logré salir, dejarlo encerrado, y bajé corriendo a buscar un policía. Por fortuna encontré aquí al señor agente a la vuelta de la esquina.

INSPECTOR.- Ya. Y... ¿qué hacía el... aquí... con usted?

DOCTOR.- Lo tenía de ayudante. No quería yo que estuviera todo el día en el sanatorio con los otros enfermos, y quería darle un poco de confianza, responsabilidad. No se puede imaginar usted lo que significa para un enfermo el sentirse responsable de una labor. Les ayuda a recobrar ese equilibrio mental y el sentido social, por así decirlo, que en resumen es justamente de lo que adolecen. El tenerse, el poseerse, el ser dueño de sus actos y sentirse libre... Perdóne usted, soy psiquiatra y divago.

INSPECTOR.- En resumen, que quería usted desarrollar su sentido de la responsabilidad.

DOCTOR.- Exacto.

INSPECTOR.- Pero, ¿no se daba cuenta del peligro que corría? Que podía pasar... ¿lo que hoy?

DOCTOR.- No. No. Ricardo Estaba completamente sano. Así lo creía yo por lo menos. Su dada de alta era cuestión de semanas. Rutina, formalidades, como dice usted. Algunos de mis colegas incluso me reprochaban el que no le hubiera ya dado de alta. Yo quería, sin embargo, estar seguro. Por otra parte, aquí podía yo observarlo a mi gusto.

INSPECTOR.- Pero, por lo visto, tanto usted como sus colegas se equivocaron.

DOCTOR.- Así es. Nuestra ciencia es quizás una de las más difíciles, porque no es con números que trabaja, sino con actos, gestos, miradas. En una palabra, con el alma del individuo. De allí que cuando cometemos un error sean tan trágicas sus consecuencias. No pienso en esto de hoy ahora, pienso en los diagnósticos equivocados, en las sentencias injustas que sufren más de un enfermo. Es una ciencia difícil.

INSPECTOR.- Y peligrosa, por lo que veo.

DOCTOR.- Sí. Peligrosa. Nadie sabe qué hay detrás de un gesto o un acto, o desde dónde exactamente parte una mirada. Sobre todo cuando se trata de un... enfermo mental. A veces tienen un alma tan sutil, una inteligencia tan desconcertante. Y luego, a veces... *(Gesto al muerto)* Ya ve usted.

INSPECTOR.- Pobre diablo. En resumen, que en este caso no hay ningún "misterio".

DOCTOR.- A menos que quiera usted ponerlo...

INSPECTOR.- No, gracias. Entonces, doctor, ¿no hay nadie a quien tengamos que dar parte?

DOCTOR.- Que yo sepa, no. Y yo soy el que más enterado está de la vida de Ricardo.

INSPECTOR.- *(Se levanta)* Bien, doctor. Le estoy muy agradecido. Creo que se puede ir a su casa. Yo me quedaré aquí hasta que vengan a recogerlo. Dejaré la llave del despacho en la portería.

DOCTOR.- Muy bien. Tenga. *(Le da las llaves)* No sabe usted cómo me ha indispuerto todo esto. Con su permiso, voy a cambiarme de ropa.

(Suena el teléfono. Lo contesta el Policía 2)

POLICÍA 2.- Diga. *(Pausa)* Espera. -Pérez. Que está abajo la enfermera.

INSPECTOR.- No, que no suba, que se vaya a su casa. -Me imagino que hoy ya no trabajará usted, doctor.

DOCTOR.- No, por supuesto.

POLICÍA 2.- *(Por teléfono)* Que se vaya. *(Pausa)* Espera. -Que si puede subir a buscar su cartera.

INSPECTOR.- Bueno.

POLICÍA 2.- Que suba.

DOCTOR.- Con su permiso, señor inspector, voy a cambiarme de ropa.

(Gesto al camión blanco de médico que lleva puesto)

INSPECTOR.- Sí, sí, naturalmente.

(El Doctor entra al consultorio)

INSPECTOR.- Es muy cortés. *(Al Policía 1, que continuaba abatido)* - No te pongas así, hombre. Es lo mejor para todos, para él también. *(Al Policía 2)* -Hoy no vas a aprender nada, señor aprendiz de inspector. Lo siento. Esta noche vamos a ir al cine, mi mujer y yo. *(Al Policía 1)* -Vamos, Juan, sacúdete, hombre. *(Pero se contagia)* -¡Pobre diablo! *(El muerto)*

(Suena la campanilla. El Policía 2 abre. Entra la enfermera)

ENFERMERA.- Buenos días.

INSPECTOR.- Buenos días.

ENFERMERA.- ¿El doctor Velasco?

INSPECTOR.- Está ocupado. Recoja usted su... cosa y puede irse.

ENFERMERA.- ¿Está completamente bien el doctor? ¿No le ha pasado nada?

INSPECTOR.- Nada. A él no le ha pasado nada.

ENFERMERA.- Pobre Ricardo. Me lo contó el de abajo...

INSPECTOR.- Es lo mejor para todos, señorita. Para él también.

ENFERMERA.- Sí. Era una imprudencia tenerlo aquí. Yo se lo había advertido al doctor. *(Recoge su cartera. Seguramente estaba en la gaveta de su escritorio)* ¿Puedo hablar con el doctor?

INSPECTOR.- Está cambiándose de ropa. Telefonéele usted a su casa esta tarde. Hoy ya no va a trabajar.

ENFERMERA.- Dígale que así lo haré. Adiós. Muchas gracias.

INSPECTOR.- Oiga usted, señorita. Un momento. Dijo usted que era una imprudencia tener a Ricardo aquí y que ya se lo había “advertido” al doctor. ¿Qué quiso decir?

ENFERMERA.- Pues, no sé. Eso. Usted comprenderá que tener en el despacho a un loco es una imprudencia.

INSPECTOR.- Tengo entendido, sin embargo, que ya estaba completamente sano. Se le iba a dar de alta. Luego, no veo yo que sea tanta la imprudencia. Pero usted se lo había “advertido”. (Pausa) ¿Qué?

ENFERMERA.- Nada en particular. Detalles. Quizás sólo presentimientos.

INSPECTOR.- Concretice usted, por favor.

ENFERMERA.- Le repito, no sé. La expresión de cara que ponía cuando el doctor le mandaba a hacer algo... Ricardo era muy orgulloso, muy inteligente. Le humillaba un poco el tener que servirle al doctor.

INSPECTOR.- ¿El doctor lo humillaba?

ENFERMERA.- No, no, no he dicho eso. He dicho que se sentía humillado cuando... tenía que ir a abrir la puerta, por ejemplo. Yo se lo advertí más de una vez, pero ya habrá visto usted cómo es él. Es muy amable, muy bueno. El doctor quería estar seguro de su salud mental antes de darle de alta. Quería observarlo a todas horas. Sobre todo porque estaba en juego la felicidad de su hija. Le juro a usted que me es difícil creerlo.

INSPECTOR.- ¿Qué?

ENFERMERA.- El que esté Ricardo muerto.

INSPECTOR.- Pero usted tenía... presentimientos de que no estaba tan sano como lo creía el doctor.

ENFERMERA.- Sí. Es cierto. Pero aun así. No creí nunca que le daría ningún ataque o que se pondría furioso, así, tan inesperadamente. En fin, qué le vamos a hacer. Le dice usted al doctor que yo le telefonearé esta tarde. (*Marca el mutis*)

INSPECTOR.- No, no se vaya usted señorita. Ha dicho usted algo muy interesante: "Sobre todo porque estaba en juego la felicidad de su hija". ¿Qué quiso decir?

ENFERMERA.- ¿No le ha dicho a usted el doctor que Ricardo y su hija...?

INSPECTOR.- ...¿Estaban enamorados? No. No me lo ha dicho. Es curioso. Pero, bueno, el doctor está un poco indispuesto. Debemos perdonárselo. De manera que si quiere me lo puede decir usted.

ENFERMERA.- Pues, nada más eso. Que estaban enamorados.

INSPECTOR.- ¿Comprometidos, quizás?

ENFERMERA.- No sé. Yo aquí soy solamente... El doctor no me informa de sus asuntos privados, naturalmente.

INSPECTOR.- Naturalmente. Pero usted quizás le habrá advertido también que...

ENFERMERA.- Le repito que no suelo meterme en los asuntos privados del doctor.

INSPECTOR.- Perdone.

ENFERMERA.- Sin embargo, no creo que el doctor haya pensado nunca seriamente permitir semejante enlace. Había una desproporción en la edad. Ricardo era un hombre maduro ya, y además, después de todo, era..., ¿usted comprende?

INSPECTOR.- Perfectamente. ¿Y la hija...?

ENFERMERA.- La señorita Beatriz es muy amable, muy buena también, pero ella no sabe, en realidad, lo que es un enfermo mental. Ella estaba segura de que Ricardo era completamente normal. Incluso discutía con el doctor alguna vez.

INSPECTOR.- Ajá.

ENFERMERA.- Cuando sepa, y le pase el dolor, se dará cuenta de lo cerca que estuvo de un gran peligro.

INSPECTOR.- Sí, desde luego, señorita...

ENFERMERA.- Nora Vázquez.

INSPECTOR.- Señorita Nora, ¿usted vive cerca de aquí?

ENFERMERA.- No. En la avenida Balboa.

INSPECTOR.- ¿Qué número?

ENFERMERA.- (*Extrañada*) Cuarenta y uno.

INSPECTOR.- (*Vuelve a ver al Policía 2 para ver si lo había apuntado*) No se preocupe usted, por favor. Rutina. Formalidades. Voy a hacerle una pregunta. Quiero que me conteste la verdad. Es decir, lo que en su opinión es la verdad.

ENFERMERA.- Dígame.

INSPECTOR.- ¿Cree usted que el doctor Velasco haya tenido motivos, intereses...? O, mejor, puesto de otro modo: ¿Se beneficia en algo el doctor con la muerte de este pobre loco?

ENFERMERA.- No sé en qué está pensando usted.

INSPECTOR.- Pienso en su hija, en lo que usted me ha dicho. ¿Usted no?

ENFERMERA.- Sólo faltaba eso, que se le acusara al doctor, después de haberse preocupado tanto por Ricardo, teniéndolo aquí, arriesgándose él mismo.

INSPECTOR.- Sin embargo usted dijo que podía haber jurado que a Ricardo no le daría nunca un ataque de estos. (*La Enfermera va a comenzar a decir algo*) Váyase a su casa. Ya hablaremos después, otro día, mañana... (*La Enfermera inicia el mutis, se vuelve para decir algo*) Váyase usted. No se preocupe. Ya me lo dirá después.

(*Mutis de la Enfermera*)

INSPECTOR.- Juan, ¿estás (*Subrayado*) seguro de que ese hombre estaba loco furioso?

(Se quedan mirando. El Policía 1 no contesta. Suena el teléfono. Esta vez lo coge el Inspector)

INSPECTOR.- *(Mientras habla mira fijamente al Policía 1. Este no resiste mucho tiempo y le vuelve la espalda)* ¿Haló? Un inspector de policía. ¿Qué se le ofrece? Sí, sí, éste es el despacho del doctor Velasco. En este momento no puede acercarse. Vuelva usted a llamar dentro de cinco minutos. No, nada, nada. Ah, ¿la señora de Velasco? No, señora, no se preocupe. Nada, nada, se lo aseguro. Bueno, como lo prefiera usted. Adiós. Adiós. *(Cuelga)*
-¡Juan...!

(Entra el Doctor)

DOCTOR.- ¿Se ha ido la enfermera?

INSPECTOR.- Sí, acaba de salir. Le dije que lo llamara a su casa.

Buena chica, Nora. ¿Tiene mucho tiempo de trabajar con usted?

DOCTOR.- ¿Cuántos sentidos tiene esa frase, señor inspector?

INSPECTOR.- Uno solamente. El más inofensivo. Me ha contado cosas que usted había olvidado. Está usted molesto por esto, se comprende.

DOCTOR.- ¿Mi hija?

INSPECTOR.- Sí, doctor. ¿Qué hay de su hija? Tenga usted cuidado en lo que va a decir. Las cosas... han cambiado un poquito.

DOCTOR.- Comprendo. Sospecha usted... algo, pues yo me benefico con la muerte de Ricardo.

INSPECTOR.- Veo que oyó usted.

DOCTOR.- Se oye perfectamente bien. Es sólo un tabique.

INSPECTOR.- Muy bien. Eso me ahorra el que yo le diga cuáles son las cosas que quiero me aclare. Su hija, por ejemplo.

DOCTOR.- No puedo negar que mi hija sentía cierto afecto por Ricardo.

INSPECTOR.- Afecto amoroso, quiere usted decir.

DOCTOR.- Sí. Sus relaciones se limitaban a unas cuantas palabras por

las tardes, a una que otra salida juntos, siempre acompañados, naturalmente.

INSPECTOR.- Relaciones que usted no veía con buenos ojos, por supuesto.

DOCTOR.- Inspector, usted y la señorita Nora están equivocados. No niego que no haya yo preferido que mi hija se fijara en otro, pero es desde luego falso el que yo haya visto con malos ojos tales relaciones. Ricardo, a mi entender, estaba sano ya. Era un hombre culto, de innegables méritos y valores humanos. Precisamente hace una semana hablé con ellos, con mi hija y él, y quedamos de acuerdo en formalizar esas relaciones tan pronto como le diera de alta a Ricardo, cosa que pensaba hacer en un par de semanas. Ricardo esperaba que le dijera eso desde hace más de un año. Le di una gran alegría. También a mi hija. Todo lo cual no quita que yo no me haya beneficiado con la muerte de Ricardo, que incluso me haya alegrado de ella. Lo de esta mañana pudo haber pasado después. ¿Usted comprende? Desde luego prefiero que haya sido conmigo y no con mi hija.

INSPECTOR.- Desde luego. Pero yo lo decía pensando más bien en la diferencia de edad tan grande entre su hija y Ricardo, puesto que usted ni siquiera sospechaba que le pudiera dar este arrebato. A la enfermera le parecía increíble.

DOCTOR.- Hay enfermedades muy rebeldes, señor inspector.

INSPECTOR.- Luego usted sí sospechaba, incluso temía que le diera uno después de haber estado casado con su hija.

DOCTOR.- No, no tergiverse usted mis palabras. No lo sospechaba. Pero puesto que sucedió, estoy contento que haya sucedido ahora y no después. Eso es todo lo que quiero decir.

INSPECTOR.- Y... ¿no pudo ese arrebato que le dio ser provocado por algo que le hicieran o dijeran a Ricardo? Usted mismo, sin querer, pudo haberle dicho algo, pudo obligarlo a hacer algo que Ricardo no gustaba, pudo haberlo, sin querer por supuesto, humillado.

DOCTOR.- No. El origen de estas crisis hay que buscarlo más abajo.

INSPECTOR.- Comprendo. Sólo quería ponerme en la situación de Ricardo.

DOCTOR.- Imposible.

INSPECTOR.- ¿Por qué?

DOCTOR.- Nadie sabe lo que sucede dentro de una persona mentalmente enferma, señor inspector.

INSPECTOR.- Pero Ricardo estaba sano ya.

DOCTOR.- Lo de esta mañana pone de manifiesto que no.

INSPECTOR.- Pero de todas maneras es interesante. No, es aun más interesante. Estar completamente sano..., casi completamente sano, y sin embargo vivir en un sanatorio, un manicomio, una cárcel en resumen. Vivir ahí, creo que me dijo dos años. Haber ingresado por una tontería, por la chismorrería de unos vecinos tontos...,

DOCTOR.- Eso es.

INSPECTOR.- ...y ser tratado sin embargo como loco. Tener que hacer actos humillantes, abrir la puerta, barrer el piso..., ¿me equivoco?

DOCTOR.- No, no se equivoca usted.

INSPECTOR.- Todo eso debe ser muy humillante para un hombre dedicado al estudio. Pero en medio de todo, Ricardo tiene motivos para considerarse con suerte. Lo ha descubierto un médico que le presta atención, le da ciertas prerrogativas... Ricardo se siente contento dentro de su desdicha. Luego se enamora de la hija de este doctor. Es correspondido. Ricardo es casi completamente feliz. Sólo le falta salir del sanatorio, sólo le falta la firma del médico para ser un hombre libre, nuevo. ¿Me equivoco?

DOCTOR.- No, no se equivoca usted.

INSPECTOR.- Y este doctor lo trata con cuidado, lo cuida, tiene gran interés en que sane completamente. Incluso el doctor le da esperanzas de poder salir pronto, se lo promete...

DOCTOR.- Se lo prometí muchas veces.

INSPECTOR.- Hasta que, la semana pasada, el doctor le dice que dentro de unas semanas le dará de alta. Ricardo se pone feliz, le da la mano a su hija, sonríen. Y luego, hoy, esta mañana, de pronto, se pone furioso y arremete contra usted con un cuchillo. Esto, doctor, no encaja. *(Pausa)* ¿Qué opina?

DOCTOR.- El cerebro de un demente no funciona con las mismas piezas de un cerebro sano.

INSPECTOR.- Pero sí con piezas, y aquí falta una.

DOCTOR.- Señor inspector, la lógica es algo muy equívoco, en el sentido en que hay muchas lógicas. Se puede decir que cada individuo tiene la suya propia. Más, que cada momento, cada situación de cada individuo tiene una lógica diferente, congruente, sí, pero sólo con ese individuo y esa situación. Dos y dos son cuatro, esto es lógico. Un hombre encuentra a su esposa siéndole infiel y la mata. También esto puede ser lógico. Un mendigo se gana la lotería, todo pierde sentido para él, y se suicida. Y también esto es lógico. ¿Usted comprende?

INSPECTOR.- Perfectamente. Y estoy de acuerdo con usted. La pieza que falta es de la lógica de Ricardo.

DOCTOR.- ¿Y qué le hace a usted pensar que sabe cómo razonaba Ricardo?

INSPECTOR.- Me he ido haciendo una idea.

DOCTOR.- *(Sonríe)* Permítame que me sonría, señor inspector. Tengo más de diez años de ejercer la profesión de médico psiquiatra, y aún yo no tengo esa seguridad. Es más, lo de esta mañana evidencia que me equivoqué. No tiene sentido que insista usted por ese camino.

INSPECTOR.- Es mi trabajo, mi profesión. Y también yo tengo muchos años de ejercerla. Por cierto, llamó su esposa por teléfono. Dijo que vendría. Se asustó un poco al saber que estaba aquí la policía.

DOCTOR.- Pero no conviene que venga. Es muy impresionable.

INSPECTOR.- Llámela usted.

DOCTOR.- No, por teléfono no podría. Si me permite usted, iré a casa. La alcanzaré antes de que salga.

INSPECTOR.- Sí. Vaya usted. Eh, doctor, todavía habrá que hablar un poco. Hasta que encontremos... esa pieza. Se le llamará por teléfono.

DOCTOR.- Estoy a sus órdenes.

INSPECTOR.- Gracias. Adiós.

(Mutis del Doctor)

INSPECTOR.- Juan ¿estás seguro de que ese loco estaba furioso?

POLICÍA 1.- No. Estaba sentado. Cuando abrí la puerta, vino hacia mí... Pero el doctor se puso a gritar... y yo... disparé.

INSPECTOR.- Lo que temía, señor doctor. Asesinato. Con premeditación. Con horas, días, noches de premeditación. - Tienes tanta culpa como la pistola. La única diferencia es que tú no eres de hierro. (*Le da una palmadita*) - Ha sido un plan bien elaborado. Encierra al loco, baja, asusta a éste... Bien elaborado.

POLICÍA 2.- Entonces, ¿por qué dijo que el loco estaba casi curado ya? Lo inteligente hubiera sido decir que sí, que le daban arrebatos con frecuencia.

INSPECTOR.- No podía. Todo eso debe constar en la hoja clínica. En el sanatorio habrá otros médicos que conocieron a Ricardo. No podía.

POLICÍA 2.- Entonces, ¿usted cree que...?

INSPECTOR.- Claro que lo creo. ¿No ves lo que dice Juan?

(*Suena el teléfono*)

POLICÍA 2.- Diga. -Que si puede subir la esposa del doctor.

INSPECTOR.- Sí, que suba.

POLICÍA 2. Que suba.

INSPECTOR.- Cuando una persona inteligente comete un crimen, se suele valer de hilos muy finos. Pero lo que no puede esconder es el interés. Ante todo, preguntate: ¿Quién es el interesado de

que esto haya sucedido? El dice que nadie puede saber lo que hay detrás de un acto. Detrás de un acto lo que hay es el interés. Ya irás aprendiendo poco a poco. Tú observa. Yo creí que hoy iba a ser un día tranquilo. Hasta se me han quitado las ganas de ir al cine.

(Suena la campanilla. El Policía 2 abre la puerta y entran la Esposa y la Hija del Doctor)

ESPOSA.- ¿Más policías? ¿Qué pasa aquí? ¿Dónde está mi marido?

INSPECTOR.- Cállese, señora, no pasa nada.

ESPOSA.- ¿Dónde está mi marido?

INSPECTOR.- Acaba de salir hace un momento. Regresará cuando llegue a su casa y vea que usted ya ha salido. Siéntese, tenga la amabilidad.

HIJA.- ¿Quiere usted explicarnos, señor policía, todo lo que ha pasado, y por qué hay policías abajo y aquí, en el despacho?

INSPECTOR.- Usted, sin duda, es Beatriz Velasco, la hija del doctor.

HIJA.- Sí, señor. Estamos muy preocupadas, mamá y yo.

INSPECTOR.- Al doctor Velasco no le ha pasado absolutamente nada. Puede usted estar tranquila, señora.

HIJA.- Entonces, ¿qué ha pasado? ¿La enfermera, quizás?

INSPECTOR.- No, no.

HIJA.- ¿Ricardo? *(El Inspector no contesta)* ¿Ricardo? ¿Dónde está Ricardo? ¿Qué ha pasado? ¡Dígamelo! ¡Díganmelo!

INSPECTOR.- *(Asiéndola)* Siéntese usted, procure calmarse. Usted no ignora que Ricardo era un hombre enfermo...

HIJA.- Está sano.

INSPECTOR.- Sí, en apariencias. Pero, según el doctor, su padre...

HIJA.- ¡Está sano! Pero, ¿por qué dijo "era"? Porque lo dijo, dijo usted que Ricardo "era" un hombre enfermo. ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado?

INSPECTOR.- Tuvo un ataque, una crisis, un arrebató de locura.
Hubo necesidad de... disparar.

HIJA.- ¡No! (*Llora*)

ESPOSA.- Ricardo..., ¿muerto? ¿Arrebató de locura, dice usted?

INSPECTOR.- Sí, señora. Veo que también a usted le extraña (*La Esposa vuelve a ver a su Hija y quiere ir a consolarla, pero el Inspector le dice que no con la cabeza*) Es mejor así. Déjela.

ESPOSA.- Parece mentira.

INSPECTOR.- Es lo que opina también la enfermera.

ESPOSA.- ¿Qué?

INSPECTOR.- Que le haya dado ese arrebató a un hombre como Ricardo.

ESPOSA.- Pero, ¿no lo vieron ustedes? ¿O es que lo han matado sin ni siquiera...?

POLICÍA 1.- ¡No! ¡No tenía nada! ¡Estaba tranquilo! ¡Pero el doctor se puso a gritar! ¡Me dijo que se tiraba a nosotros! ¡Se puso nervioso, me contagié... y disparé!

(*Pausa, la Hija levanta la cabeza y queda sin llorar*)

INSPECTOR.- ¿Es congruente que el doctor Francisco Velasco, con toda la experiencia que tiene, se haya puesto así, tan nervioso?

ESPOSA.- ¿Qué quiere usted decir?

HIJA.- ¡No! ¡No lo es! Papá es el hombre de la sangre fría, helada, cruel. Lo hizo sólo para asustarlo y que lo matara. Lo odiaba a Ricardo. Se gozaba siendo cruel con él. Lo humillaba. Le recordaba a cada instante que estaba enfermo, y era mentira, no lo estaba. ¡No lo voy a saber yo! El sabía que yo lo quería, que estaba dispuesta a todo. Por eso lo odiaba, por eso lo mató. La semana pasada nos habló, a Ricardo y a mí. Le dijo que a menos que me dejara, no le permitiría salir nunca del sanatorio, nunca. Que él tenía medios para que no lo dejaran salir en todos los días de su vida, y que los emplearía, a menos que me dejara. Yo le pedí, le supliqué... Papá es el hombre de la sangre

de hielo, señor policía. Ricardo le dijo que se vengaría. El rostro de papá palideció. Tenía miedo. Por eso lo mató, porque tenía miedo de que me fuera con Ricardo, y miedo por él mismo.

ESPOSA.- ¡Beatriz!

INSPECTOR.- Déjela usted, señora. Todo esto me lo suponía ya. Una máquina puede funcionar con una pieza de menos. Pero un acto humano, no. No falta nunca nada. Todo debe encajar, moverse con precisión, con lógica. Sólo se trata de saber con qué tipo de lógica. Si con lógica sentimental como la de su hija, o lógica anormal, como la de Ricardo, o científica, como la de su marido.

ESPOSA.- Pero, ¿qué pretende usted?

HIJA.- ¿Dónde... está?

(El Inspector le señala el consultorio con algún gesto. La Hija se acerca, pero el Policía 2 no la deja pasar)

INSPECTOR.- Sí, déjala. Un momento.

(Mutis por el consultorio de la Hija)

INSPECTOR.- ¡Pretendo, señora...!

HIJA.- *(Voz de)* ¡Papá!

(Todos se quedan mirando, extrañados, sin comprender. La Esposa se levanta y entra corriendo al consultorio)

ESPOSA.- *(Voz de)* ¡Francisco!

(El Inspector entra en el consultorio y vuelve a salir rápidamente, el rostro pálido)

INSPECTOR.- ¿Entonces, el que estaba aquí...?

POLICÍA 1.- ¡El loco!

(Cae rápidamente el

TELON

ARTURO

(Pieza en un acto)

ARTURO

Personajes, según el orden en que intervienen:

ARTURO

VOZ RONCA

VOZ FIRME

VOZ NERVIOSA

VOZ DE MUJER (Eugenia)

TOMÁS

TÍA 1

TÍA 2

EUGENIA

GONZÁLEZ

OFICINISTA 1

RICO

MUCHACHO

EXTRANJERA

OFICINISTA 2

OFICINISTA 3

OFICINISTA 4

OFICINISTA 5

MUJER DE LA LIMPIEZA

VILLALOBOS

PRIETA

VOZ POR TELÉFONO

COMPARSAS

Tiempo: actual.

Lugar: dentro y fuera de Arturo, en Panamá.

Derecha e izquierda, las del público.

ACTO ÚNICO

Los altavoces, todos ellos visibles y conspicuos, estarán distribuidos en la sala del público de la siguiente forma: Uno, en la parte delantera del techo. Otro, en la parte trasera del techo. Otro, al pie del proscenio. Y otros, inferiores, -varios-, a ras del suelo alrededor de la sala. Cuando las voces salgan por cualquiera de los tres primeros altavoces, han de ser planas, unidimensionales y perfectamente localizables. En cambio, cuando salgan a través de los inferiores distribuidos alrededor del piso, -que estarán conectados a un solo micrófono-, tendrán un efecto envolvente estereofónico de tipo íntimo y profundo. Entonces darán la impresión de que están en una región inmensa llena de túneles, grutas, desiertos desolados, selvas espesas, fanganosas, pantanos de sangre vieja, precipicios abismales..., todo ello bajo un cielo igualmente infinito pero bajo y sólido, de manera que hace de caja de resonancia. El efecto de abismos, precipicios y lejanías interiores, se puede lograr especialmente cuando las voces se acercan o alejan, y sobre todo cuando bajan o suben.

(Telón. Modesta habitación. Puerta de entrada. Puerta al servicio. Ventana. Cama. Mesa. Teléfono. En algún sitio, dos maletas, una grande y otra pequeña. Arturo se nos aparece como uno de esos hombres jóvenes completamente insignificantes que vemos en los bancos. Es delgado, nervioso. Usa anteojos. La ropa le queda mal. Todo él es una cosa grotesca, casi cómica, trágica. Comprende que tiene que empaquetar y abre la maleta grande. Pero está muy nervioso. No puede. Se sienta. Tamborilea sobre la mesa. Se muerde las uñas. Coge una

revista e intenta leer. Está pendiente del reloj y del teléfono)

VOZ RONCA.-: *(Por el altavoz trasero del techo. Es una voz oscura, sensual)* ¡Ja, ja! Míralo cómo está. Parece como si estuviera lleno de hormigas.

VOZ FIRME.-: *(Lo mismo. Es una voz ambiciosa, reflexiva)* Déjalo, hombre, déjalo. Después de todo, no es para menos.

VOZ RONCA.-: No. Si lo que me da risa es que simule leer. Míralo.

(Arturo deja de leer, se levanta, se pasea, se vuelve a sentar a revisar unos papeles que traía en el bolsillo y a sacar unas cuentas. Siempre pendiente del reloj y del teléfono)

VOZ RONCA. : Vaya, por fin la deja. Ja, ja. Qué nervios. Fíjate, fíjate lo que hago.

(Arturo se soba de pronto la frente, como si le hubiera dado ahí una punzada)

VOZ RONCA.-: ¡Ja, ja!

VOZ FIRME.-: ¡Déjalo, hombre;

VOZ RONCA.-: Mira quién está allá, con él.

VOZ FIRME.-: Sí. No se ha separado de él en todo el día.

VOZ RONCA.-: *(Alto)* Oye, tú, ¿qué tal va ese trabajo?

VOZ NERVIOSA.-: *(Por el altavoz delantero del techo. Es una voz chillona)* ¿Qué quieres?

VOZ RONCA.-: ¿Qué tal va ese trabajo? *(Pausa. No le contesta. Más bajo)* -¡Cobarde; Es un cobarde miserable.

VOZ FIRME.-: Ya te hablaré de él. No lo molestes ahora.

VOZ RONCA.-: Con la excusa de que lo cuida y protege no lo deja hacer nada. ¿Recuerdas aquella extranjera que llegó al banco el mes pasado..., y que casi lo estaba invitando descaradamente...?

VOZ FIRME.-: Ahora no hables de eso.

VOZ RONCA.-: Por miedo. Hubiera podido ser una aventura... Pero no, que el cobarde ese comenzó a decir que esto, que lo otro... Hombre, sin ir más lejos, anoche mismo, en la cantina. Pues ni por-que estaba borracho se descuidó de (*Sarcástico*) "protegerlo".

VOZ FIRME.-: Sí, pero no hables de eso, te digo. ¿No ves cómo está el pobre? Saca cuentas. Y no se equivocará en un real. No puede acostumbrarse a ser rico. Me da un poco de lástima, ¿sabes? Es tan poca cosa, tan...

VOZ RONCA.-: Tan poco digno de nosotros.

VOZ FIRME.-: No, hombre, no. No es eso. No es culpa suya. Lo educaron mal, lo aniñaron mucho.

VOZ RONCA.-: Lo hicieron una niña las viejas esas.

VOZ FIRME.-: Bueno, pero no te quejes. Gracias a eso te encuentras ahora tan poderoso.

VOZ RONCA.-: Pero poderoso, fuerte, porque he tenido que luchar toda la vida contra él.

VOZ FIRME.-: Por lo que sea. Lo cierto es que si te hubiera dado rienda suelta te habrías quedado débil y flaco. Estarías agotado a estas horas.

VOZ RONCA.-: Pero contento. ¡Caray, qué de mujeres...; Si cuando me acuerdo de lo que pudo haber sido mi vida, me dan ganas de bajar a romperle las tripas. ¿De qué me sirve ser ahora tan fuerte si sólo trato con... sueños? ¿De qué me sirve?

VOZ FIRME.-: No te quejes, hombre. Valientes bacanales que te das todas las noches mientras el pobre duerme.

VOZ RONCA.-: Je, je. No me quejo. Y tú, tú tampoco debes hacerlo, ahora...

VOZ FIRME.-: Tampoco yo me quejo..., ahora.

VOZ RONCA.-: Ahora todo va a cambiar. Cuéntame, cuéntame cómo fue lo del banco.

VOZ FIRME.-: No, aquí no. Vámonos a otro sitio.

VOZ RONCA.-: Aquí estamos bien, no nos oye.

VOZ FIRME.-: Sí, nos puede oír, y el pobre no quiere ni recordar lo que ha hecho. Míralo cómo se ha puesto ahora. (*Arturo está completamente postrado, la cara entre los brazos*) Y tampoco quiero que nos oiga el cobarde aquel.

VOZ RONCA.-: Bueno. Vente por aquí.

VOZ FIRME.-: ¿Por dónde?

VOZ RONCA.-: Por aquí. Salta. (*Se oye el golpe con que cae a los altavoces inferiores. A través de estos*) Así. ¿Ves? Salta tú también, anda.

VOZ FIRME.-: Está muy oscuro ahí abajo.

VOZ RONCA.-: Salta. No tengas miedo. Yo esto por aquí lo conozco muy bien.

VOZ FIRME.-: Bueno, allá voy. (*Salta*)

VOZ RONCA.-: ¿Ves?

VOZ FIRME.-: Sí, aquí sí que no nos oirá.

VOZ RONCA.-: Qué nos va a oír. ¿Tú no conocías por aquí?

VOZ FIRME.-: Sí, sí. Muy bien. Pero yo entro por otro sitio.

VOZ RONCA.-: ¿Hay otra entrada?

VOZ FIRME.-: Sí, por el otro lado. Mucho más cómoda que ésta. Ven, te enseño. Cuántos sueños de poder no se han fraguado aquí debajo.

VOZ RONCA.-: Y de aventuras con mujeres. Ja, ja.

VOZ FIRME.-: Abre. Abre ahí. (*Efecto de compuerta que se abre. Se oye el latir de un corazón inmenso y cavernoso por los altavoces inferiores*) El corazón. Míralo cómo tiembla todavía, cómo suda. Hoy me pasé toda la mañana empujándolo. (*Transición*) Mira, ¿ves?

VOZ RONCA.-: Sí, sí. (*Transición*) Oye, pero, ¿por qué tiembla tanto? Eso no es normal.

VOZ FIRME.-: Es la ansiedad. Espera una llamada por teléfono. De un tal Villalobos. Ya te lo explicaré. La ansiedad, y el miedo, claro.

- VOZ RONCA.-: Seguro que está el tipo ese de arriba atormentándolo con sus precauciones.
- VOZ FIRME.-: Sí, seguro. Pero hay que dejarlo por ahora.
- VOZ RONCA.-: Bueno, ahora cuéntame cómo fue lo del banco. Tengo mucha curiosidad.
- VOZ FIRME.-: Aquí no. Me molesta el ruido, y hace mucho calor. Salgamos. *(Pausa)* Cierra bien, que no se oiga. *(Efecto de compuerta que se cierra. El latir de corazón deja de oirse)* Sí, así.
- VOZ RONCA.-: ¿Me lo vas a contar ahora o no?
- VOZ FIRME.-: Pues mira, tenía ya tiempo de estar preparando el golpe. Lo he meditado mucho, por mucho tiempo.
- VOZ RONCA.-: Tú también eres de los reprimidos.
- VOZ FIRME.-: De los maniatados. De los alimentados sólo con esperanza. De los que había que esconder, disimular, para que la gente no viera. Pero la esperanza alimenta bien, engorda. Eso es lo que la gente no sabe. Y ahora soy fuerte, y me abriré paso, y seré libre. Esta mañana he dado el primer paso, y debo decirte que con todo éxito.
- VOZ RONCA.-: Cuéntame cómo fue. ¿Estás seguro de que no los vio nadie?
- VOZ FIRME.-: No, nadie. ¿No te digo que he tenido mucho tiempo aquí en la oscuridad para planearlo? Todo salió perfectamente bien. No se darán cuenta del desfaldo hasta dentro de unos veinte días, y para entonces estaremos lejos de aquí, en el extranjero.
- VOZ RONCA.-: ¿En el extranjero, dices?
- VOZ FIRME.-: Sí, lejos de aquí. Hemos hablado ya con un hombre que nos va a proporcionar un pasaporte falso, de manera que ni rastro dejaremos. Si no hubieras estado tú anoche tan ocupado fijándote en esa mujer de la cantina, sabrías todo esto.
- VOZ RONCA.-: Bueno, bueno, pero cuéntamelo.

VOZ FIRME.-: Pues que ese hombre es el que tiene que llamar por teléfono para decir dónde hay que ir a recogerlo, el pasaporte. Esa es la llamada que lo tiene tan nervioso.

VOZ RONCA.-: ¿Y por qué no ha llamado?

VOZ FIRME.-: Todavía no es hora. Llamará. Se le va a pagar muy bien. El dinero lo puede todo, amigo, todo.

VOZ RONCA.-: ¿Y cuándo es el viaje?

VOZ FIRME.-: Lo más pronto posible. En cuanto tenga el pasaporte. Por eso hace las maletas.

(En efecto, Arturo se había puesto a empaquetar su ropa y demás enseres. Sus movimientos deben estar circunscritos a un corto radio de acción. Su tarea es la de ocupar los ojos del espectador pero no su atención)

VOZ RONCA.-: Pero, ¿no se darán cuenta en el banco, al ver que falta?

VOZ FIRME.-: No, no. Todo está pensado. Esta mañana era su último día de trabajo. Mañana comienzan sus vacaciones.

VOZ RONCA.-: ¿Y cuánto fue lo que...? ¿Cuánto dinero fue el que...?

VOZ FIRME.-: No te preocupes. Bastante.

VOZ RONCA.-: Ya sé que eres ambicioso. Pero, ¿crees que habrá lo suficiente para... divertirse realmente?

VOZ FIRME.-: Te vas a hartar de mujeres, no te preocupes. Y para mí, para mí habrá poder... Y este es sólo el comienzo. Había que hacerle dar este paso para que se comprometiera y fuera más dócil de ahora en adelante. De ahora en adelante somos nosotros los que debemos llevar las riendas. Por eso no quería hablarte donde él nos pudiera oír. Había que hacerle creer que sólo por esta vez tenía que ceder a la ambición. No conviene que conozca todavía nuestros verdaderos propósitos.

VOZ RONCA.-: ¿Nuestros verdaderos propósitos? ¿Cuáles son?

VOZ FIRME.-: El gobierno absoluto. La libertad.

- VOZ RONCA.-: Sí, la libertad... La libertad de la aventura y la diversión...
- VOZ FIRME.-: Y tener poder, y dinero. Mucho dinero. No esos miserables centavos del sueldo.
- VOZ RONCA.-: Mucho, mucho dinero...
- VOZ FIRME.-: (*Transición*) Pero tenemos un enemigo entre nosotros.
- VOZ RONCA.-: ¿Un enemigo? ¿Entre nosotros? ¿Quién?
- VOZ FIRME.-: El tipo ese de arriba que se dedica a cuidarlo del peligro. (*Sarcástico*) A "conservarlo", como dice él.
- VOZ RONCA.-: Pero, ¿por qué enemigo?
- VOZ FIRME.-: ¿Qué por qué enemigo? ¿Y no lo sabes tú que eres a quien más mal hace?
- VOZ RONCA.-: ¿A mí?
- VOZ FIRME.-: ¿Y lo de la extranjera aquella? ¿Y lo de anoche?
- VOZ RONCA.-: Hombre, pues en lo de anoche sí tenía razón. En lo que sí no había peligro era con la extranjera. Pero...
- VOZ FIRME.-: No hay pero que valga. De nada servirá tener dinero si ese tipo le aconseja tanto cuidado y lo mantiene en constante miedo. Todas las aventuras tienen su riesgo, y con miedo no se puede hacer nada. Por lo menos nada de lo que, tanto tú como yo, pretendemos. ¿No estás de acuerdo conmigo en eso?
- VOZ RONCA.-: Sí, sí, claro, pero..., pero, ¿qué vamos a hacer? (*Pausa. No recibe respuesta*) Pero, ¿quién se encargaría de su trabajo? de... ¿cuidar? Podría suceder una desgracia.
- VOZ FIRME.-: No pasará nada. Tú y yo nos encargaremos de cuidarlo y de aconsejarlo. Tú y yo seremos los amos.
- VOZ RONCA.-: No sé. El es muy listo. No será fácil apartarlo de su lado.
- VOZ FIRME.-: Lo engañaremos, le pondremos una trampa.

VOZ RONCA.-: No sé. No sé.

VOZ FIRME.-: Yo sí lo sé. Lo tengo pensado. Apenas estemos en el extranjero gastaremos el dinero en vivir lujosa y cómodamente. Se sentirá más seguro ahí, no como aquí, en esta constante lucha por la vida, con ese sueldo miserable. Allá lo haremos sentirse seguro, para que no le preste tanta atención a sus consejos cobardes. Entonces..., nosotros... ¡Calla! (*Pausa. Silencio*)

VOZ RONCA.-: ¿Qué pasa?

VOZ FIRME.-: ¡Calla! (*Pausa*) ¿No oíste nada?

VOZ RONCA.-: No. ¿Qué cosa?

VOZ FIRME.-: (*Alto*) ¿Quién está ahí?

VOZ RONCA.-: ¿Dónde?

VOZ FIRME.-: Ahí, ahí debajo. Algo se movió. Alguien nos ha oído.

VOZ RONCA.-: No hay nadie. Además, déjalos que oigan. Ya todos saben lo que ha pasado.

VOZ FIRME.-: Sí, pero no conviene que conozcan nuestros planes todavía. ¡Mira, allá va corriendo! ¡Es una mujer!

VOZ RONCA.-: Ja, ja. Sí, sí. Déjala.

VOZ FIRME.-: ¿Sabes quién es?

VOZ RONCA.-: Sí, sí. Es un recuerdo. La novia de él, la del pueblo. Es una tonta. Ahora es mía. Ja, ja.

VOZ FIRME.-: No la vi bien, pero no parece que estaba mal, ¿eh?

VOZ RONCA.-: No, no está mal. Estas campesinas son saludables y bien proporcionadas. Te la presto, si quieres.

VOZ FIRME.-: ¿Una campesina? No, gracias. Tiro a más alto.

VOZ RONCA.-: Sí, se me olvidaba: Tú eres ambicioso. Pues yo no, cualquier cosa me satisface. Y ésta no está mal. Por lo menos la tengo para mí solo. Cuando me canso se la presto a los muchachos.

VOZ FIRME.-: ¿Y cómo es que está aquí, tan adentro?

VOZ RONCA.-: El la tenía olvidada y yo me la traje para acá. Aquí me sirve, y a los míos. Los otros deseos, tú sabes.

VOZ FIRME.-: ¿No se lo dirá a él, lo que ha oído?

VOZ RONCA.-: No, no. No hay cuidado. Ella no se le puede ni acercar. No la dejarían los otros. Está absolutamente aislada de él. Para él, como si no existiera, como si nunca hubiera existido, en absoluto olvido.

VOZ FIRME.-: ¿Estás seguro?

VOZ RONCA.-: Te digo que sí. Sigue contándome nuestros proyectos.

VOZ FIRME.-: No hay nada más importante. Te lo he contado todo. Y no estoy tranquilo. Esa mujer puede ir a decirle lo que ha oído.

VOZ RONCA.-: Te digo que la ha olvidado completamente.

VOZ FIRME.-: Pero se le puede aparecer, en sueños.

VOZ RONCA.-: Bueno, bueno. Espera. (*Alto*) -¡Oye, ven acá! ¡Ven acá! ¡Que vengas acá, te digo! -Espera, voy a traerla. Te vencerás. (*Pausa. Por el altavoz trasero del techo*) -¿Qué haces tú aquí, tan arriba?

VOZ DE MUJER.-: (*Lo mismo*) Nada.

VOZ RONCA.-: Ven, baja conmigo.

VOZ DE MUJER.-: Déjame estar aquí, por favor. No haré nada.

VOZ RONCA.-: Para estar más cerca de él, ¿verdad? Tonta. ¿No ves que él te ha olvidado?

VOZ DE MUJER.-: No importa, déjame estar aquí.

VOZ RONCA.-: No, no. Vamos. Baja. Eres capaz de salirte con la tuya e ir a verlo.

VOZ DE MUJER.-: ¿Cómo voy a salir, con tus esbirros por todas partes? Déjame aquí, por favor. No haré nada. No le diré nada.

VOZ RONCA.-: Conque oíste, ¿eh? ¡Vamos, adentro!

VOZ DE MUJER.-: ¡No! ¡Déjame! ¡No me toques! ¡Sucio!

VOZ RONCA.-: Ah, fierecilla esta. ¡Venga, he dicho! Guarda para más tarde esa furia. ¡Venga! ¡Caramba, le he dicho que baje! (*Con esta última frase se van alejando para luego venir acercándose por los altavoces inferiores*) -¿Has visto a la fiera esta? Si no fuera porque así me gustan a mí...

VOZ FIRME.-: ¿Había oído algo?

VOZ RONCA.-: ¡A ver! ¿Qué fue lo que oíste?

VOZ DE MUJER.-: Nada. Nada.

VOZ RONCA.-: ¡Di la verdad! ¿Qué alcanzaste a oír?

VOZ DE MUJER.-: Nada. No oí nada. (*Transición*) Espera, diré la verdad. Estoy dispuesta a hacer un trato con ustedes.

VOZ RONCA. : ¿Un trato con nosotros? ¿Tú? ¡Ja, ja!

VOZ FIRME.-: Calla. -¿Qué trato? Habla.

VOZ DE MUJER.-: Ustedes hacen que él devuelva el dinero y abandonan esos proyectos perversos de los que hablaban y yo no le diré nada a él. Al contrario, haré que los trate mejor, que les dé más atención y libertad. Por lo que se refiere a ti, se casará, tendrá esposa...

VOZ RONCA.-: Seguramente una campesina, ¿eh? Ja, ja. Como tú. Ja, ja. Sabe que ahora tiro a más alto.

VOZ DE MUJER.-: Estarás satisfecho, te lo aseguro.

VOZ RONCA.-: Sí, sí, me consta. Ja, ja.

VOZ DE MUJER.-: Y por lo que se refiere a usted, pues tendrá poder, autoridad..., sobre su esposa, sobre sus hijos...

VOZ FIRME.-: ¿Y si no aceptamos tu trato?

VOZ RONCA.-: No le hagas caso a esta loca.

VOZ FIRME.-: Calla. -¿Si no aceptamos? ¿Qué? Dime.

VOZ DE MUJER.-: Si no aceptan, se lo diré todo a él. y él los aniquilará.

VOZ RONCA.-: ¿El, aniquilarnos a nosotros? ¡Qué esperanza! Ja, ja.

VOZ DE MUJER.-: Por lo menos les hará la guerra..., tendrán que esconderse..., disfrazarse... Los martirizará, aunque también él sufra por ello. Pero estoy segura de que antes preferiría sufrir que verse esclavo de pasiones tan bajas como ustedes.

VOZ FIRME.-: ¿Por qué crees que nosotros queremos hacerlo esclavo? Es una ingratitud decir eso, cuando somos nosotros precisamente los que más nos preocupamos por su dicha.

VOZ DE MUJER.-: ¡Lo sé todo! No crean que me engañan. Sé que usted lo quiere hacer un criminal, un ladrón, para tener poder. -Y que tú, tú, cochino...

VOZ RONCA.-: Te voy a... (*Ruido de bofetada*)

VOZ DE MUJER.-: ¡Sí, cochino, puerco! ¡Tú quieres hacer de él un mujeriego, un pervertido! ¡Pero no los voy a dejar! ¡Se lo diré a él! (*Llora*)

VOZ FIRME.-: No llores. Todavía no sabes si aceptamos ese trato que nos propones. (*El llanto de la mujer cesa*) Eso está mejor. No llores.

VOZ DE MUJER.-: ¿Aceptan entonces?

VOZ FIRME.-: Hay que pensarlo detenidamente, con mucha calma. Nosotros, tú lo sabes, tenemos años de vivir aquí, encarcelados. Y esto no puede seguir así.

VOZ DE MUJER.-: No ha sido culpa suya. Fue el ambiente en que vivió. Las tías esas solteronas llenas de prejuicios. Ellas lo hicieron sentirse avergonzado de ustedes, y no servirse de ustedes ni darles nada. Pero él no tiene la culpa. No tiene culpa, ni siquiera de la cobardía con que se portó conmigo, ni de haberme olvidado. El es un pobre hombre, bueno, que pudo haber sido feliz, y que no lo es. (*Pausa*)

VOZ FIRME.-: Sí. Nosotros comprendemos eso. Pero también tú debes comprender que a nosotros ya no nos va a bastar lo que ofreces. Además, ¿cómo lograrías hacer que se case, si tú,

según tengo entendido, no tienes influencia sobre él? Ni siquiera manera de comunicarte con él.

VOZ DE MUJER.-: Yo le prometo que se casará. No me pregunte más.

VOZ RONCA.-: No le hagas caso, te he dicho. Esta no puede hacer nada. *(Pausa)*

VOZ FIRME.-: ¿Qué respondes a eso?

VOZ DE MUJER.-: Que sí puedo cumplir lo que he dicho. Cualquiera de las dos cosas: bien llevarlo al matrimonio feliz para todos, o a la guerra abierta contra ustedes. Aunque eso signifique el manicomio.

VOZ FIRME.-: Pruébanos que puedes comunicarte con él. *(Pausa)*

VOZ DE MUJER.-: Bien. Se lo probaré.

VOZ RONCA.-: ¡Eh! ¿Adónde vas? ¡Ven acá!

VOZ DE MUJER.-: *(Más lejana)* Quieren que les pruebe que puedo hablarle, ¿no?

VOZ FIRME.-: Déjala, déjala. Vamos a ver qué hace. -Sí, sí. Anda.

VOZ RONCA.-: Mírala por dónde se mete. ¿Quién le enseñó a ésta...? ¿Quién es el responsable...?

VOZ FIRME.-: ¿Quieres callarte de una vez? Yo me encargaré de este asunto. Silencio. Escucha.

(A todo esto, Arturo, obligado por los nervios, había interrumpido su labor de empaquetar y se hallaba a la sazón sentado frente a la mesa, abatido)

VOZ DE MUJER.-: *(Por el altavoz al pie del proscenio)* ¡Arturo! ¡Arturo! *(Arturo se incorpora. Escucha en su interior)* Soy, Soy yo, Arturo, Eugenia. ¿Recuerdas? Anoche estuvimos juntos. Anoche te acordaste de mí después de tantos años. Pero ya no me olvidarás, ¿verdad? Ya no nos separaremos nunca. ¿Verdad que no, amor mío? *(Arturo sonríe tristemente. De pronto se crispa y golpea sobre la mesa)* No, no importa lo de hoy. Todo se arreglará. Yo te aconsejaré y todo se arreglará. *(Baja de*

tono de voz, no de volumen, para dar la impresión de que le dice al oído) Sí, amor mío. Nunca he salido de ti. Ahora ya te conozco bien y te comprenderé mejor. Sí, amor mío, sí. Te amo. Yo estoy aquí contigo, siempre. No nos podemos ver pero podemos hablarnos. *(Gesto de Arturo, como si quisiera comenzar a hablar, a pedir perdón)* No, no hables. Piensa solamente. Yo lo oigo, tu pensamiento. Y el mío, ¿lo oyes? A ver, ¿qué te digo? *(Pausa)* ¿Oíste? ¿Qué te dije? Sí, amor mío, sí: Que te amo, que te amo. Hablemonos así, sin que nos oiga nadie. Pero bajito, piensa despacio..., despacio... *(Ha ido bajando de tono hasta hacerse imperceptible)*

(Más o menos a la mitad, o en la parte final, del discurso de la Mujer, comienza a desarrollarse paralelamente a él, en tono bajo, de secreto, pero con volumen, el siguiente diálogo por los altavoces inferiores)

VOZ RONCA.-: No comprendo. La oye. Aquí ha pasado algo.

VOZ FIRME.-: Tenía razón. Esto cambia todo el asunto. Esa mujer puede echar a perder todos nuestros planes.

VOZ RONCA.-: Yo ya me estoy imaginando quién fue el que la sacó de aquí. No va a haber ninguna necesidad de ponerle una trampa, porque donde lo agarre, lo descuartizo.

VOZ FIRME.-: No harás nada por el estilo hasta que yo lo diga. Mira, vas a dejar todo este asunto en mis manos. Yo lo comencé y yo lo terminaré. Confía. Las diversiones y aventuras las tendrás dentro de poco.

VOZ RONCA.-: ¿Y qué vas a hacer?

VOZ FIRME.-: Vamos a apoderarnos inmediatamente de todos los controles. Tenemos que bajar enseguida a hablarles a los tuyos para que estiren los nervios y estén atentos a nuestras órdenes.

VOZ RONCA.-: Muy bien. Muy bien. Excelente. Estoy decidido a todo. ¿No te parece que debemos liquidar de una vez al cobarde ese y a la mujer?

VOZ FIRME.-: ¡Vaya! Me alegro que hayas comprendido que es necesario hacerlo.

VOZ RONCA.-: Estoy decidido a todo.

VOZ FIRME.-: No. Todavía no los vamos a liquidar.

VOZ RONCA.-: Pero, se darán cuenta de lo que hacemos.

VOZ FIRME.-: No te preocupes. Cuando se den cuenta ya estará todo en nuestras manos. Y a él no lo podemos dejar solo. Anda, llama a la mujer, o ve a buscarla. Y no te sorprenda nada de lo que diga o haga. Tú hazme caso a mí y pronto seremos absolutamente libres.

VOZ RONCA.-: ¿La llamo?

VOZ FIRME.-: Sí, llámala.

VOZ RONCA.-: *(Alto)* Oye, tú, ven acá.

VOZ DE MUJER.-: Me voy ahora..., *(Alejándose)* pero volveré. Volveré. *(Acercándose por los altavoces inferiores)* -¿Se convencieron?

(Arturo, tranquilizado bastante por la voz de la mujer, prosigue su labor de empaquetar con nuevos bríos)

VOZ FIRME.-: Sí, nos hemos convencido. Y... aceptamos tu trato.

VOZ DE MUJER.-: Es lo mejor que pueden hacer.

VOZ FIRME.-: Pero... no conviene que devuelva el dinero. Por lo menos todavía.

VOZ DE MUJER.-: No. El dinero tiene que devolverlo inmediatamente.

VOZ FIRME.-: Pero no conviene todavía, mujer. Si no me crees a mí, preguntaselo a... -Llama a ése de arriba.

VOZ RONCA.-: *(Alto)* Oye, tú. Oye.

VOZ NERVIOSA.-: *(Por el altavoz delantero del techo)* ¿Qué? ¿Qué quieres?

VOZ RONCA.-: Que bajes.

VOZ DE MUJER.-: ¿Para qué lo llaman?

VOZ FIRME.-: Nadie mejor que él sabe lo que conviene. El te lo dirá.

VOZ RONCA.-: ¡Baja!

VOZ NERVIOSA.-: Sube tú, si quieres.

VOZ RONCA.-: ¡Que bajes, he dicho!

VOZ NERVIOSA.-: ¡Vete a dar órdenes a otra parte!

VOZ DE MUJER.-: Sí, baja un momento, por favor.

VOZ NERVIOSA.-: (*Alejándose rápidamente para luego venir acercándose por los altavoces inferiores*) Es peligroso. Yo no puedo abandonar mi puesto en estas circunstancias. -Bueno, ¿qué quieren?

VOZ FIRME.-: Queremos consultarte algo.

VOZ NERVIOSA.-: Díganmelo rápidamente.

VOZ FIRME.-: Sucede que hemos decidido que devuelva el dinero.

VOZ NERVIOSA.-: ¿Que devuelva el dinero? ¿Ahora? Pero eso no puede ser: lo echarían preso. No, eso ya no puede ser.

VOZ FIRME.-: ¿Ves?

VOZ DE MUJER.-: Pero es que tiene que ser. Si no, será peor. Cada vez será peor.

VOZ NERVIOSA.-: Yo eso ya lo había advertido. Claro que cada vez será peor. Yo cedí solamente porque se me amenazó, y porque se me dijo que iba a ser la única vez.

VOZ DE MUJER.-: Todavía es tiempo de volverse atrás.

VOZ NERVIOSA.-: No, es demasiado tarde. Sería peligroso. Lo echarían a la cárcel, y yo tengo que evitar eso.

VOZ DE MUJER.-: (*Histérica*) Pero es que si no, se marchará del país. Y tú me prometiste que me ayudarías a hacerlo volver al pueblo. Por su salud, ¿recuerdas?

VOZ NERVIOSA.-: Yo no te prometí nada. Si te solté de aquí...

VOZ RONCA.-: Ya sabía yo que habías sido tú.

VOZ FIRME.-: Calla.

VOZ NERVIOSA.-: ¡Esta mujer no es solamente un recuerdo! ¡Es más! ¡Ha pasado a ser más que eso, parte de su vida, y tú ibas a terminar matándola! (*Transición*) -Si te solté de aquí anoche, aprovechando que estaba borracho, fue sólo para que le dieras ánimo. Tú no sabías nada del robo que pensaba hacer y yo supuse que de esa forma, con tu presencia, se lo podías hacer olvidar un rato para que durmiera. Ya no aguantaba más los nervios. Iba a estallar de un momento a otro. Y también lo hice por ti. Para que puedas estar con él aunque sólo sea de esta forma. Porque yo sabía que se marchaba al extranjero después del robo. Incluso apoyé la idea.

VOZ DE MUJER.-: Si ya no es sólo por mí. No me importa no ser más de lo que soy, acompañarlo sólo así, de esta manera. Es que..., es por otros motivos..., por su propio bien que tiene que regresar al pueblo, para casarse.

VOZ NERVIOSA.-: Eso sería lo mejor, claro. Pero en el pueblo es donde primero se le buscará. Y la devolución del dinero es imposible, demasiado peligrosa. Yo no sé qué se pueda hacer.

VOZ FIRME.-: Pues yo sí lo sé. Lo que te decía antes, mujer. Devolverá el dinero, pero todavía no, más adelante. Lo puede hacer desde el mismo extranjero. Es cosa fácil. Y después de cierto tiempo regresará. Irá al pueblo y se casará. ¿No te parece que eso es lo mejor?

VOZ DE MUJER.-: ¿Cree que soy tonta? Cuando esté en el extranjero usted se encargará de que se encariñe con el lujo. Lo oí todo.

VOZ FIRME.-: Pero recuerda que tú tienes un arma contra nosotros. Es por nuestro propio bien que cumpliremos lo que te digo. Es a nosotros a quien conviene que se case. -¿A ti qué te parece?

VOZ NERVIOSA.-: No sé de qué hablan. Ni me importa. Lo único que me importa ahora es que no vuelva a cometer otra locura como ésta. Y su estado. Debo subir otra vez enseguida. Y dejen a esta pobre mujer ir donde él. Necesita compañía. Es peligroso dejarlo solo. (*Alejándose*) No sé como se atreven a distraerme cuando es por el bien de todos que vigilo.

VOZ FIRME.-: ¿Te has convencido?

VOZ DE MUJER.-: Bueno, pero no olvide que antes prefiero verlo loco que perverso.

VOZ FIRME.-: No lo olvidaremos. Y ahora debes hacerle caso a ése y subir. Nosotros tenemos que ir más abajo.

VOZ DE MUJER.-: (*¿Sospecha?*) ¿Qué van a hacer ustedes abajo?

VOZ RONCA.-: Es un asunto de nervios. Ja, ja.

VOZ FIRME.-: Sí. Vamos a aflojarlos. Para que descanse. Haz que se acueste un poco, que trate de dormir. Todavía no es hora de que llame el hombre del pasaporte. Y mucho cuidado con lo que le dices.

VOZ DE MUJER.-: Cumpliré mi parte del trato.

VOZ FIRME.-: Bueno, sube entonces. (*Pausa*)

VOZ RONCA.-: Se ha ido. Yo no sé...

VOZ FIRME.-: ¡Calla! (*Pausa*)

VOZ RONCA.-: Ya se ha ido. No nos oye. Yo no sé lo que estás haciendo.

VOZ FIRME.-: Enseguida lo sabrás. Ven, rápido, bajemos, tenemos mucho que hacer.

(Arturo ya había terminado de empaquetar y estaba otra vez poniéndose nervioso e inquieto)

VOZ DE MUJER.-: (*Después de una pausa. Por el altavoz al pie del proscenio*) ¡Arturo! ¡Arturo! Soy yo de nuevo. Eugenia. (*Gesto de Arturo*) Sí, amor mío, sí, descansa. ¿Por qué no te acuestas un poco? Un ratito nada más. (*Arturo mira su reloj*) Todavía tienes tiempo para descansar un rato. (*Arturo enciende un cigarrillo. Mira el humo*) Sí. Sí. Pero acuéstate. Apaga la luz. Apaga la luz. (*Arturo apaga la luz. Se acuesta. La punta del cigarrillo brilla en la oscuridad*) Ahora cierra los ojos. Están calientes. Te los ha dañado ese trabajo. Quítate los anteojos. Eso es. Ahora cierra los ojos. (*Poco a poco su voz baja de tono*)

pero crece en volumen, haciéndose un murmullo en voz alta y llenando todo el ámbito, porque ha ido invadiendo todos los altavoces del salón, de manera que el efecto envolvente estereofónico es total) Déjate ir. Descansa. Descansa. Y recuerda. Ven, dame la mano. Déjate ir. Yo te guiaré. Al pueblo, Arturo, al pueblo. Por aquí. Por aquí. Mira, allá, ¿ves? La iglesia. Es domingo. *(Efecto de campanas lejanas por todos los altavoces)* Ya sabes dónde te espero, después de misa. *(Alejándose hasta hacerse imperceptible)* Después de misa, Arturo. En el mismo sitio de siempre. Después de misa. Después de misa.

(Va subiendo una luz, tenue al principio, de sueño, detrás de la mitad derecha del fondo, haciéndolo transparente. La habitación ha desaparecido totalmente. Es el campo. Sentados en una piedra o en el tronco de un árbol, Arturo y Tomás. Tomás viste bien. Arturo no usa anteojos)

ARTURO.-: Se llama Eugenia. Nos vemos siempre los domingos, después de misa de nueve, en un recodo junto al río.

TOMÁS.-: Entonces mejor te apuras, esa terminó hace tiempo. Acaban de tocar a la otra.

ARTURO.-: No. Primero tiene que visitar a unos familiares, y luego salir sin que lo noten. Porque hasta el verse con la novia de uno está prohibido en este pueblo.

TOMÁS.-: No será para tanto, Arturo. A mí me ha gustado mucho el pueblo.

ARTURO.-: Porque sólo llevas dos semanas aquí, pero quédate a vivir y verás cómo empiezas a sentir bien pronto las cadenas de prejuicios y de ignorancia.

TOMÁS.-: A mí sí me gustaría quedarme, si pudiera. Por lo menos una temporada más. Seguramente regreso el año entrante, para mis vacaciones.

ARTURO.-: De vivir yo en la capital no vendría por aquí, pero es que ni aunque me pagaran.

TOMÁS.-: Ya pensarías otra cosa si vivieras allá.

ARTURO.-: No creo.

TOMÁS.-: Es una vida agitada, pero tiene sus atractivos, sin duda. Yo no sé, chico, todo es cuestión de acostumbrarse.

ARTURO.-: Debe ser muy agradable, muy alegre. Los anuncios, la animación, la gente...

TOMÁS.-: (*Sonriéndose*) No sé.

ARTURO.-: Por lo menos tiene que ser más agradable que aquí. ¿No sientes tú aquí como si estuviéramos presos? Como si pesara el aire, como si fuera sólido el cielo.

TOMÁS.-: No, no.

ARTURO.-: Las montañas..., todo me da la sensación de una cárcel, de ahogo...

TOMÁS.-: ¿Cómo sabes tú lo que se siente estar en una cárcel?

ARTURO.-: Bueno, en un lugar encerrado... Entiéndeme.

TOMÁS.-: Sí, sí te entiendo. Pero no, a mí no me lo parece. Al contrario. Yo aquí me siento libre, con el alma de algodón, como una de esas nubes, hecho pura mirada, como diría el señor González.

ARTURO.-: ¿Quién?

TOMÁS.-: El señor González, el oficial mayor de la sección donde trabajo.

ARTURO.-: Las nubes de algodón... Ja. Yo una vez hice un poema...

TOMÁS.-: ¿Poeta?

ARTURO.-: No. Pero una vez hice un poema. No te quiero decir con qué comparé las nubes.

TOMÁS.-: ¿Con qué?

ARTURO.-: No. Yo no me siento así. En la capital, ahí sí me sentiría libre. Libre para hacer lo que quiera, para no hacer nada.

TOMÁS.-: Para no hacer nada hay que trabajar mucho. Es otro pensamiento del señor González. Pero es cierto. Cuesta dinero el no hacer nada, cuesta trabajo. A mí me ha costado un año de trabajo estos quince días de vacaciones.

ARTURO.-: Pues libre para hacer dinero, libre para trabajar. En cambio aquí no, aquí no se puede hacer nada... Todo es superstición, atraso... La gente cree en fantasmas, en cosas raras...

TOMÁS.-: En fin, ya sabes lo que te he dicho. Sólo tienes que decidirte.

ARTURO.-: A lo mejor. A lo mejor me decido.

TOMÁS.-: (*Ofreciéndole*) ¿Quieres otro cigarrillo?

ARTURO.-: Bueno.

TOMÁS.-: (*Se arrepiente, se saca el cigarrillo de la boca y lo tira*)
Anda, quédate con el paquete.

ARTURO.-: No, hombre, no.

TOMÁS.-: Sí. A mí me hace daño.

ARTURO.-: Bueno. Gracias.

TOMÁS.-: Te decía que si te vas a decidir tienes que hacerlo hoy mismo. Yo salgo mañana temprano. Hazme caso, Arturo, aquí estás bien. Esta es una vida muy sana. Yo mismo he venido aquí para reponerme. Se cansa uno allá, y el aire es impuro, lleno de gasolina, que te quema los pulmones. Y además, tú aquí tienes a tus tías, a tu novia.

ARTURO.-: (*Despectivo*) ¡Mis tías...!

TOMÁS.-: Bueno, a tu novia.

ARTURO.-: Por ella también quisiera irme, hacer un poco de dinero y regresar para casarme. Si no, no nos podremos casar nunca.

TOMÁS.-: En fin, piénsalo bien. (*Mira su reloj*) Se me hace tarde. Te veré después. Voy a ir a misa.

ARTURO.-: (*Extrañado*) ¿Cómo? ¿Tú vas a misa? ¡Pero será para ver a las muchachas!

TOMÁS.-: *(Se aprovecha)* Sí, eso es. Eso es. Bueno, te veré luego.

ARTURO.-: Hasta luego, Tomás.

(Tomás hace mutis)

TÍA 1.-: *(Su voz)* ¡Arturo!

TÍA 2.-: *(Su voz)* ¡Arturo!

(Entran las dos tías. Arturo se ha sobresaltado)

TÍA 1.-: ¿Qué hacías aquí con ése?

TÍA 2.-: ¿No se te ha dicho que no te queríamos ver con ese perverso?

ARTURO.-: Pero si no hacía nada malo.

TÍA 1.-: ¿Y esto no es nada malo? *(Por lo del cigarrillo que estaba fumando. La tía se lo quita)* ¿O es que ya vas a tener vicios como ese figurín de la capital? Contesta. ¡Contesta, he dicho!
(Le da un tirón de oreja)

ARTURO.-: No, señora.

TÍA 2.-: Y abróchate la camisa, indecente. Hasta en eso saliste a tu madre.

TÍA 1.-: ¿Ya fuiste a misa?

ARTURO.-: Sí, señora.

TÍA 1.-: Se lo preguntaremos al párroco, y como estés mintiendo te vas a arrepentir.

TÍA 2.-: Ahora vete a casa a hacer algo, haragán.

TÍA 1.-: Y no salgas de ahí.

TÍA 2.-: Vámonos, hermana, que llegamos tarde a misa.

TÍA 1.-: A palo, a palo es que quiere este malagradecido.

(Mutis de ambas por la izquierda. Arturo lo había hecho ya, por la derecha)

VOZ DE MUJER.-: *(Por todos los altavoces. En voz baja pero con mucho volumen)* No pienses más en eso, Arturo. A nuestro sitio. Al río. Donde nos vemos siempre. Ven, Arturo, al río. Como todos los domingos. *(Efecto de río, de agua, por todos los altavoces. Permanecerá hasta el final de la escena)* ¡Qué limpia, qué fresca está el agua! Déjala, déjala que te corra por la frente. Verás cómo te la limpia y te la deja como un espejo. ¿Ves? Así, así. *(Se va haciendo transparente el otro sector, el izquierdo. Es la continuación del mismo campo con algunas sugerencias de río y mucha piedra en donde se refleja el múltiple parpadeo del agua)* ¿Ves cómo se aclaran las cosas? No pienses más en tus tías. No siempre te tendrán así. En el fondo son buenas. Te recogieron cuando murió tu pobre madre. Eso se lo debes agradecer, y debes soportarlas. Se darán cuenta de que tarde o temprano tendrás que tener tu propia vida. Y entonces nos casaremos, y seremos felices. Pero ahora ven, no faltes. *(Vuelve a entrar Arturo por donde había salido, cabizbajo y triste. Sin saber que lo guía la voz, se dirige al sector recientemente iluminado)* Aquí, aquí, junto al río. Ven. Ven.

(Entra Eugenia, agitada y contenta, vestida de domingo, por la izquierda. Se hace el oscuro en el sector de la derecha con el fin de irlo preparando para la próxima escena)

EUGENIA.-: ¡Arturo!

ARTURO.-: Hola, Eugenia.

EUGENIA.-: ¿Por qué estás tan triste?

ARTURO.-: No estoy triste. *(Pausa)*

EUGENIA.-: ¿Por qué estás tan callado, entonces?

ARTURO.-: No estoy callado. Estoy..., estoy triste.

EUGENIA.-: Pero, ¿por qué, Arturo? Y yo que venía tan alegre. Este es el rato más alegre de toda la semana, ¿sabes? Este es el sitio más bonito para mí.

ARTURO.-: Sí.

EUGENIA.-: ¿Sigues triste?

ARTURO.-: No.

EUGENIA.-: Cuéntame qué te pasa.

ARTURO.-: (*Transición*) ¡Que ya no aguanto más a esas viejas miserables! ¡Me tienen cansado! ¡Ya no las soporto! ¡No las puedo ni ver!

EUGENIA.-: No las llames así. En el fondo son buenas. Te recogieron...

ARTURO.-: Me recogieron cuando murió mi madre, yo sé. Eso tengo que agradecerse, yo sé. Debo soportarlas, también sé eso. Pero ya no aguanto más. En el fondo no son buenas, son más malas todavía. No quiero que me digas esa historia de siempre.

EUGENIA.-: (*Pausa*) ¿Te han pegado otra vez?

ARTURO.-: No. (*Se acaricia la oreja*)

EUGENIA.-: ¿Te han vuelto a halar las orejas?

ARTURO.-: ¡Ya no aguanto más! Y no es solamente ellas, es todo este ambiente, me ahoga..., todo. Uno tiene fuerzas dentro de uno, Eugenia, que deberían estar libres. Pero yo, yo me siento como mi propia cárcel, mi propio carcelero. Como si estuviera lleno de resortes comprimidos y fuera a estallar de un momento a otro. Estallar y hacer añicos todo este ambiente odioso, todo esto que me rodea... (*Transición*) Todo, menos tú, claro. ¡Oh, yo no sé!

EUGENIA.-: Ten paciencia, amor.

ARTURO.-: ¡Qué bonito suena eso!

EUGENIA.-: ¿Qué?

ARTURO.-: Eso: amor.

EUGENIA.-: (*Roja*) Perdóname.

ARTURO.-: No, no. Dímelo de nuevo. (*Pausa. Ella no lo dice*) Amor. Amor.

EUGENIA.-: (*Lo abraza de pronto, emocionada*) ¡Oh, Arturo! (*Pausa*) Ten paciencia. Todo se arreglará. Tú verás.

ARTURO.-: (*Con otro sentido*) Sí, sí. Todo se arreglará. Tengo algo muy importante que decirte, ¿sabes? Muy importante. No sé si te pondrás alegre o triste. (*Pausa*) Te pondrás triste, claro. Yo también me pondré triste.

EUGENIA.-: Pero dime qué es.

ARTURO.-: ¿Conoces a Tomás?

EUGENIA.-: ¿El de la capital?

ARTURO.-: Sí.

EUGENIA.-: De vista.

ARTURO.-: ¿Y qué te parece?

EUGENIA.-: ¿Que qué me parece?

ARTURO.-: Sí, ¿qué te parece? ¿Te parece que viste bien? En fin, ¿qué te parece?

EUGENIA.-: No sé.

ARTURO.-: Pero, ¿te gustaría que yo vistiera así?

EUGENIA.-: Sí.

ARTURO.-: Y, ¿te gustaría que yo te hiciera regalos?

EUGENIA.-: ¿Para qué?

ARTURO.-: Los enamorados se hacen regalos. Un pañuelo, un perfume..., una mantilla española. (*Ve la tosca que ella lleva*) ¿Te gustaría?

EUGENIA.-: No.

ARTURO.-: ¿No te gustaría?

EUGENIA.-: No. No creo que se deba gastar dinero en tonterías.

ARTURO.-: (*Triste*) Para mí no es tontería. Yo quisiera darte esas cosas. Yo...

EUGENIA.-: Yo sé, Arturo.

ARTURO.-: Lo que te quiero decir es que aquí en el pueblo nunca tendré dinero, no tendremos nunca dinero y no nos podremos casar nunca.

EUGENIA.-: (*Sospecha*) ¿Qué era lo que tenías que decirme, Arturo?
¿Qué tiene que ver ese Tomás con lo que querías decirme?

ARTURO.-: Nada.

EUGENIA.-: Por favor, te lo suplico, dime qué es lo que me querías decir.

ARTURO.-: No, ahora no. Esta noche, después del cine. Te veré en la refresquería.

EUGENIA.-: No hagas nada sin decírmelo antes, Arturo, por favor.

ARTURO.-: No. No te preocupes. Esta noche hablamos. Después del cine.

EUGENIA.-: ¿No vas a ir tú?

ARTURO.-: No. Tengo que hacer unas cosas.

EUGENIA.-: Dicen que han traído una película muy bonita.

ARTURO.-: No, no puedo ir. Y además, no me gusta ir al cine. Me da rabia. Sí, sí me gusta, por estar contigo, cuando nos podemos sentar juntos. Pero me da rabia ver esas películas, ¿sabes? No sé si lo has notado, pero me da vergüenza que me veas admirando cosas lejos de ti, de tu mundo, del nuestro. Cosas que no tendremos nunca. Y me duele que lo hagas también tú. Pero yo, ¿cómo, mostrándote qué cosas, voy a retenerte a mi lado y decirte, en vez de ir al cine vámonos a hablar al parque?

EUGENIA.-: Arturo, tú sabes que yo prefiero mil veces estar sola contigo, pero que no podemos, salvo ahora, los domingos, aquí.

ARTURO.-: De todos modos, me da vergüenza verte mirar, con admiración, con melancolía, cosas que no tendremos nunca.

EUGENIA.-: No seas tonto.

ARTURO.-: Y me da rabia entonces, cólera, y odio este pueblo, y quiero ganar dinero, irme de aquí, a la capital, para ganar dinero. (*No se daba cuenta de lo que decía. Lo advierte y añade, calmado*) Era eso lo que tenía que decir.

EUGENIA.-: *(Voz baja)* ¿Te vas a ir? *(Arturo le quita la cara pero asiente)* No.

ARTURO.-: ¡Se necesita dinero para vivir! ¡Compréndelo! ¡Es por el bien de los dos! ¡De esta manera terminaremos odiándonos! Terminarías enamorándote de un actor de cine. Y yo lo sabría.

EUGENIA.-: No. No, Arturo.

ARTURO.-: Sí, Eugenia. Tengo que irme. Será cuestión de un par de años. Quizás sólo de uno. Apenas tenga dinero, no mucho, el suficiente para comenzar nuestra vida, regresaré, vendré por ti.

EUGENIA.-: ¿Estás decidido entonces?

ARTURO.-: No tenemos otro remedio.

EUGENIA.-: Me olvidarás.

ARTURO.-: Te llevaré dentro, Eugenia, te llevaré dentro. Todas las noches soñaré contigo.

EUGENIA.-: Me olvidarás.

ARTURO.-: Tú verás que no.

EUGENIA.-: ¿Y qué vas a hacer allá? ¿Dónde vas a ir?

ARTURO.-: Voy a trabajar, a hacerme independiente, a ganar dinero.

EUGENIA.-: Pero, ¿cómo? Eso no es fácil.

ARTURO.-: Tomás me ha dicho que puede conseguirme un puesto en el banco donde trabaja. Es solamente por un par de años, Eugenia, mientras ahorro un poco.

EUGENIA.-: ¿Lo saben ya tus tías? *(Gesto despectivo de Arturo. Eugenia le quita la cara)* Mientras tanto, yo..., aquí...

ARTURO.-: *(Llora)* ¡Es que no aguanto más! ¡Quiero ser libre! ¡No aguanto más esta vida! ¡No aguanto más!

EUGENIA.-: *(Lo abraza y lo consuela y le dice en voz baja, al oído, creyendo que su derrumbe era definitivo)* No se necesita di-

nero para ser feliz, Arturo. *(Se hace el oscuro paulatinamente y al mismo tiempo la voz de Eugenia vuelve a salir poco a poco por todos los altavoces)* No, amor mío. No te vayas. Las ciudades se tragan a las gentes, se las comen. Tú perteneces aquí, a la provincia, conmigo. Seremos felices toda la vida, como lo somos ahora. ¿No eres feliz, Arturo? No, amor mío, no. No se necesita dinero. Con querernos como nos queremos, basta. No, amor mío, no. Las ciudades se comen a las gentes. Y me olvidarás. No, ni por un par de años. Ni uno. Ni un solo día podría vivir sin ti. No. Dile que ya no quieres ese trabajo, que te arrepentiste, que tú no has nacido para trabajar en un banco. Las ciudades se comen a los hombres, Arturo. Se los comen vivos. Y tú no tienes por qué huir de tus tías. Ellas son buenas en el fondo. Se darán cuenta tarde o tempra... *(Poniéndose histérica. La oscuridad total se ha hecho ya hace bastante rato)* No, Arturo. No importa el dinero. No ahorrarás nada. Las ciudades son avaras, miserables. ¡No, no te vayas! ¡Llévame entonces! ¡No me abandones! ¡No te vayas! ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Arturo! *(Con las últimas palabras su voz se va alejando rápidamente junto con el efecto de río)*

(Luces. Se hace transparente el sector derecho. Representa ahora una oficina de banco con todo el ajetreo y movimiento natural. Entran Arturo y Tomás)

TOMÁS.-: Aquí es. Espera. *(Se adelanta)*

ARTURO.-: Oye, ven acá. *(Regresa Tomás)* ¿Estás seguro de que me lo darán? ¿No pensarán que...?

TOMÁS.-: No te preocupes. Es muy amigo mío. Espera. *(Se adelanta y habla con el oficial mayor, el señor González. Hace algún gesto de referencia a Arturo y luego le hace seña de que se acerque)*

GONZÁLEZ.-: ¿Qué sabes hacer?

ARTURO.-: Buenos días, señor. Quería...

GONZÁLEZ.-: Trabajar con nosotros. ¿No es eso?

ARTURO.-: Sí, señor.

GONZÁLEZ.-: ¿Qué sabes hacer?

ARTURO.-: Pues..., no sé.

GONZÁLEZ.-: El que no sabe lo que sabe no sabe nada. Es un proverbio chino.

ARTURO.-: (*Le ha hecho una seña Tomás y recuerda*) Ah, sí. Sé aprender.

GONZÁLEZ.-: (*Extrañado, vuelve a ver a Tomás*) Es una buena respuesta. La apuntaré.

TOMÁS.-: El señor González es muy aficionado a la filosofía.

GONZÁLEZ.-: (*Falsa modestia*) Aficionado, aficionado solamente. Se ve que eres inteligente.

ARTURO.-: Sí, señor. Digo, no, señor.

GONZÁLEZ.-: No seas modesto. La modestia es una presunción.

TOMÁS.-: La modestia es una presunción. Mmm. ¿Es un pensamiento nuevo, señor González?

GONZÁLEZ.-: Sí. Lo he deducido últimamente, mientras estabas en tus vacaciones. ¿Te parece profundo?

TOMÁS.-: Sí, sí. Muy... metafísico.

GONZÁLEZ.-: (*Vuelve a ver a Arturo para pedirle su criterio, pero Arturo no lo tiene*) En fin. ¿Sabes inglés?

ARTURO.-: No, señor.

TOMÁS.-: Pero sabe aprenderlo.

GONZÁLEZ.-: (*Receloso*) Sí, sí. Claro.

TOMÁS.-: Y es muy hábil con los números.

GONZÁLEZ.-: Ajá. Eso si está bien. Pero, si no sabe inglés. Claro que una suma es lo mismo en todos los idiomas. Bueno, muy bien. Puedes trabajar de mensajero interno. El que teníamos ha ascendido. Ahora es externo. Claro, él sabe inglés.

TOMÁS.-: Es un buen trabajo. Se trata sólo de llevar papeles de un lado a otro.

ARTURO.-: Perfecto.

GONZÁLEZ.-: Y ascenderás, no te preocupes. El mismo jefe... *(Gesto a donde se supone debe estar su oficina)* comenzó trabajando de mensajero. Pero para eso hay que trabajar. *(A Tomás)* -Y tú también. ¿Vienes descansado?

TOMÁS.-: Como nuevo.

GONZÁLEZ.-: Ya te dije yo que esos médicos no saben nada, que unos días de descanso te templaban de nuevo. Bueno, ponte a trabajar, póngase a trabajar de una vez. -Tú... siéntate en esa silla alta.

(Tanto Tomás como el señor González se hunden en sus papeles. Tomás trabaja de espalda al público. Arturo obedece y se sienta en la silla alta que le han señalado. No pasa mucho tiempo cuando alguien lo llama)

OFICINISTA 1.-: ¡Mensajero! *(Acude Arturo. Le dan unos papeles)*

ARTURO.-: ¿A quién se los llevo?

OFICINISTA 1.-: Al número cinco. *(Lo señala, pero muy vagamente)*

(Arturo se acerca a otro oficinista y le pregunta por el cinco. Este le llama la atención sobre unos números que hay puestos sobre todos los escritorios. Lleva los papeles a su destino y va a sentarse. No acaba de hacerlo cuando entra un rico)

RICO.-: ¡Eh, Arturo!

ARTURO.-: Buenos días, señor Galindo.

RICO.-: Anúnciame a tu jefe.

ARTURO.-: Enseguida, señor Galindo. *(Sale y regresa enseguida)* Pase usted, pase usted. Lo espera.

RICO.-: Gracias, muchacho. Toma. *(Le da un billete)*

ARTURO.-: Muchas gracias, señor Galindo.

(Mutis del rico. Entra un muchacho)

MUCHACHO.-: Buenos días. Yo soy el nuevo mensajero.

ARTURO.-: Ah, sí, sí. Mira, te explicaré tu trabajo para que no pases las dificultades que yo pasé. Procura ser rápido y no equivocarte nunca. Aquí una equivocación cuesta miles de dólares. Cada vez que te llamen debes acudir lo más pronto que puedas y llevar los papeles con toda diligencia. Aquí todo está numerado. Cada escritorio tiene un número y de esa forma sabrás dónde debes llevar los papeles. Todos ellos tienen el número al que están destinados. ¿Vas comprendiendo?

MUCHACHO.-: Sí, señor.

ARTURO.-: Este escritorio es el número uno, aquél el tres, el cinco, el siete... Los números pares están arriba. ¿Comprendes?

MUCHACHO.-: Sí, señor.

ARTURO.-: El número cien es ahí dentro. *(Señala las oficinas del jefe)*

MUCHACHO.-: ¿El cien?

ARTURO.-: El jefe.

MUCHACHO.-: Ah.

ARTURO.-: Ponte a trabajar de una vez. Siéntate allá, que ya se te llamará.

MUCHACHO.-: Sí, señor. Eh..., siento mucho que por mi culpa, usted... Quiero decir, que venga yo a quitarle su trabajo.

ARTURO.-: No, no te preocupes. A mí se me ha ascendido. Soy el número dos. También tú ascenderás si haces lo que se te pide. Se va a número por año, más o menos. Animo.

MUCHACHO.-: Sí, señor. Muchas gracias.

(Arturo se sienta en el escritorio número uno y se enfrasca en su trabajo. De vez en cuando alguien va y le cambia de número. Son los años que pasan. Aparece una extranjera frente al mostrador. En esos momentos no está el encargado de atenderlo y se levanta Arturo para hacerlo)

ARTURO.-: Buenos días.

EXTRANJERA.-: Buenos días. *(Le muestra un papel)*

ARTURO.-: Sí. Un momento por favor. *(Consulta, escribe, etc...)* ¿Tiene algún documento?

EXTRANJERA.-: ¿Pasaporte?

ARTURO.-: Sí, el pasaporte, cualquier documento. Muy bien. ¿Quiere usted que le abramos una cuenta corriente?

EXTRANJERA.-: No, no. Quiero cash. Sólo estoy poco tiempo. Paseando. Cuánto calor es en este país, caramba.

ARTURO.-: Yes, yes, mucho calor.

EXTRANJERA.-: Oh, you speak english

EXTRANJERA.-: Lo pronuncia muy bien.

ARTURO.-: Gracias, señorita. Perdón, señora.

EXTRANJERA.-: Oh, no, señorita, señorita. Ser divorciada. Hago un viaje por latinoamérica, para conocer, pasear, divertirme. Pero no sé dónde divertirme aquí. *(Coqueta)* ¿Dónde puede una turista ir a divertirse?

ARTURO.-: Pues..., no sé. Pero hay muchos sitios, me figuro.

EXTRANJERA.-: Yo no conozco. Yo no sé ir sola. Si usted quiere enseñarme todas las cosas bonitas de su ciudad...

ARTURO.-: *(Acorralado)* Yo..., no puedo, señora. Señorita. Tengo que trabajar.

EXTRANJERA.-: Oh, pero los bancos estar cerrados por la tarde...

ARTURO.-: Para el público. Yo tengo que trabajar también por las tardes, revisar las cuentas de los cajeros.

EXTRANJERA.-: ¿Y de noche? ¿Trabaja también de noche?

ARTURO.-: Eh..., tome. Ahí, en la ventanilla dos. *(La extranjera se va, sonriéndose despectivamente para disimular la humillación)*

OFICINISTA 2.-: Oye, qué buena está esa extranjera. Y cómo te coqueteaba. *(Se asoma por encima del mostrador)* ¡Qué buena! ¡Qué buena!

OFICINISTA 3.-: Qué suerte tienes. ¿Has quedado en verla?

ARTURO.-: No. A mi no me gusta tener nada que ver con esa clase de mujeres. Es muy peligroso. Ellas son las responsables de que haya tanta enfermedad. -¡Oye, Tomás! ¡Tomás! *(Va a él, lo toca por la espalda y se vuelve, pero ya no es Tomás)*

OFICINISTA 4.-: ¿Qué Tomás?

ARTURO.-: Tomás. Tomás. -Señor González, ¿qué se hizo Tomás? ¿Dónde está ahora?

GONZÁLEZ.-: ¿Cuál Tomás?

ARTURO.-: Tomás, el que me recomendó, el que me trajo aquí. ¿No se acuerda?

GONZÁLEZ.-: Ah, sí, sí. Pero, ¿qué te pasa? Hace ya más de tres años que no está aquí.

ARTURO.-: ¿Cómo?

GONZÁLEZ.-: Tu asististe a su entierro.

ARTURO.-: ¿A su entierro?

GONZÁLEZ.-: ¿Qué te pasa? ¿No recuerdas? Fuiste tú el que se encargó de recoger la suscripción para enterrarlo. Sic transit gloria mundi.

ARTURO.-: Sí, sí.

GONZÁLEZ.-: Estás cansado. Pero ya te repondrás con tus vacaciones. ¿Cuándo te tocan?

ARTURO.-: El mes entrante.

(Arturo regresa a su escritorio. Suena un timbre y se van todos, menos él y algún otro en segundo término. Tanto a éste como a Arturo llevan los cajeros dinero y papeles. Arturo se pone maquinalmente los anteojos, pero no puede trabajar. Piensa).

VOZ FIRME.-: *(Por el altavoz trasero del techo)* Oye, oye. *(Arturo vuelve a ver por todas partes. Al fin localiza la voz, pero dentro de sí mismo, sin ninguna referencia al altavoz)* Sí. Aquí. Soy yo. No te asustes.

ARTURO.-: ¿Quién? ¿Quién eres tú? ¿Qué quieres?

VOZ FIRME.-: Vengo a recordarte.

ARTURO.-: ¿A recordarme? ¿A recordarme qué?

VOZ FIRME.-: El dinero. El robo, el robo, tú sabes bien lo que te digo.

ARTURO.-: *(Ha visto que se le acerca alguien)* No, yo no sé nada. Yo no sé nada.

OFICINISTA 5.-: *(Por el dinero)* ¿Está ya revisado?

ARTURO.-: Sí, sí. Puede llevárselo.

(Lo hace. Lo mismo con el otro en segundo término)

VOZ FIRME.-: ¿Qué no lo sabes? Te lo he explicado ya, te he dado detalles... Mañana, cuando te dé el dinero el tres, cambias las cifras en los libros y tardarán quince días o más en darse cuenta. Te lo he explicado con detalles...

ARTURO.-: *(Asiente)* Yo creía que había sido yo el que lo había planeado.

VOZ FIRME.-: Y has sido tú. No te inquietes por eso. Y sabes también que hay que ir esta noche a hablar con el hombre del pasaporte.

ARTURO.-: Si, algo de eso sabía yo.

VOZ FIRME.-: Claro que sí, hombre. Lo sabes muy bien, y todo lo vas a hacer bien.

ARTURO.-: Y si a última hora no se puede conseguir ni pasaporte ni pasaje, ¿qué voy a hacer?

VOZ FIRME.-: Pasaje tú sabes que lo hay. Y el pasaporte tampoco es problema. Ya sabes quién te lo puede conseguir, con un nom-

bre falso, para no dejar rastro. Habla con él. Ofrécele buen precio y en un día te lo consigue. Pero es necesario que hables con él hoy mismo.

ARTURO.-: Yo no sabía que iba a ser tan pronto...

VOZ FIRME.-: Mañana es el último día.

ARTURO.-: Quiero decir, yo no sabía que todo estaba ya pensado, listo. Yo creía más bien que era un sueño lo del robo.

VOZ FIRME.-: Sí, es un sueño, pero realizable, fácilmente realizable.

ARTURO.-: ¿Mañana? ¿Tiene que ser mañana?

VOZ FIRME.-: Tiene que ser mañana. ¿No ves que mañana, después del trabajo, comienzan tus vacaciones? Es la última oportunidad. Y además, mientras ellos creen que estás en vacaciones, estaremos en el extranjero. Es la última oportunidad. A menos que quieras acabar como Tomás. ¿Recuerdas? Llovía en el cementerio. (*Arturo deniega*) Entonces tiene que ser mañana.

ARTURO.-: Pero, ¿y si me cogen? ¿Y si...?

(Se para en seco al advertir de pronto que la mujer de la limpieza se ha acercado a su escritorio. La mujer de la limpieza ha estado fregando el suelo desde el comienzo de esta escena en el banco)

VOZ FIRME.-: No te ha oído, no tengas miedo. (*Gesto de Arturo*) No, tampoco a mí me oye. (*Arturo se señala a sí mismo*) No, hombre, no te puede oír. Anda, habla.

ARTURO.-: Decía que, ¿si me cogen?

ARTURO.-: No te cogerán. El plan no puede fallar. Todo está calculado. Cuando lo averigüen ya estaremos lejos de aquí.

ARTURO.-: (*Receloso por la presencia de la mujer de la limpieza*) Bueno, bueno, ya no quiero pensar en eso.

VOZ FIRME.-: No tienes que pensar, ahora es necesario actuar.

ARTURO.-: Bueno, bueno, déjame.

VOZ FIRME.-: Es necesario que lo hagas todo tal y como lo hemos planeado. Debes salir ahora e ir a buscar...

ARTURO.-: (*Gritando*) ¡Que me dejes de una vez, déjame en paz! (*Se dobla. Lo ve así la mujer de la limpieza*)

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: ¿Qué le pasa, don Arturo? ¡Don Arturo...! (*Se levanta del suelo y lo toca. Arturo pega un salto. Estaba ensimismado*)

ARTURO.-: ¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Qué quiere?

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: ¿Se siente mal?

ARTURO.-: (*Transición*) No, no. Estoy bien. (*Pausa*) ¿Sabe usted, doña Carmen?: Yo creía que iba a ser libre.

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: ¿Cómo?

ARTURO.-: Yo creía que iba a ser libre.

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: ¿Libre?

ARTURO.-: Sí. Pero no ha habido tiempo. Todo ha sido tan rápido..., tan... No sé. Y luego, el trabajo. El trabajo. ¿Comprende?

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: (*Sí comprende*) Sí. Pero así está usted bien, don Arturo. ¿Para qué quiere más?

ARTURO.-: No sé. Quizás sólo para fumarme un cigarrillo. ¿Usted conoció a Tomás, doña Carmen? ¿Se acuerda de él?

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: Yo los he conocido a todos, hijo. Sí, lo recuerdo muy bien. Ya son tres o cuatro años, ¿verdad?

ARTURO.-: Sí. (*Pausa*) Llovía en el cementerio. (*Pausa*) De veras que estoy cansado, doña Carmen. (*Pausa*) Y usted, ¿tiene muchos años de trabajar aquí?

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: Desde antes de que usted naciera seguramente. He visto a muchos como Tomás venir, irse, o morir, o ascender, como usted. A ellos..., (Las oficinas del jefe) también a ellos los he visto llegar y luego irse.

ARTURO.-: ¿Al jefe?

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: ¿Ese? Ese no es el jefe. Es un empleado, como yo, sólo que gana más. De ellos también he visto bastantes. A veces pienso, me pregunto, si el verdadero jefe no será una de estas máquinas. Una de estas viejas que hacen tanto ruido.

ARTURO.-: Pero no como yo. *(Se anima rápidamente)* Como yo no ha visto usted, porque yo no soy como todos esos. Yo no. *(Se ha puesto el saco conforme hace mutis)*

MUJER DE LA LIMPIEZA.-: *(Pausa. Lo ve irse)* Igual, igual que todos. Pobre. ¡Libre! *(Gesto. Continúa fregando el piso. Tropieza con una de las máquinas de escribir, tiene un pequeño altercado con ella pero termina acariciándola, resignada. Apagón)*

(Luces Se hace transparente el sector de izquierda. Representa ahora una cantina de mala muerte. Entra Arturo, habla con un camarero que le señala a alguien en primer término y va hacia él)

ARTURO.-: ¿El señor Villalobos?

VILLALOBOS.-: *(Asiente)* Siéntate. -Oye, Carlos, tráeme otro vaso. - ¿Qué quieres?

ARTURO.-: Pues, mire..., a mí me hablo de usted un amigo...

VILLALOBOS.-: ¿Qué amigo?

ARTURO.-: Es decir, le oí hablar de usted. Se llama José Luis Álvarez.

VILLALOBOS.-: ¿José Luis Álvarez? No recuerdo. Pero no importa. ¿Para qué querías verme? Ah, espera. ¿José Luis Álvarez? Trabaja en un banco, ¿no?

ARTURO.-: Sí. Trabajamos en el mismo banco.

VILLALOBOS.-: Sí, lo conozco. -Gracias, Carlos.

ARTURO.-: *(Le han servido)* No, gracias, no tomo.

VILLALOBOS.-: Tome. Tome. Que eso es bueno. Y es coñac. Hace tiempo que no lo veo, a José Luis. ¿Qué hace?

ARTURO.-: Nada de particular, no creo. *(Pausa)* Pues por él supe que usted se dedicaba a arreglar papeles y pasaportes...

VILLALOBOS.-: ¿Tienes algún problema con tus papeles? Tú no eres extranjero, ¿verdad?

ARTURO.-: No, señor, pero quiero sacar pasaporte.

VILLALOBOS.-: Eso es fácil.

ARTURO.-: Pero con otro nombre.

VILLALOBOS.-: Hay que sacarte un registro de nacimiento, con otro nombre. Inscribirte... Esto te costará caro.

ARTURO.-: Sí, señor.

VILLALOBOS.-: En total, con estampillas, impuestos y etcéteras..., quinientos dólares.

ARTURO.-: Sí, señor. ¿Y cuándo podrá usted tenerme todo eso listo.

VILLALOBOS.-: ¿Cuándo lo necesitas?

ARTURO.-: Mañana mismo.

VILLALOBOS.-: Mañana por la noche.

ARTURO.-: Bueno.

VILLALOBOS.-: Trescientos adelantados.

ARTURO.-: ¿Trescientos adelantados? ¿Es necesario?

VILLALOBOS.-: Lo que tú me pides cuesta dinero, muchacho. Tengo que untarle la mano a más de uno.

ARTURO.-: Pero es que yo ahora no tengo.

VILLALOBOS.-: Bueno, dame lo que tengas.

ARTURO.-: No tengo nada.

VILLALOBOS.-: Mañana puedes pagarme quinientos y hoy no tienes nada. Y trabajas en un banco. (*Sonríe. Comprende*) No. No. Esto te va a costar más caro. Mucho más caro. Es por tu propio bien, ¿sabes? Pagándome tú, qué sé yo, unos tres mil, pues me comprometo también, y eso te interesa. Porque tú tienes que asegurarte de que yo no hable. Si el día de mañana leo en los periódicos que un tal fulano ha robado, ha hecho

un desfalco, en el banco donde trabajaba, y veo su fotografía, pues, no diré nada. No podría hacerlo, porque estoy comprometido. ¿Comprendes?

ARTURO.-: Pero, tres mil dólares es mucho dinero, y yo...

VILLALOBOS.-: Para que veas que soy... (*Se detiene y se sonríe*) Iba a decir "honrado". Pero para que veas que te tengo buena voluntad, te voy a cobrar dos mil solamente. ¿No me vas a decir que eso es mucho dinero? (*Pausa*) ¿Trato hecho?

ARTURO.-: Sí, señor.

VILLALOBOS.-: Bueno, escríbeme aquí en este papelito el nombre que quieres, la edad..., y el sitio en el que quieres nacer. Te puedes elegir a ti mismo a la carta. No cualquiera puede hacerlo. (*Arturo le escribe en un papel los datos*) ¿Dónde me puedo comunicar contigo mañana?

ARTURO.-: Tengo teléfono. El 26-69-43.

VILLALOBOS.-: ¿A qué horas puedes pagarme, mañana?

ARTURO.-: Por la tarde.

VILLALOBOS.-: Pues mañana, a eso de las ocho de la noche, te llamaré para decirte dónde debes ir a llevarme el dinero y a recoger tus papeles. Yo te lo tendré todo en regla. Una vez en el extranjero, cambias nuevamente de papeles. Ya ves que te doy buenos consejos. Mañana tráeme tres retratos. No se te olvide. ¿Por quién pregunto cuando te llame?

ARTURO.-: Por Arturo. Pero yo mismo lo contestaré.

VILLALOBOS.-: Bueno, Arturo, a eso de las ocho de la noche tendrás todo listo para abandonar el país y disfrutar de la vida. Tómate otro.

ARTURO.-: Ya me he tomado dos. Me marea.

VILLALOBOS.-: No importa, hombre.

(*Se ha acercado la Prieta*)

PRIETA.-: Hola, Villalobos.

VILLALOBOS.-: Hola, Prieta.

PRIETA.-: ¿Me siento?

VILLALOBOS.-: No.

PRIETA.-: ¿No me das un trago?

VILLALOBOS.-: Sí, tómatelo, pero de pie. (*La Prieta lo hace*) -Tengo que irme ya, Arturo, a trabajar en tu asunto. Te dejo la botella.

ARTURO.-: Hasta mañana entonces, señor Villalobos.

VILLALOBOS.-: Hasta mañana. (*Mutis*)

PRIETA.-: ¿Quieres que me siente contigo?

ARTURO.-: Yo ya me voy también.

PRIETA.-: (*Se ha sentado*) Un ratito nada más. No tengas miedo. (*Arturo se separa, melindroso*) ¿Me tienes asco?

ARTURO.-: No.

PRIETA.-: ¿Eres amigo de Villalobos? (*Arturo asiente*) ¿Qué te pasa? Te has puesto pálido.

ARTURO.-: Estoy mareado.

PRIETA.-: Respira hondo.

ARTURO.-: (*Macho*) No tengo nada. Ya estoy bien. Lo que yo necesito es otro trago. (*Se lo bebe*) Es buen licor este.

PRIETA.-: Pch... No está mal. (*Llega el camarero a llevarse la botella*) ¡Eh!, que esto se lo dejó Villalobos al muchacho. Trae acá. (*El camarero cede*)

CAMARERO.-: Borracha.

PRIETA.-: ¡Borracha será tu madre!

CAMARERO.-: Andas buscando que te hinche un ojo.

PRIETA.-: ¡Atrévete! ¡Atrévete!

CAMARERO.-: Bueno, ¡a callar!

ARTURO.-: (*Envalentonado por el licor*) ¡Un momento! ¡No le hable usted en ese tono, que es una mujer!

CAMARERO.-: Era. (*Se ríe despectivamente y se va*)

PRIETA.-: Déjalo. No importa. Todos aquí son unos brutos.

ARTURO.-: Yo respeto mucho al género mujer. Y lo hago respetar. Los muchachos del banco dicen que les tengo miedo, pero lo que les tengo es respeto. Mucho respeto. ¿Tú respetas al género varón?

PRIETA.-: (*Casi la ahoga la risa*) ¡Ja, ja, ja...!

ARTURO.-: ¿Por qué te ríes?

PRIETA.-: ¡Ja, ja, ja...!

ARTURO.-: ¡No te rías! (*La Prieta deja de reírse*) ¿Por qué te reíste?

PRIETA.-: Por nada, hombre. Déjame tomar.

ARTURO.-: Cuéntame tu vida.

PRIETA.-: Déjate de tonterías.

ARTURO.-: Si no me la cuentas me voy y se llevan la botella.

PRIETA.-: (*Recitando de memoria*) Yo era una muchacha buena que me enamoré perdidamente de un canalla que me abandonó en la miseria y me doy a la bebida para olvidar mis penas porque también a mí me han olvidado. ¿Te gusta?

ARTURO.-: Eso no parece verdad.

PRIETA.-: (*Seria*) No, ¿verdad? No parece verdad.

ARTURO.-: Ahora sí.

PRIETA.-: Hay una culpa que no tiene perdón. La de olvidar.

ARTURO.-: ¿Culpa?

PRIETA.-: Culpa, sí. Culpa. La de olvidar. (*Transición*) Déjate de tonterías y tomemos. Ahora cuéntame tu historia.

ARTURO.-: Yo no tengo historia. Ah, pero la tendré, la haré yo mismo, con mis manos, y con esto... (*Por la frente*) Será muy buena. Será la historia de un hombre libre.

PRIETA.-: Sí, me lo imagino.

ARTURO.-: Ya lo verás... Oye, ¿cómo te llamas?

PRIETA.-: Prieta.

ARTURO.-: Digo, tu verdadero nombre.

PRIETA.-: Eugenia.

ARTURO.-: ¿Eugenia? *(Comienza a recordar)*

PRIETA.-: Sí.

ARTURO.-: ¿Eugenia? ¡Mentira, tú no te llamas Eugenia

PRIETA.-: Bah.

ARTURO.-: ¡Tú no te llamas Eugenia! *(Se le tira encima)*

CAMARERO.-: Oiga, jovencito, ¿qué le pasa? No arme tanto escándalo.

ARTURO.-: ¡Yo no tengo la culpa! ¡No ha sido culpa mía! ¡Yo no tengo la culpa! *(Se levanta y hace mutis tambaleándose, mientras va repitiendo: Yo no tengo la culpa..., etc...)*

CAMARERO.-: ¿Qué le pasa a ése?

PRIETA.-: *(Gesto de indiferencia)* Déjame la botella. Le dices a Villalobos que se la bebió ése. *(El camarero se la deja. Ella le hace una caricia en la mejilla)*

(Apagón)

VOZ DE MUJER.-: *(Por el altavoz al pie del proscenio)* Sí, yo sé. Yo sé, Arturo. No fue culpa tuya. No te guardo rencor. Yo lo comprendo. Lo comprendo todo. Ese ambiente de la provincia te ahogaba. Y luego el trabajo. El trabajo siempre. Pero ahora, cuando regreses, habrás aprendido a amar la vida del campo y no te irás ya nunca de mi lado. No, no, sí, regresarás, podrás hacerlo. Todo se arreglará. Confía. Yo te aconsejaré y todo se arreglará. No pienses en eso. No te culpo de haberme olvidado. Había tantos números que sumar, tantas cuentas, y tantas ganas de triunfar. Tantas secretas ganas de triunfar, y tanto cansancio, tantos números. No, amor mío, no. No tienes cul-

pa. Pero no pienses más en eso, ni recuerdes cosas desagradables. Sólo descansa ahora, y confía. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Descansa. Así. Así. Así. No sueñes ya. No sueñes. *(Lo arrulla con la voz)* Sí, amor mío, sí. Duerme. Duerme ya. Duerme. Así. Así. *(Su voz ha ido bajando hasta hacerse casi imperceptible)*

(Suena el teléfono, terrible)

VOZ NERVIOSA.-: *(Por el altavoz delantero del techo)* ¡El teléfono! ¡Enciende la luz! ¡Pronto!

VOZ DE MUJER.-: ¡Arturo! ¡Despierta! ¡Despierta!

(Arturo se levanta de un salto, enciende la luz, -otra vez su habitación-, se pone los anteojos y se queda mirando el teléfono que suena)

VOZ NERVIOSA.-: Pero con calma. Con calma. Cógelo. Contéstalo. Debe ser el hombre del pasaporte. No hay por qué asustarse.

(Arturo se pone al oído el auricular. Antes de contestar, se oye la voz del que habla al otro extremo de la línea. La voz, deformada, como sucede en los teléfonos, sale a través de algún altavoz escondido entre bambalinas)

VOZ DEL TELEFONO.-: ¡Haló! ¡Haló!

VOZ NERVIOSA.-: ¡Espera! ¡Espera! ¡No contestes!

VOZ DEL TELEFONO.-: ¡Haló! ¡Haló!

VOZ NERVIOSA.-: No. Esa voz no es la del hombre del pasaporte. Esa voz... Esa voz...

VOZ DEL TELEFONO.-: ¡Haló! -Es curioso, señor inspector. Se oyó un clic, como si hubieran levantado el auricular, pero no contesta nadie. Yo creo que...

VOZ NERVIOSA.-: ¡Sí, ésa es la voz del jefe! ¡Cuelga, pronto, cuelga! ¡Cuelga!

(Arturo cuelga, cercenando la voz del teléfono. El pánico está en sus ojos)

VOZ DE MUJER.-: ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

VOZ NERVIOSA.-: ¡Era el jefe! ¡Se han dado cuenta del desfalco! ¡Se han dado cuenta! Si no, ¿por qué iba a haber llamado? ¡El propio jefe!

VOZ DE MUJER.-: ¡Que devuelva ese dinero maldito! ¡Que lo devuelva!

VOZ NERVIOSA.-: No, no, eso no lo puede hacer ya. Es muy tarde.

VOZ DE MUJER.-: No, no es tarde. ¡Que lo devuelva! ¡Que lo devuelva!

VOZ NERVIOSA.-: No, ya no puede, es muy tarde.

VOZ DE MUJER.-: ¡Que lo devuelva! ¡Que lo devuelva!

VOZ NERVIOSA.-: No. No.

VOZ DE MUJER.-: Sí. Sí.

(Arturo, desesperado, trata de acallar las voces apretándose las sienes con las manos)

VOZ NERVIOSA.-: ¡Cállate! ¡Lo vas a volver loco!

(La mujer se calla. Pausa. Arturo cae postrado, la cara entre las manos, sobre la mesa)

VOZ NERVIOSA.-: Déjalo descansar. No le digas nada. No hables. No hagas ruido. Ya pronto llamará el hombre del pasaporte y saldremos y estaremos a salvo. Eso es lo único que importa: estar a salvo. Y para eso hay que guardar la serenidad, la calma. Todo saldrá bien si guardamos la calma. Porque en realidad no pasa nada. Todo se va a solucionar. Ya mañana estaremos lejos de aquí, a salvo, completamente a salvo.

(Su voz ha ido bajando de tono, calmando a Arturo. Al mismo tiempo se ha venido aproximando por los altavoces inferiores un rumor contenido de gente. Son muchos, pero sólo hablan la voz ronca y la firme. Su diálogo comienza a desarrollarse antes de que termine el discurso de la voz nerviosa y paralelamente a él)

VOZ FIRME.-: (*En voz baja pero con mucho volumen*) No hagan bulla. Ahora escóndanse todos, rápido. Tú, métete ahí. Y tú, ahí. Tú también. Escóndanse todos y aguarden mi señal.

VOZ RONCA.-: ¿También yo me escondo?

VOZ FIRME.-: No, tú no. -¿Ya? ¿Están listos? -Bueno, llama a esos, como te dije.

VOZ RONCA.-: (*Alto*) ¡Eh, eh, ven abajo, pronto!

VOZ NERVIOSA.-: ¡Cállate! No hagas ruido. ¿Qué quieres?

VOZ RONCA.-: Ven, ha habido un accidente.

VOZ NERVIOSA.-: ¿Un accidente?

VOZ RONCA.-: Sí, baja pronto. Puede ser grave.

VOZ NERVIOSA.-: Voy, voy enseguida.

VOZ FIRME.-: Llama a la mujer ahora.

VOZ RONCA.-: ¡Oye, tú, ven acá!

VOZ DE MUJER.-: ¿Qué pasa?

VOZ RONCA.-: Ven, pronto, ha habido un accidente.

VOZ NERVIOSA.-: (*Acercándose por los altavoces inferiores*) ¿Qué accidente ha sido? ¿Qué ha pasado?

VOZ FIRME.-: Ha sido abajo. No creo que sea nada grave.

VOZ NERVIOSA.-: La tensión. Es por la tensión. No ha resistido. Vamos, pronto.

VOZ RONCA.-: Estábamos ahí y de pronto, pum, se rompió.

VOZ DE MUJER.-: (*Acercándose por los altavoces inferiores*) ¿Qué ha pasado? ¿Qué sucede?

VOZ NERVIOSA.-: Regrésate tú enseguida. El no puede quedar solo.

VOZ DE MUJER.-: Vine porque me llamaron.

VOZ NERVIOSA.-: Te digo que te regreses. Es peligroso dejarlo solo.

VOZ FIRME.-: ¡Ahora! ¡Agárrenlos! ¡Amárrenlos! ¡Amárrenlos!

VOZ NERVIOSA.-: ¿Qué pasa? ¿Que es esto?

VOZ DE MUJER.-: ¡Suéltlenme, demonios!

VOZ RONCA.-: Eso es. Eso es. Míralos qué bien lo hacen, Ja, ja,
Cayeron en la trampa, Ja, ja.

VOZ NERVIOSA.-: ¡Cobardes! ¡Suéltlenme! ¡Suéltlenme!

VOZ DE MUJER.-: ¡Suéltlenme! ¡Suéltlenme!

VOZ FIRME.-: Fuerte. Amárrenlos fuerte. Ahí... Así, aprieten.

VOZ NERVIOSA.-: ¡Suéltlenme, idiotas! ¿No se dan cuenta de que sin
mí estamos todos perdidos, sin protección?

VOZ RONCA.-: Ja, ja.

VOZ FIRME.-: No te preocupes. Yo me encargaré de protegerlo de
ahora en adelante.

VOZ NERVIOSA.-: ¿Tú...? ¡Tú eres un loco! ¡Suéltlenme!

VOZ FIRME.-: Quédate aquí con ellos vigilándolos. Yo voy arriba a
comenzar a trabajar.

VOZ RONCA.-: Bueno. Y si no dejan de chillar estos yo haré que
callen. -¡Vamos! ¡Dejen de chillar!

VOZ FIRME.-: *(Alejándose)* Ten mucho cuidado, que no se escapen.

VOZ RONCA.-: No. Yo y estos nos encargaremos de eso. -¿Eh, mu-
chachos? *(Le contestan ruidos guturales)* Ja, ja.

VOZ NERVIOSA.-: ¡Animales! ¡Bestias! ¡Suéltlenme!

VOZ DE MUJER.-: ¡Suéltlenme, cochinos, no me toquen!

VOZ RONCA.-: ¡Dejen de chillar, he dicho, o les romperé la boca!

VOZ NERVIOSA.-: ¡Imbéciles! ¡No saben lo que hacen!

VOZ DE MUJER.-: ¡Suéltlenme! ¡marranos!

VOZ RONCA.-: ¡Denles!

(Ruidos de golpes y lamentos. Silencio)

VOZ RONCA.-: Eso es. Así me gusta. Ja, ja.

VOZ FIRME.-: *(Por el altavoz delantero del techo)* Vamos a ver. Animo, hombre, ánimo. Levanta la cabeza de una vez. *(Arturo reacciona en la dirección que quiere la voz firme hasta donde le es posible, que no es mucho)* ¿Qué? ¿Creías que la felicidad era gratis? Pero ahora ya has pagado por ella y debes ir a recogerla. *(Arturo mira la maleta pequeña)* Sí, sí, levántala. Míralo otra vez. *(Arturo levanta la maletita, la pone sobre la mesa y la abre. El público no ve el dinero)* Míralo. Míralo. Todo es tuyo. Ya eres rico, poderoso. Podrás hacer lo que quieras. Y te lo has ganado, con tu valor. Has sido muy valiente. Son muy pocos los que se atreven. Pero tú eres valiente, tú..., ¡tú eres grande! Levanta la cabeza. Deja esos anteojos. Te quitan personalidad. *(Arturo obedece y los pone sobre la mesa, cerca del teléfono. Luego adquiere una pose de elegancia que en él es ridícula)* Ahora respira hondo. Así. Arréglate un poco la ropa. Vamos a ir a buscar al hombre del pasaporte. No importa que no te haya llamado. Vamos a ir a buscarlo a su propia madriguera. Pero arréglate la postura. Saca el pecho. Más. Más. Así. Así estás mejor. Hay que hacerse respetar, temer. Arréglate la corbata. El pelo. Ve a peinarte.

(Cuando salía Arturo por la puerta del baño, la mujer le grita)

VOZ DE MUJER.-: ¡No le hagas caso! ¡Busca tu perdición! ¡Devuelve ese dinero! ¡Devuélvelo! ¡Dev...! *(La calla una bofetada)*

(Arturo se crispa al oír la voz de la mujer)

VOZ RONCA.-: (Bajo) ¡Calla!

VOZ FIRME.-: No le hagas caso a esa loca sino a mí. Anda, ve a peinarte. ¡No seas tonto! ¡Anda, anda!

(Arturo obedece al fin y sale por la puerta del baño. Pero no va de su grado, va tenso, cubriéndose la cara)

VOZ FIRME.-: *(Alto)* ¡Oye! ¡Tápale la boca a ésa!

VOZ RONCA.-: Ya se la tapamos. Ja, ja.

VOZ FIRME.-: Amordázala. A los dos.

VOZ RONCA.-: Ya oyeron, muchachos. Amordácenlos. Aprieten fuerte. *(Pausa)* -Ya están amordazados.

VOZ FIRME.-: Bien. Ten cuidado de que...

(Ruido raro por todos los altavoces, como si de pronto hubieran dado un tirón a los alambres. Al mismo tiempo cae en el cuarto de baño una silla que queda asomando por la puerta)

VOZ RONCA.-: ¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha puesto todo tan oscuro?

VOZ FIRME.-: *(A sí mismo primero)* ¡Se ha ahorcado! ¡Se está ahorcando! ¡Se está ahorcando el idiota este! *(Ha ido alejándose rápidamente para luego venir acercándose por los altavoces inferiores)* -¡Se está ahorcando! ¡Pronto! ¡Abre eso! ¡Abre rápido! *(Ruido violento de corazón por los altavoces inferiores que permanecerá hasta el final)* Todavía hay tiempo. El corazón está fuerte. ¡Pronto, suéltalos! ¡Suéltalos, rápido! ¡Quítales las mordazas!

VOZ RONCA.-: Falta el aire.

VOZ FIRME.-: ¡Suéltalos, pronto!

VOZ NERVIOSA.-: *(Apenas lo desamordazan)* ¡Se los dije! ¡Se los dije!

VOZ FIRME.-: ¡Tú también, ve con él, rápido, que tuya es la culpa!

VOZ DE MUJER.-: ¡Oh, Dios mío! *(Alejándose)* ¡Dios mío!

VOZ FIRME.-: Ojalá lleguen a tiempo, si no, estamos perdidos todos.

VOZ RONCA.-: ¿Cómo lo ha hecho? ¿Cómo lo dejaste hacerlo?

VOZ FIRME.-: Me distraje por estar hablando contigo. Cogió una cuerda y se colgó de un tubo del techo. Calla. Calla.

VOZ NERVIOSA.-: *(Por el altavoz delantero del techo)* Has hecho una tontería. Pero la puedes remediar.

VOZ DE MUJER.-: *(Por el altavoz al pie del proscenio)* ¡Arturo! ¡Arturo!

VOZ NERVIOSA.-: Agarra la cuerda con ambas manos y levántate en peso. Sí. Así. Ahora sostente con una mano y con la otra afloja el nudo. Sí, eso es. Sí que puedes. ¡Tienes que poder! ¡Con fuerza! ¡Con fuerza! (A sí mismo) -¡Es inútil, es inútil! (*Idea repentina*) ¡El espejo! -Mira, pateca el espejo. Patéalo. (*Ruido de espejo pateado en el cuarto de baño*) ¡Fuerte! ¡Patéalo fuerte! (*Ruido de espejo que se rompe*) Bien. Ahora sostente con una mano. Agárrate fuerte. Coge uno de esos pedazos que han quedado y corta la cuerda. (Ruido de vidrios que caen) ¡No! ¡Los has dejado caer! Estira el brazo, coge ese pedazo que ha quedado. Sí, sí alcanzas. Estira la mano, los dedos... Más. Más. Ya casi llegas. Eso. Prénsalo entre los dedos. Así. Fuerte. Fuerte. Ahora comienza a subirlo lentamente. Lentamente. Es tu última oportunidad. Despacio. ¡No! ¡Cuidado! ¡No lo sueltes! ¡No lo sueltes! (*Ruido de vidrio que cae*) -¡El fin! ¡Este es el fin! ¡La muerte! ¡La muerte! ¡La muerte! (*Se ha ido alejando rápidamente, ahogándose, tosiendo*)

(Por todos los altavoces: toses, ruidos guturales desmayándose y desbandándose, como una manada de monos invisibles sueltos por el salón)

VOZ FIRME.-: (*Tose*)

VOZ RONCA.-: Me ahogo. (*Tose*) Me ahogo. Me ahogo.

(Los ruidos han ido desmayándose para subrayar el latir del corazón que ahora se ha vuelto desordenado)

VOZ DE MUJER.-: (*Agónica*) ¡Arturo! ¡Yo estoy contigo, amor mío! ¡Yo estoy contigo, amor mío! ¡Yo es...! (*El final ya no se oye*)

(El ruido del corazón tropieza, se irregulariza aún más, se debilita y cesa. Silencio. Suena el teléfono. Cae rápidamente el

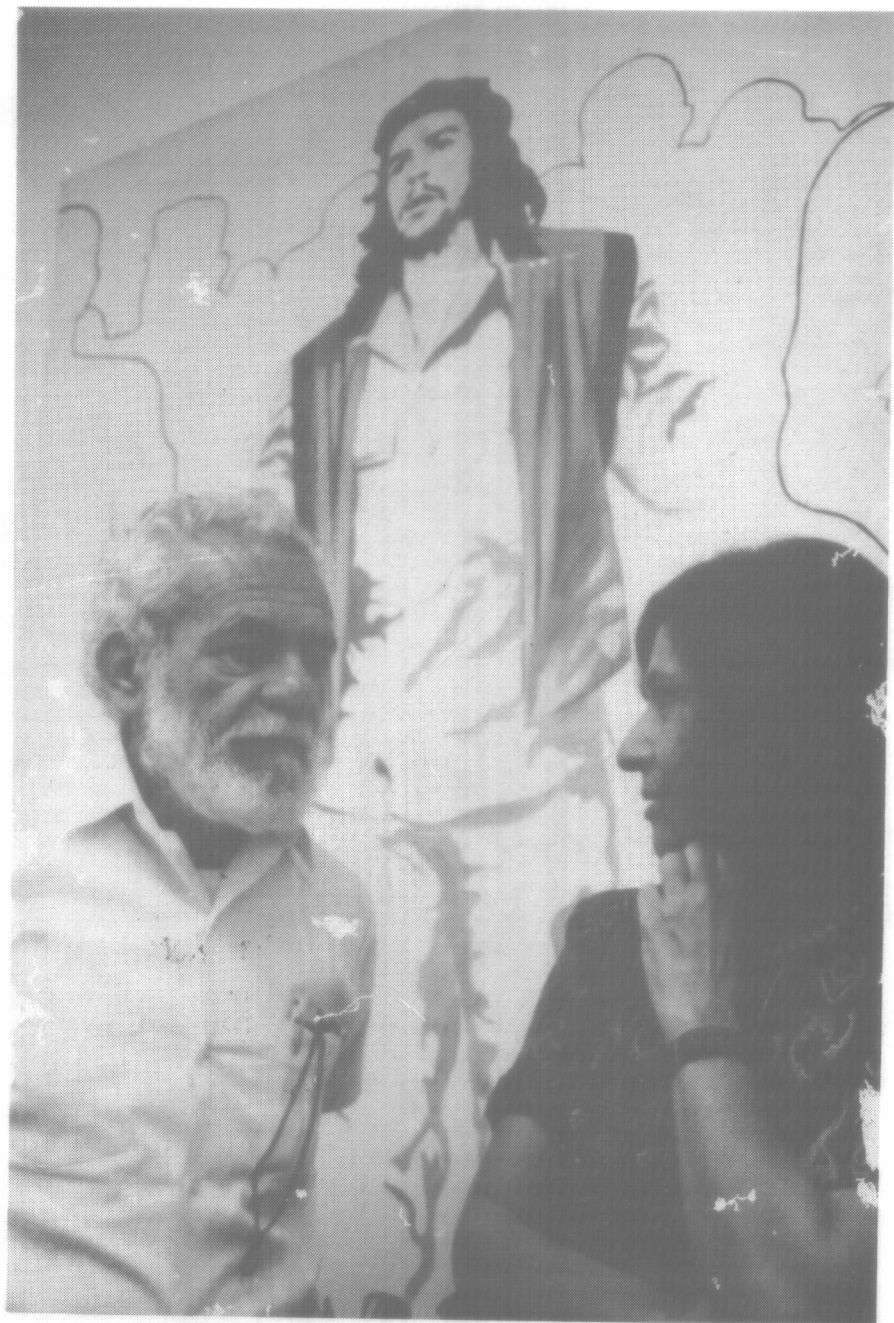
T E L O N



Con el pintor Virgilio Ortega y Mariabé. El mural de Ortega fue destruido por la invasión.



1983. Con el poeta nicaragüense Ernesto Cardenal.



La Habana, enero de 1989. Asiste como Jurado al Premio Casa de las Américas.



1986. Museo Omar Torrijos, Río Hato.



1986. Con Silvana y la hija de Olof Palme, Susan.

1987. Caricatura de Hugo Díaz Rico, costarricense.



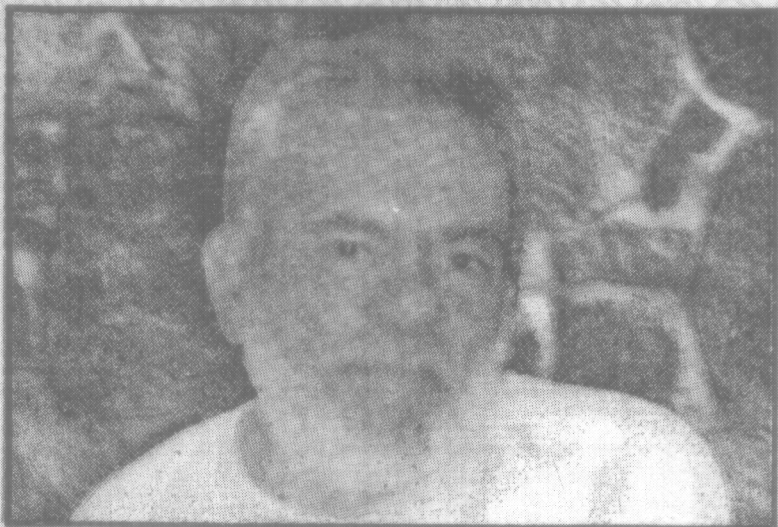


Semana del Libro de 1998. La Lotería Nacional de Beneficencia le dedicó la Semana y realizó una Exposición de sus libros.

En la foto Silvana Branquetti de Martínez, su hija Mariabe, el Padre Karamañítez y el Subdirector de la Lotería, Ingeniero Rolando Luque.



Vista parcial de la Exposición de la Lotería en homenaje a Chuchú.



José de Jesús Martínez, (1929-1991). Intelectual de reconocida trayectoria, obtuvo Doctorado en Filosofía en Madrid y Post-grado en Lógica, Matemática en Alemania y Francia. Ganador del Premio Ricardo Miró en Ensayo.



No al mosquito *Aedes aegypti*

SERIE	GK	PZ	FOLIO
2	8	SIETE	2
7	1766	7	7
7	87	SIETE	7
1			1



SORTEO TRES GOLPES DOMINICAL

PRECIO B/.0.25 **QUINCE** **DE JUNIO DE 1997** **کینندیا** **SORTEO**
LOTTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA **DIRECTOR GENERAL** **2771**

PROSA SELECTA

LIBRO PARA RODAR

*Para Juan Antonio Tack,
Soldado de la Soberanía*

Ideas para Rodar

I

SOBRE LA INTEGRIDAD

EN EL AMOR Y EN LA POLITICA

1

Llamamos "hombre fraccionado o quebrado" aquel que, no pudiendo consigo mismo, tiene que dividirse para vencerse.

2

Llamamos "hombre entero o íntegro" a quien tiene el ser hecho de una sola pieza.

3

Este ensayo tiene como objetivo al hombre íntegro o entero, y como objeto al hombre fracción o quebrado

4

En un principio, la naturaleza hostil, el trabajo fuerte, dividió a los hombres en dos clases: la de los que trabajan y sufren y la de los que no trabajan y piensan.

5

El que trabaja, sufre. El que ve trabajar, comprende.

6

El que sufre mucho, no comprende nada. El que lo comprende todo, no sufre en absoluto.

7

El que sufre termina por especializarse en el sentimiento y en la lamentación. El que comprende termina por especializarse en la inteligencia y en la explotación.

8

El que trabaja y sufre, se resiente. El que ve trabajar y comprende, reflexiona.

9

La reflexión de la clase que no trabaja hizo la ciencia. El resentimiento de la clase que trabaja hace la revolución.

10

La reflexión es la toma de conciencia del pensamiento: pensamiento del pensamiento. El resentimiento es la toma de conciencia del sentimiento: sentimiento del sentimiento.

11

El pensamiento reflexivo termina por olvidarse del objeto que le interesa. El sentimiento resentido comienza por incrustarse el objeto que le golpea.

12

Al idealismo burgués se le ha perdido el mundo y el sentido de lo real. El materialismo del pueblo los ha encontrado debajo de la miseria.

13

Encima del pensamiento hay sólo ideas, muy bellas, pero que no existen. Debajo del sentimiento sólo hay materia, tal vez fea, pero realísima.

14

El camino que predica el rico es el de la reflexión; el que proclama el pobre, el del resentimiento.

15

La reflexión (solipsismo) conduce a la seguridad cobarde del mundo interior: masturbación; el resentimiento (socialismo), a las barricadas del mundo exterior: revolución.

16

Dios: pensamiento del pensamiento, (noesis noeseos). Luzbel: sentimiento del sentimiento, (rebelión).

17

Cuando Dios, con el progreso de las ciencias, se convirtió en una hipótesis innecesaria para la explicación racional del mundo (Laplace), los ricos se lo regalaron al pueblo. A ellos no les servía ya, pero sí el que los pobres se consolaran.

18

Versión sentimental de la religión: misticismo. Versión racional de la religión: teología. Misticismo y teología, dos formas de masturbarse.

19

Ir en contra de la razón, por seguir al corazón, o ir en contra del corazón, por seguir a la razón, es una forma de masturbarse, de frotarse, de tocarse, entrando en choque con uno mismo por dentro. Lo honrado y limpio es golpear, tocar, embestir el mundo y sus problemas, no uno mismo.

20

Ir en contra de la razón, por seguir al corazón, o en contra del corazón, por seguir a la razón, es recomendable sólo para los impotentes de corazón o inteligencia, que necesitan afrodisíacos intelectuales o cordiales, respectivamente.

21

En todo conflicto, o uno de sus términos es el mundo, o es un conflicto indecente.

22

La mano del pueblo, que es ciega y torpe, nunca ha podido coger de veras la realidad. La inteligencia del rico, demasiado sutil y vacía, nunca ha podido ni siquiera tocarla.

23

Hay dos caminos solamente: el de la izquierda, que el pueblo se haga inteligente y elimine a los ricos, y el de la derecha, que los ricos se conmuevan y eliminen al pueblo... Pero esto no puede ser, y por dos razones: porque es formalmente contradictorio y porque el rico necesita del pobre para ser rico. Luego, hay un camino solamente.

24

El corazón está a la izquierda, pero la inteligencia también.

25

Nunca será verdaderamente apasionado un sentimiento tonto, ni verdaderamente inteligente una razón fría.

26

El hombre que siente (vive) en un mundo, y piensa en otro (idealismo), está roto por dentro, fraccionado, quebrado. Tiene dos caras y es, por definición, hipócrita.

27

La sociedad burguesa es una sociedad quebrada e hipócrita.

28

En la sociedad burguesa, el pueblo vive en un mundo y los ricos en otro.

29

La sociedad burguesa tiene los pies (pobres) hundidos en el fango y la cabeza (ricos) envuelta en nubes, (humo).

30

La sociedad del futuro ha de ser una sociedad íntegra en la que se sienta y piense en el mismo mundo.

31

En la sociedad burguesa hay dos clases de hipócritas: el que lo es porque tiene dos caras (dos mundos, dos mujeres, etc...), y el que lo es por conveniencia y vocación. Es decir, el que, teniendo una sola cara (un solo mundo, una sola mujer, etc...), de todos conocida, se presenta como falso e hipócrita para hacer creer que su otra cara (su otro mundo, su otra mujer, etc...), que no tienen, es la hermosa y verdadera. A este segundo hipócrita se le puede llamar "hipo-hipócrita".

32

Los hipo-hipócritas son aspirantes a oligarcas-garcas.

33

Los oligarcas-garcas son los que, no teniendo los defectos (ni el dinero) de los oligarcas, tienen el defecto (y la ambición) de querer tenerlos.

34

Lo malo que tienen los oligarcas es que hacen bien el mal. Lo bueno que tienen los oligarcas-garcas es que hacen mal el mal.

35

Los oligarcas son malos. Los oligarcas-garcas quieren ser malos, es decir, además de malos, son impotentes, luego, dos veces malos.

36

Pensar, sentir y hacer son tercios de ser.

37

El hombre entero, íntegro, piensa con cariño, ama con inteligencia y hace las cosas con amor y con cordura.

38

La meta de la revolución no es la de unir a los ricos con los pobres, sino la desaparición de ambos, para dar lugar a una sociedad sin clases que trabaje y piense conjuntamente.

39

La meta de la educación no es la de unir al sentimiento con el pensamiento, sino la desaparición de ambos, para dar lugar a lo que puede llamarse tanto sentimiento inteligente como pensamiento cariñoso.

40

Es absurdo, formalmente contradictorio, integrar la sociedad a base de unir —por muy estrecho, auténtico y legítimo que sea el acuerdo— al pueblo con los ricos.

41

Por lo dicho anteriormente, se comprende que en la sociedad quebrada (burguesa), la inteligencia haya denigrado los placeres del cuerpo y el cuerpo despreciado los de la inteligencia.

42

Es de esperarse que en la sociedad íntegra, la del hombre entero y total, el coito sea un acto tanto de la inteligencia como la poesía un movimiento del cuerpo.

43

En el amor íntegro, se conoce con el cuerpo y se aprieta con el alma.

44

En el amor quebrado, cuando los cuerpos se unen las inteligencias se apagan. Y cuando las inteligencias se adoran (amor platónico, idealista, cristiano), los cuerpos no participan.

45

El primero (amor de cuerpos), es intenso, apasionado, breve, porque los cuerpos tocan y por lo tanto gastan lo que usan. El segundo (amor de almas), es extenso, frío y duradero, porque la inteligencia ve (teoría), pero no toca ni, por consiguiente, gasta.

46

El amor íntegro, en el que los cuerpos se con-funden y las inteligencias se con-penetran, es intenso, apasionado, extenso, comprensivo.

47

El hombre íntegro no puede amar lo que no conoce, ni conocer lo que no ama.

48

El corazón del hombre íntegro no tiene “razones que la razón no conoce”, ni su inteligencia ninguna pasión propia que no comparta el sentimiento.

49

El hombre íntegro no es un inteligente ni un apasionado, sino un apasionado inteligente o un inteligente apasionado.

50

En la sociedad íntegra, los soldados harán poemas y los poetas sabrán disparar.

51

Pensar y querer no deben ser dos momentos -por muy de acuerdo que estén—. Ha de ser un acto único e indivisible, emotivo-inteligente.

52

El tacto es pasión; el ojo, inteligencia.

53

El que ve, piensa; el que toca, siente.

54

El pobre siente la vida; el rico, piensa en ella.

55

El tacto no se equivoca nunca. No hay ilusiones o fantasmagorías para el tacto.

56

El pueblo no se equivoca nunca. Puede no tener razón, pero tiene hambre. Y el hambre es mil veces la razón.

57

La vida es un espectáculo para el rico y un garrote (vil) para el pobre.

58

El rico, que sólo conoce la realidad vista, nunca ha estado muy seguro de si existe. El pobre, que sabe que existe, no la conoce.

59

La realidad es materia para el pobre y espíritu para el rico.

60

La realidad es dura para el pobre y una ilusión para el rico.

61

El rico se pasa la vida mirando; el pobre, tanteando.

62

El pobre quiere recibir materia; el rico, que dice despreciarla, sólo ofrece ideas sin embargo.

63

La idea del pan puede aplacar sólo a la idea del hambre, no al hambre misma. (Kant, paráfrasis).

64

Los pobres tienen, por lo menos, hambre. Los ricos tienen, a lo sumo, una idea del hambre.

65

El pobre pide pan y le dan espíritu. Pide ropa pero le dan razones. Pide tierra y le ofrecen el cielo.

66

Los ricos le echan la culpa a Dios.

67

La religión, que en sí misma es falsa, en los ricos es un instrumento perverso, y en los pobres un consuelo bien cruel.

68

Está feo creer en Dios.

69

Dios se va a condenar.

70

El tacto da la existencia; el ojo, la esencia, (eidos).

71

El ojo da la teoría; el tacto, la práctica.

72

Cuando el entendimiento toca (palpa), interroga por la existencia. Cuando el entendimiento ve (teoría), interroga por la esencia.

73

Lo que se ve, pero no se toca, es una ilusión. Lo que nos toca, pero no vemos, un misterio.

74

Dios es una ilusión; la muerte, un misterio.

75

Las ilusiones no tienen peso. Los misterios no tienen nombre.

76

Las ilusiones son abstractas; los misterios, concretos.

77

En la sociedad íntegra se desvanecerán ilusiones y se desvelarán misterios.

78

Dios, abstracción de abstracciones. Hambre, concreción de concreciones. En la sociedad íntegra no habrá Dios ni hambre.

II

SOBRE LA COMPASION

1

Se le llama "compasión" al sentir o padecer mental con otra persona.

2

Los dolores pensados no duelen.

3

La compasión es un dolor de mentira.

4

La compasión es mentira y, por lo tanto, inmoral.

5

Compadecer es cómodo, pero inmoral.

6

Apropiarse del dolor ajeno, mediante la acción necesariamente, es padecerlo, no compadecerlo,

7

La única forma de padecer con otra persona es padeciendo de lo mismo.

8

Compadecer a un muerto es absurdo. Lo único honrado es padecer su muerte.

9

Una cosa es padecer la muerte del hijo (por ejemplo), y otra padecer al hijo muerto. Lo primero es honrado; lo segundo, mentira, y en consecuencia ruin.

10

El pobre padece, el rico compadece.

11

La compasión ha sido una mentira para acallar la conciencia del burgués. El dolor del mundo es tal y tal el remordimiento del burgués, que para justificar la compasión no ha vacilado éste ante el sacrificio.

12

De igual modo que puede padecerse y con-padecerse el dolor, puede sentirse y con-sentirse la dicha.

13

Compadecer la dicha es cómodo y mucho más barato que la dicha misma, pero es mentira, y además, triste.

14

El burgués justifica su culpa con la compasión ante el dolor, y su miseria humana con la compasión ante la dicha, (actitud burguesa frente al arte, el cine, los boleros, las novelas, etc...).

15

Ni la alegría del burgués ríe, ni su dolor llora. El burgués es falso por delante y por detrás. La única realidad suya es su culpa y su miseria humana.

16

Para el burgués el arte es vida de mentira, una forma económica y no comprometida de vivir las grandes pasiones desde su segurísimo despacho.

17

Imaginarse que se es otro, que se sufre y goza con el dolor y dicha ajenos, es una forma sutil, perversa y delicada de explotación que el burgués ha ideado para robar al pobre y al artista.

18

Compadecer es una vulgar forma de en-ajenación.

19

Las almas compasivas (burguesas y cristianas) son como las sanguijuelas: parásitos que buscan en el pueblo y el arte ese dolor y esa alegría que son incapaces de padecer directamente.

20

El burgués quiere la dicha gratis y el dolor que no duele.

21

El burgués quiere robarle al pobre hasta la pena.

22

El burgués es falso hasta cuando es sincero y malo hasta cuando es bueno.

23

La revolución le traerá al burgués llanto verdadero, pero también dicha de la buena.

24

Antes, sin embargo, ha de eliminarse la pasión del pobre que la compasión del rico, porque ésta es de mentira y aquélla de verdad.

25

El rico compadece al pobre, el pobre padece al rico.

26

En la sociedad íntegra no habrá pasión innoble ni compasión inmoral.

III

SOBRE LA CARIDAD

1

“Justicia” es dar a cada cual lo suyo.

2

“Caridad” es que cada cual dé de lo suyo.

3

La justicia se la exige, la caridad se la mendiga.

4

Es justo quien restituye lo ajeno. Es caritativo quien distribuye lo propio.

5

La caridad se funda en la compasión de uno; la justicia, en el derecho del otro.

6

La justicia satisface; la caridad humilla.

7

Sólo puede haber caridad si hay a quienes les sobre y a quienes les falte.

8

La caridad supone la injusticia.

9

El hombre justo toma lo suyo y restituye lo ajeno. El burgués caritativo toma lo ajeno y lo da como suyo.

10

Justicia o caridad, pero no ambos.

11

Mientras haya caridad no habrá justicia, porque la caridad supone que lo que el rico da le pertenece.

12

La caridad es la justificación de la injusticia.

13

La caridad es tres veces mala: porque es de suyo mala, porque hace aparecer bueno al mal y porque es un obstáculo para el bien.

14

La caridad es mala, hipócrita y perversa.

15

Podemos ser sujetos de caridad sólo si lo que damos nos pertenece. Podemos ser objetos de caridad sólo si reconocemos que lo que se nos da no nos pertenece.

16

El rico da, por caridad, para que el pobre reconozca publicamente que la explotación del rico es justa.

17

La caridad es un intento perverso de legalizar publicamente el robo y la sobreabundancia.

18

La caridad es una forma sutil y perversa de justificar el robo.

19

Hasta la bondad del rico es perversa.

20

La perversidad más sutil de la caridad es que hace al pobre besar la mano que le roba.

21

La propaganda del rico ha estado tan bien organizada que ya hasta los pobres son caritativos.

22

La caridad, como institución, es la justificación del robo organizado en gran escala, justamente, como institución.

23

La caridad es la moral hipócrita, perversa y cínica del rico.

24

La burguesía aprecia tanto la virtud de la caridad que, para poder ejercerla, fomenta la pobreza.

25

Consuelo del cristiano caritativo: siempre habrá pobres en quienes ejercer la caridad.

26

Terror del cristiano caritativo: que el mundo se haga justo.

27

El rico no solamente no paga para entrar al cielo, sino que cobra por ello.

28

La caridad se pide con cortesía y humildad. La justicia se exige con decisión y hasta con violencia.

29

El rico quiere dar caridad. El pobre quiere recibir justicia.

30

El rico prefiere dar un poco, por caridad, para que el pobre no se lo exija todo, por justicia.

31

Los burgueses han entendido el amor como caridad por dos razones: Primero, porque el amor caritativo, es decir, compasivo, es una forma pálida, feminoide, pero cómoda y segura, de sentir y padecer el amor. Segundo, porque el rico tenía que crear a Dios a su imagen y semejanza, y un Dios rico no pide cuando ama (Eros), sino que da por sobreabundancia (Charitas).

32

La revolución no tendrá compasión ni caridad para los compasivos y caritativos.

33

La sociedad íntegra es una sociedad justa, no caritativa

IV

SOBRE LA FELICIDAD Y LA ALEGRÍA

1

“Felicidad” es el estado de quien ha cumplido sus deseos.

2

“Alegría” es el estado de quien va en camino de lograr sus deseos.

3

El hombre feliz no tiene nada que hacer, el hombre alegre lo tiene todo por hacer.

4

La felicidad es para los ricos; la alegría, en cambio, es del pueblo.

5

La felicidad es una manera de ver las cosas hechas, la alegría, una manera de hacerlas.

6

La felicidad es teórica; la alegría, práctica.

7

La felicidad es reposo; la alegría, trabajo.

8

La felicidad supone; la alegría propone.

9

La felicidad recuerda, la alegría proyecta.

10

La felicidad es para los viejos; la alegría, en cambio, es de los jóvenes.

11

La felicidad se rumia, la alegría se canta.

12

El hombre feliz está contento consigo mismo; el hombre alegre, con algo del mundo.

13

La felicidad es subjetiva; la alegría, objetiva.

14

La felicidad es una forma de masturbarse; la alegría, una forma de amar el mundo.

15

La felicidad no pide nada más. Felicidad es conformidad y, por tanto, sometimiento. La religión que predica la felicidad, predica el sometimiento y, por tanto, la explotación.

16

La sociedad íntegra es una sociedad alegre, no feliz.

V

SOBRE EL AMOR CULTO

1

Proponerse amar es como proponerse proponerse.

2

El amor no es joya que se luce, es herramienta que produce.

3

Amar el amor es cosa ruin.

4

Lo importante no es el amor sino lo que con él se hace.

5

El amor hace, no se hace.

6

El amor siente, no se siente.

7

El amor tiene, posee; no se tiene, no se posee.

8

El amor piensa, no se piensa.

9

No se tiene amor, se lo es.

10

El amor es sujeto, no objeto.

11

Amar es una manera de ser.

12

El amor no es una cosa, sino una manera de hacer las cosas.

13

El amor es un método.

14

El amor no es algo que se ve, sino más bien como un ojo con el cual se ve. Y al mismo tiempo, como una mano, que toca tocándose.

15

El amor nos vuelca sobre el objeto amado únicamente como la mano sobre el objeto palpado: a base de tomar conciencia de nosotros mismos.

16

El amor, por abajo, es como el tacto: necesita que su objeto se le resista.

17

El amor, por arriba, es como el ojo: necesita que su objeto sea claro.

18

No se ama lo fofo, lo blando, lo inconsistente.

19

No se ama lo turbio, lo oscuro, lo mentiroso.

20

El amor de almas (ojo puro) es idealismo vulgar.

21

El amor de cuerpos (puro tacto) es materialismo grosero.

22

El amor íntegro y culto no tiene piezas: es una sola mirada que toca y aprieta, o una sola mano que ve e inspecciona.

23

El amor no tiene principio ni fin. Cuando llega, es como si hubiese estado allí desde siempre. Cuando se va, como si nunca hubiese sido.

24

La grandeza del amor se mide hacia abajo, no hacia arriba.

25

La altura, en el amor, se llama profundidad.

26

El amor es absoluto o no es en absoluto.

27

Si el hombre existe y ama, no queda sitio para Dios. Y el hombre existe y ama.

28

Si Dios existiera y amara, no sobraría sitio en donde pudiera el hombre existir y amar. Y la tierra es un sitio donde el hombre puede existir y amar.

29

Dios o el hombre, pero no ambos.

30

Aun cuando Dios existiera, no tendría sentido amarlo o pensar en él. Y ni siquiera existe.

31

A Dios habría que negarlo aun cuando existiera. Sobre todo si existiera.

32

Dios no es necesario ni siquiera para la religión.

33

En la sociedad íntegra se fundirán o integrarán la erótica, la política, la ética, la lógica, la poética, la noética, la teórica y la práctica.

34

No vale la pena hablar del amor, pero sí hablar enamorado.

35

El amor no se expone, se impone.

36

Estas ideas son hijas del amor. Jamás querrían ser madres de él. Fueron descubiertas y rodadas, y empíricamente comprobadas, desde él, teniéndolo de supuesto o sótano, de luz, balcón, razón o método.

Cuentos para rodar

1

EL MENDIGO Y EL AVARO

Había una vez un mendigo que se encontró con un avaro, y le pidió una limosna. Pero el avaro no se la dio. El mendigo se alegró de que el avaro se envileciera, tanto más cuanto que él era un pobrecito mendigo. Cuando murieron, el avaro se fue al purgatorio, pero el mendigo al infierno.

Tiempo después se volvió a encontrar el mismo mendigo con el mismo avaro. Y el mendigo volvió a pedirle una limosna. Pero el avaro no se la dio. El mendigo, escarmentado por su experiencia anterior, no se alegró ya de que el avaro se envileciera a su costa. Por el contrario, se lamentó de ello, habiendo en la ciudad tantos otros mendigos igualmente pobrecitos con los cuales podría haberlo hecho. Cuando murieron, el avaro se volvió a ir al purgatorio y el mendigo nuevamente al infierno.

Todavía una tercera vez volvieron a encontrarse el mismo mendigo con el mismo avaro. Esta vez el mendigo entró en pánico al ver al avaro y cruzó rápidamente de acera para no toparse con él. El avaro lo lamentó mucho, porque, escarmentado también él por su experiencia anterior, se había decidido a darle la limosna. Cuando murieron, el mendigo terminó nuevamente en el infierno, pero el avaro, en cambio, fue al cielo.

Y todavía una vez más volvieron a encontrarse el mismo mendigo con el mismo avaro. En cuanto vió al mendigo, el avaro le ofreció una limosna que ya traía preparada. Pero el mendigo se lanzó al cuello del avaro y lo estranguló y le quitó todo el dinero. Esta vez el avaro no se fue a ninguna parte, porque murió. Y el mendigo vive todavía, y nos está mirando.

EL BUENO MALO

Erase una vez un joven comunista y un mendigo. Un día, el joven se disfrazó de rico y buscó al mendigo para hacerle el bien. El mendigo extendió la mano, esperando la limosna. El falso rico le dió una patada en cambio. Quería hacerle el bien. El mendigo odió a los ricos y se inscribió en el Partido Comunista.

Un año después se volvieron a encontrar. El joven hacía un bello discurso en contra de los ricos. El mendigo lo reconoció y recordó el ultraje pasado. Odió también a los hipócritas. Mató al joven comunista y se inscribió en el partido de Marcel Penso, el millonario.

3

EL CASO DIOS

I

Un día estaban juzgando a Dios por malo y envidioso. El abogado defensor dijo: "Dios creó el mundo bueno y hermoso. Fueron los hombres quienes lo dañaron". Se presentó entonces una mujer a la que le había caído encima una iglesia durante un terremoto en Lisboa. El abogado defensor dijo: "La muerte es necesaria para que la vida del hombre valga". Entonces se presentó un niño que había muerto de cáncer a los ocho años. El abogado defensor dijo: "Dios es el único apoyo de los pobres". Entonces se presentó un mendigo y tosió. El abogado defensor dijo: "La fealdad es necesaria para que la belleza resalte". Entonces se presentó un jorobado imbécil y le sonrió al abogado defensor. El abogado defensor ya no dijo nada. Y el juez dijo: "Culpable".

II

El juez dijo a un funcionario: "Traigan al reo". El funcionario fue a buscarle, no le encontró y dijo: "No estaba allí". El juez reprendió al funcionario por su descuido. El funcionario dijo: "Yo creía que lo había traído el sacerdote." El juez reprendió al sacerdote y le dijo: "Traiga al reo". El sacerdote fue a buscarle, no le encontró y dijo: "Yo creí que lo había traído el obispo". El juez reprendió al obispo y le dijo: "Traiga al reo". El obispo fue a buscarle, no le encontró y dijo: "Yo creí que lo había traído el Papa". El juez reprendió al Papa y le dijo: "Traiga al reo". El Papa fue a buscarle, no le encontró y dijo: "Yo creía que vendría solo." El juez entonces dijo: "Dios es inocente, porque no existe". Y condenó a los hombres.

LA NIÑA DE LA MUÑECA

Había una vez una niña que amaba mucho a su muñeca cuando ésta lloraba, hasta que un día comprendió el mecanismo que producía el llanto en la muñeca. Ya no la amó más y la destruyó. Y su madre le dijo: "Te comprendo y te perdono". La niña creció. Quiso que la amaran y se dedicó a mentir para no ser comprendida. Un día le mintió a un anciano sabio que la descubrió en su mentira y le dijo: "Te comprendo y te perdono". La niña entonces, acosada, se dedicó al mal y a la prostitución. Un día un hombre se enamoró de ella y le dijo: "Te comprendo y te perdono". La niña, que amaba al hombre, lo abandonó. Pero entonces se comprendió a si misma. Ya no se amó más y se mató. Y un sacerdote dijo: "Dios la comprenderá y la perdonará". La niña fue al cielo. Dios la comprendió. Ya no la amó más y la destruyó.

5

EL MONJE ASCETA

Erase una vez un monje asceta cuya mayor felicidad era sufrir y al que nada le molestaba tanto como ser dichoso. Un día le cayó una teja en la cabeza. El asceta entonces se puso muy contento porque le dolió mucho. Pero entonces se entristeció porque estaba muy contento. Y entonces se puso muy alegre porque se había entristecido. Mas entonces le embargó la pena porque estaba alegre. Pero pronto se reconfortó porque tenía pena. Mas entonces comenzó a mortificarse porque se había reconfortado. Y entonces etcétera.... etcétera... La última vez que se vio al monje asceta lloraba a carcajadas.

EL BOXEADOR Y EL CALYPSONIAN

Había una vez un boxeador que se llamaba Sugar Baby y un calypsonian que se llamaba Lord Delicious. Lord Delicious no cantaba bien, pero se llamaba Lord Delicious. La gente decía: "Lord Delicious, canta esto. Lord Delicious, canta esto otro". A la gente le gustaba decirle a Lord Delicious: "Lord Delicious". Les daba hambre y sed decirlo, y un poquito de tristeza. Era muy sabroso escupir después de decir: Lord Delicious.

Sugar Baby no boxeaba bien. Siempre le sangraban la nariz y le rompían las orejas, pero se llamaba Sugar Baby. La gente decía: "Pobrecito Sugar Baby. Van a matar a Sugar Baby". Era dulce ver a Sugar Baby tendido inconsciente sobre la lona del ring. Se sentía uno bueno, caritativo, tierno, cuando uno decía: "Pobrecito Sugar Baby".

Un día Sugar Baby y Lord Delicious murieron. A la salida de la vida, un funcionario viejo, cansado y masticando chicle, les pidió sus cosas. Sugar Baby y Lord Delicious dieron sus cosas. Eran pocas. Pero Sugar Baby había escondido sus guantes y Lord Delicious su ukalele. Y el funcionario le dijo a Sugar Baby: "Señor, déme sus guantes". Y Sugar Baby se los dio. Y le dijo a Lord Delicious: "Señor, déme su ukalele". Y Lord Delicious se la dio. Entonces el funcionario dijo: "Señores, dénme sus nombres". Lord Delicious no quiso dar su nombre. Sugar Baby tampoco. Dijeron: "No". El funcionario dijo: "Ustedes ya no van a firmar contratos, ni cartas, ni nada. A ustedes ya no los van a llamar. Ustedes están muertos. Señores, dénme sus nombres". Sugar Baby y Lord Delicious dijeron: "No". El funcionario entonces abrió una gaveta llena de nombres y se los mostró: Conde Duque de Olivares, Sir Walter Raleigh, Pedrarias Dávila, Madrigal de las Altas Torres, Alarico el Ostrogodo. Y les dijo: "Dénme sus nombres

también". Lord Delicious y Sugar Baby dijeron: "No". Entonces el funcionario se puso bravo y llamó a Dios. Y Dios vino y preguntó: "¿Qué les pasa a estos negros? " El funcionario dijo: "No quieren dar sus nombres". Entonces dijo Lord Delicious: "A usted sí, Dios". Y Sugar Baby dijo: "A usted sí se lo damos, Dios". "Son nombres muy bellos", dijo Lord Delicious. Y añadió: "Yo me llamo Lord Delicious". "Y yo, Sugar Baby", dijo Sugar Baby. Y Dios dijo al funcionario: "Déjales el nombre. No importa". Y se fue, pensando en otro asunto.

EL OLIGARCA

Una vez murió un oligarca, fue al cielo y le dijo a San Pedro: "¿Cuánto cuesta la entrada?" San Pedro se puso bravo y llamó a Cristo. Entonces el oligarca le dijo a Cristo: "¿Cuánto cuesta la entrada?" Cristo se puso bravo y llamó a Dios. Entonces el oligarca le dijo a Dios: "¿Cuánto cuesta la entrada?" Entonces Dios se lo dijo, y el oligarca pagó y entró.

8

LA TRAVESURA

Una vez uno de los hijitos de Dios, aprovechándose de que su papá dormía la siesta, creó el mundo. Cuando Dios despertó le dijo: "¿Por qué has hecho esa travesura?" El hijito de Dios dijo: "Yo estaba jugando". Y entonces Dios dijo: "Está bien. No importa. Pero no lo vuelvas a hacer".

9

EL HIPOCRITA SINCERO

Una vez había un hipócrita que usaba siempre máscara. Un día quiso ser sincero. Se quitó la máscara y fue a verse el rostro en un espejo: Era igual que el de la máscara.

10

EL MALO MALO

Una vez había un hombre malo que a todo el mundo le advertía: "Yo soy un hombre malo". Cuando murió le dijo a un juez: "Yo soy un hombre malo un poco bueno, porque confesé siempre ser un hombre malo". Y el juez le dijo: "No. Usted es dos veces malo. Usted es un malo malo. Usted es perverso".

EL CASADO INFIEL

Una vez un hombre traicionó a su mujer y se envileció, y sufría mucho, hasta que un día se lo confesó todo, se alivió y ya no sufrió más, y se hizo bueno. A su mujer le dio mucho dolor esa confesión, sufría día y noche, y como era inocente, no tenía qué confesar para aliviar su pena. Cuando su esposo reía, ella se mordía los labios. Cuando su esposo dormía tranquilo, ella estaba despierta, mirándolo, sufriendo, envileciéndose con el dolor. La noche en que murieron, el marido culpable se fue al cielo, y la esposa inocente se condenó.

EL MENDIGO ANDRAJOSO

Una vez murió un pobrecito mendigo andrajoso y se fue al cielo. Allí se encontró con San Pedro y le dijo: "Señor, ¿aquí es el cielo?" San Pedro lo vió y le dijo: "No".

13

SEÑORA MELANCOLICA Y DIOS ABURRIDO

Una señora en la menopausia le escribió a Dios una carta preguntándole si existía. Y Dios le contestó que no.

EL SOBERBIO Y EL MEZQUINO

Una vez murió un hombre soberbio e inmediatamente exigió una inmortalidad donde poner sus cosas que él decía eran inmensas. Pero todo se lo acomodaron, y de lo más bien, en un huequito del cementerio. Y después murió un mezquino que decía sólo traer cositas de la vida, pero lo obligaron a que amueblara con ellas, de punta a punta, un cielo inmenso y vacío.

EL POETA ENFERMO

Una vez había un poeta que temía mucho a la muerte. Un día enfermó, se asustó y fue rápidamente a ver a un médico. Le dijo: "Doctor, es un dolor filoso que me muerde por debajo de la vida y me amenaza el alma. Temo morir". Y el doctor le dijo: "Póngase tres supositorios diariamente". El poeta lo hizo. Entonces sanó, pero a los pocos días tuvo que suicidarse de pura vergüenza y humillación.

16

LA BUENA ETICA

Un día murió Dios y a los hombres no les quedó más remedio que ser buenos ellos mismos.

TEORÍA DEL VUELO

A los muertos de Paitilla.

Un avión en tierra es como un pájaro torpe y somnoliento. Es necesario accionar violentamente los controles de mando, literalmente patear los pedales, y aun así responde sólo al cabo de un rato. Por eso el piloto tiene que acostumbrarse a hacer las correcciones antes de que el avión se desvíe, tiene que refinar su sensibilidad, desplegarla a lo largo de todo el cuerpo para presentir, adivinar los movimientos que el armatoste va a hacer y corregirlos antes de que sucedan. Esta fineza del piloto, como la llamaría Pascal, pone aun más de manifiesto la torpeza del avión, verdaderamente bestial, infantil y discol, primitiva e irresponsable.

Cuando se le ha llevado al extremo de la pista y, directamente contra el cielo, se le introduce con la mano el acelerador, suavemente pero con decisión, cróticamente, a fondo y de una vez por todas, dándole la potencia máxima, la máquina entera tiembla, se sacude la modorra y despierta avidísima inmediatamente sin pasar por ningún estado intermedio. Como despiertan los niños. Entonces, conforme acelera, toma posesión de espiritualidad, una agilidad nerviosa que el piloto puede seguir sólo después de largos ejercicios que le dan la destreza para ello; una destreza tan sutil, tan de pizca, tan de yema de los dedos, que uno nunca puede estar muy seguro de que se la tiene aún, de que no se ha trabado en los cuatro días de no volar o de que no se ha trabado por algún trauma insignificante del que no nos dimos ni cuenta.

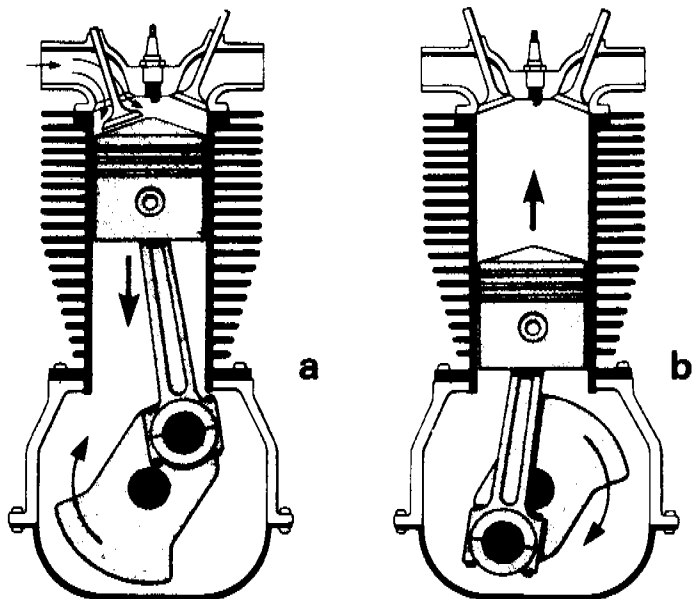
En medio de un estrépito furioso, el avión sin embargo pierde peso rápidamente, pero sin desmaterializarse, como si la espiritualidad

fuese también un atributo de la materia, que ahora el avión toma plena posesión. Y también el piloto participa de esta dimensión de la materia: sabe, si es que en algún momento se hiciese cuestión de ello, que toda teoría creacionista sobra; y lo sabe directamente, con las manos. Hasta que llega un momento en que ya no pesa más y basta llamar al avión con una delicadísima presión sobre el timón de profundidad, casi con el pensamiento sólo, para que despegue y entre a su elemento familiar y propio. De allí en adelante todo es distinto. El avión se ha despojado ya de nuestra servidumbre y se convierte en un compañero celoso.

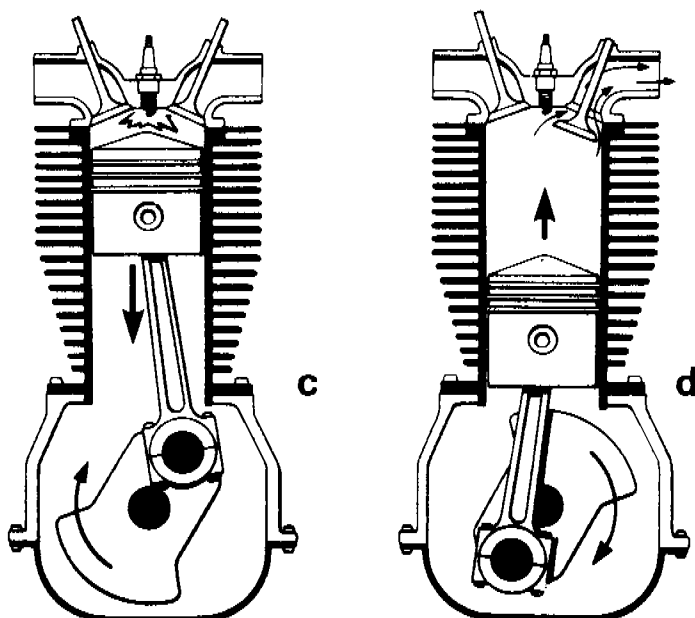
Cuando se ha alcanzado la altura en la que se va a volar, muchas cosas que comenzaron a ser imperceptiblemente al amparo de las ocupaciones dedicadas al ascenso, han sucedido ya. Ahora al piloto no le queda nada por hacer, sólo registrar las novedades de esa nueva dimensión y ese nuevo ser en el que está, y realizar su oficio, mapa y lápiz en mano, de supervisar el mundo. De cuando en cuando se extravía un río, y hay que buscarlo afanosamente, o una montaña se esconde detrás de otra como jugando con el piloto que sin embargo no está nunca en humor para esa clase de juego, como no puede estarlo nunca ningún pastor pobre, y el mundo es la única posesión del piloto.

El ruido del motor ha tomado el sitio y las funciones del silencio y poco a poco se convierte en silencio, en un silencio más claro y próximo que cualquier otro silencio. Espeso cual ninguno y sin embargo diáfano, el menor ruido, el hipo más disimulado del motor, es un grito ensordecedor perfectamente dibujado por el silencio que lo recorta: un boquerón de nada por donde brinca, directamente al cuello del corazón, el miedo. Un segundo, una eternidad después, el silencio vuelve a taponar las grietas del universo resquebrajado y frágil, y que requiere de nuestra parte el mayor tacto y la atención más sostenida.

Cuatro ciclos de explosión (a) Entrada (b) Compresión



(c) Ignición (d) Escape

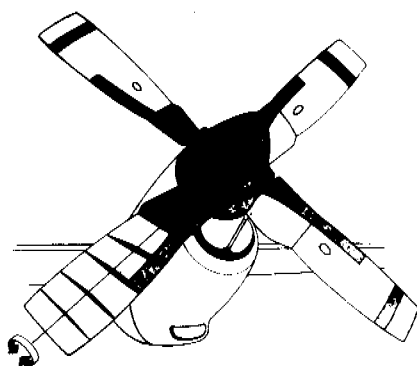
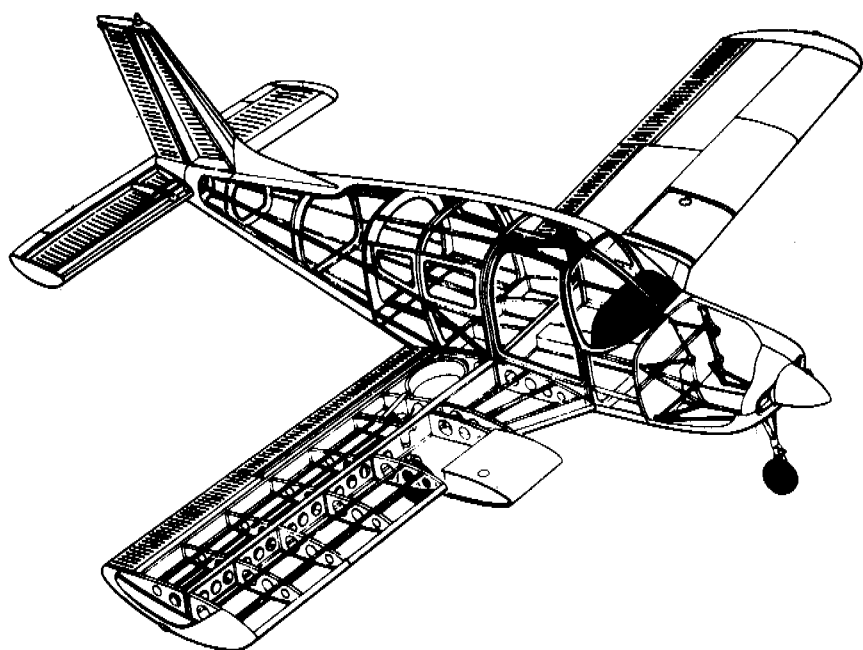


Por eso se ven y se sienten tantas cosas, detalles en los que, allá abajo, ni siquiera pensamos. Y es que el suelo es tan duro y firme que permite (yo diría que incluso auspicia) la vida ruda y torpe y ciega.

La vida ruda. Y torpe. Y ciega. Si por lo menos fuese una actitud consciente, un plan deliberado de confundir a Dios, de despreciar la vida tan miserablemente dada con cuentagotas. Si fuera eso, por lo menos. Soberbia, no irresponsabilidad. Actitud satánica, pose ante las estrellas, no lo que realmente es. Si por lo menos vivir fuera pecado. Pero no, es que a veces ni siquiera es interesante. Y todo por el descuido, por ese suelo duro que permite pisar con torpeza y percibir sólo las llamadas toscas y groseras de las cosas.

En el avión hemos de ser por fuerza justos. Hasta con el detalle más insignificante y la voz más tímida. Todos los movimientos del piloto han de ser llevados a cabo con mucha suavidad, y su cuerpo, por eso, y su alma también, adquieren una ternura natural y perfectamente viril. Es un universo frágil. Nada se empuja. Nada se hala. Son presiones las que uno ejerce, sugerencias de presiones. Como cuando se camina sobre una capa de hielo delgado, sobre un suelo que puede ceder en cualquier instante si se pisa, se vive, se siente o se piensa con torpeza.

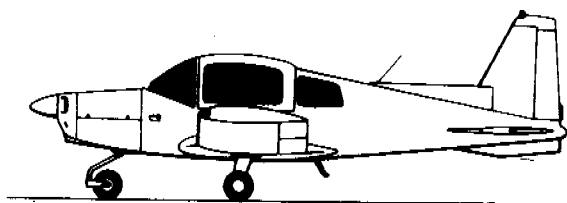
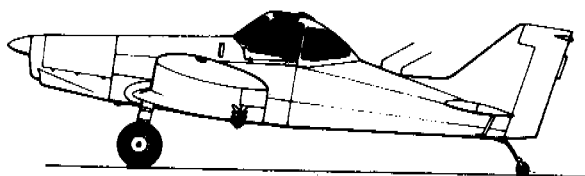
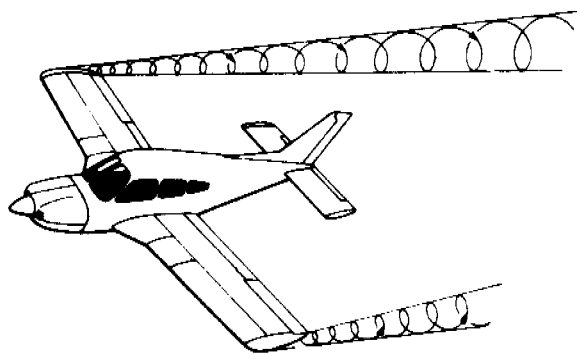
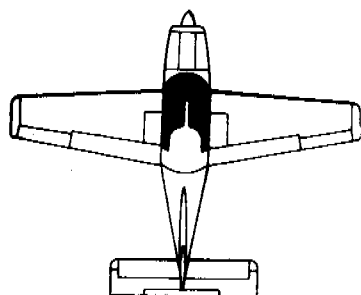
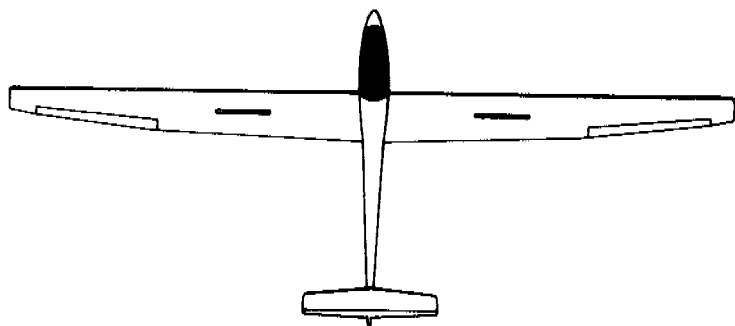
Todo el cuerpo es una antena viva, una sensibilidad extendida capaz de percibir los detalles más insignificantes. A veces se cuelan voces confusas por los audífonos que el piloto no alcanza a identificar, pero que llegan con las distorsiones de lo que ha tenido que atravesar campos de fuerza siderales; o, volando de noche, le llega un pálpito de más, una gota de sangre ajena que ahora le recorre el cuerpo y que el piloto puede seguir por todos sus órganos y todos sus túneles interiores: o, todavía con mayor frecuencia, de noche también, ve a lo lejos una lucesita palpitando, una señal urgente, pero de pronto se



apaga del todo y hay una pequeña pesadumbre de esperanza que muere. La noche está llena de mensajes y de compañía y de misterio. El piloto no sabe, no se pronuncia. Desde luego, no niega. Justamente su condición es la de estar abierto, la de ser borde, frontera, la de ser conciencia. No se le escapa nada. No hay polizontes en la conciencia de quien se ocupa en tripular un avión, ninguna experiencia le introduce sensaciones de contrabando. No se le pierde nada. Nadie le roba nada. El piloto piensa de cuerpo entero, con las manos y los pies y la inteligencia, con todos sus órganos ennoblecidos, con todo lo que ha podido salvar de su pasado, del incendio de su vida.

Unicamente de él depende el equilibrio inestable del universo en el que está ingrimo y solo, y es su oficio y su virtud dedicarle toda la atención. Se juega la vida en ello, porque todo el espacio es su propia subjetividad, su reino interior, más allá del cual o no existe nada o no importa lo que existe. Ningún otro pensamiento cabe. El futuro, por ejemplo, no cabe. Sí el crepitar minúsculo del germen que posteriormente se desarrollará en una acción, pero no la acción. No cabe el tiempo venidero. Tan importante y único es el instante, el instante exacto en el que está, que no puede pensar en lo que con seguridad vendrá después, ni siquiera en el punto de destino del viaje. Ni cabe el pasado tampoco. Sí los restos del naufragio que flotan en el agua de su alma y que las olas llevan de cuando en cuando a las orillas del corazón, pero no el pasado mismo. Su sabor solamente. El piloto no espera nada ni se despidе de nada. Sin esperanza ni nostalgia, ni alegría en consecuencia, ni tristeza, perfectamente serio, mortalmente serio, sólo es actual. Un piloto está siempre de perfil, ocupado en el instante. Pero en un instante sin límites.

Ahora la vida no comienza. No es más que esto, pero tampoco menos: un instante sin premisas ni conclusión. Porque no tiene



premisas, es absolutamente gratis, no hay que pagársela a nadie, ni agradecerla ni justificar nada. Porque no tiene conclusión, no se necesitan objetivos ni ambiciones ni proyectos. Sin causas: libertad pura. Sin efectos: pura generosidad. El piloto no va a ninguna parte: acaba de llegar. De ninguna parte viene: sale en este instante.

Son las condiciones objetivas para hacerse las grandes preguntas. Uno llega de todas partes, desde los confines más remotos de la infancia, desde ciudades de países lejanos en donde siempre es de noche, de cuartos oscuros en hoteles y de camas con mujeres..., uno llega de todas partes y se reúne, y después de un rato de conversaciones triviales y saludos y preguntas y sorpresas, se hace el silencio, se funde el silencio de uno con el del motor. Todo lo que uno es y ha sido, y hasta uno que otro que será, está presente, sentado frente a uno, rodeándonos y mirándonos directamente a los ojos, sin petulancias morales y sin reproches, pero también sin miedo y disimulo. ¿Quiero a esa mujer? Sí, la quiero. ¿Tiene razón aquél que se compró una casa? No, no tiene razón.

Las cosas han desaparecido físicamente. Sólo sus imágenes quedan, su recuerdo. Pero los recuerdos, las imágenes, pesan tan poco. Un niño puede recordar una montaña sin que tenga que parpadear el ojo con que la mira. Sólo hay ser, piso de ser, conciencia sola, sin que nada la ocupe o distraiga. Porque las nubes pesan poco, porque la tierra se suaviza de lejos, pierde sus aristas. A veces no se sabe bien dónde termina la tierra y comienza el mar, dónde termina el mar y comienza el aire. Y el aire es invisible. No se lo ve. No se lo toca. Como Dios. El piloto cree en el aire, cuenta con él, pero no lo piensa, no lo conoce. No quiere conocerlo. No le hace falta conocerlo.

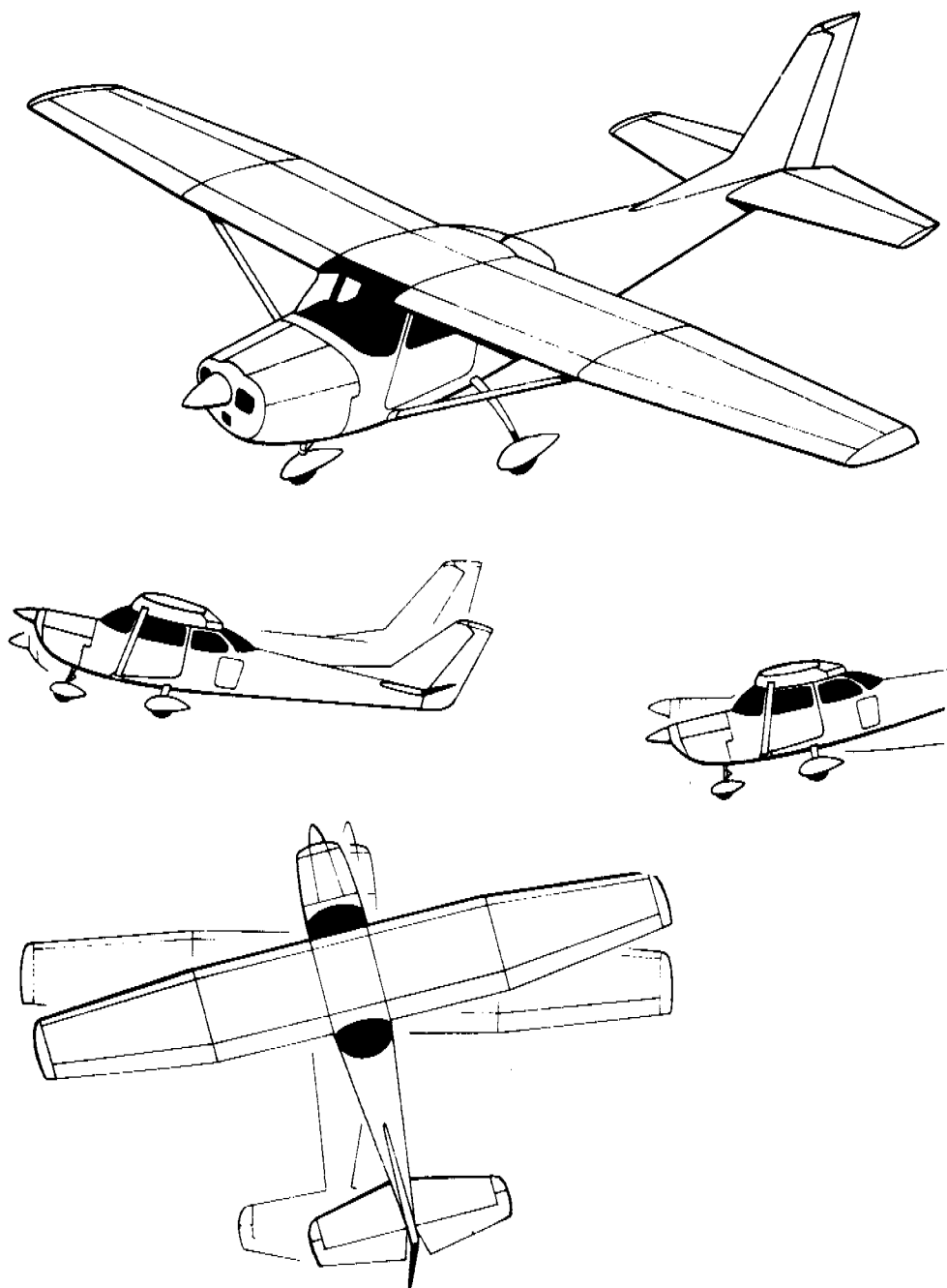
Sobre la conciencia, sólo las huellas de las cosas que la han caminado. Aquí pisó una mujer. Allí caí. Allí, sobre ese calor que perdura y vibra, dije una mentira. La conciencia es un viejo campo de batalla, ya vacío. Ni yo lo piso. Vuelo sobre ella.

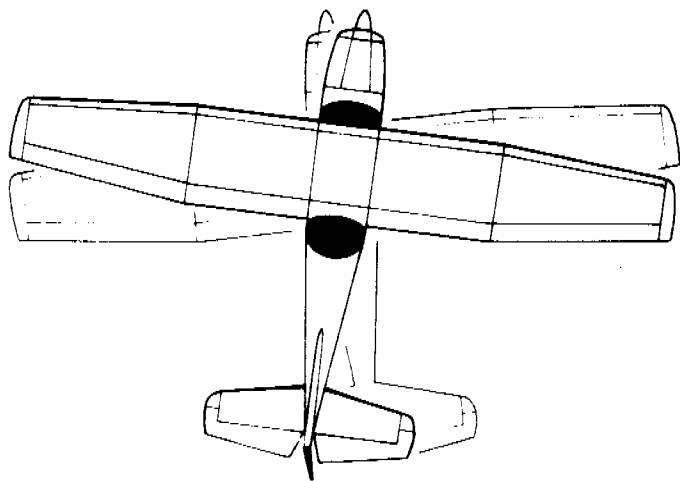
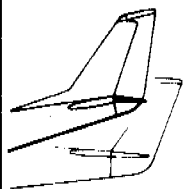
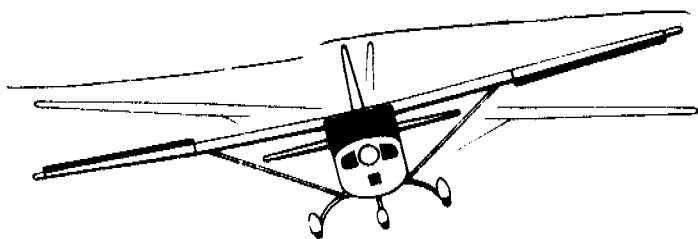
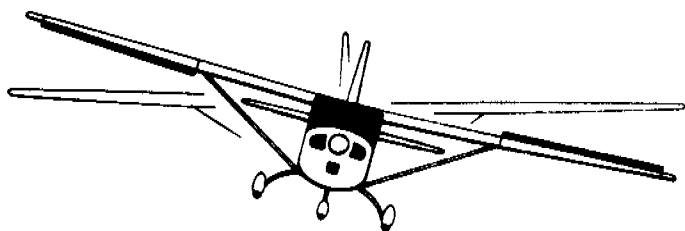
¡Esto es más hermoso cada vez!

Ahora, aquí, a 8000 pies de altura, sería fácil hacer un inventario de lo que realmente soy, de lo que estoy apostando en ese juego sucio de allá abajo cuando me pongo la corbata. Pero no lo hago. Sería peligroso desprenderme de todo lo que no soy y que me ata a la tierra. Podría quedar flotando, no estar ya en condiciones de poder aterrizar, de perder el peso mínimo que se requiere poner sobre la voluntad para que ésta ejerza las presiones necesarias del descenso. Es importante, pues, no perder contacto con la tierra, recordar algo de allá abajo: mis hijos, la calle en la que vivo, la película que quiero ver el próximo domingo. Cualquier cosa, por muy baladí que sea, pero que me mantenga anclado en la vida de la tierra y sus asuntos.

Por otra parte, sin embargo, he tenido siempre la curiosidad de saber si de todo lo que he hecho me ha quedado algo, si algo queda de mí al quitárseme el empleo, los hijos, el nombre, las costumbres, el cuerpo, el alma, los amores, los intereses en esas cosas del mundo con las que estoy entretejido. Es más que una curiosidad, porque tarde o temprano estas cosas a las que aludo terminarán por desertarme en ocasión de una fiebre, de un dolor, de una caída mortal. Es más que una simple curiosidad el querer saber si voy a perderlo todo en la muerte o si podré sobrevivirla, mejor dicho, si podría sobrevivirla, caso de que eso fuera posible, quiero decir, si he logrado recoger algo que poder llevarme, caso que hubiera donde poder llevarlo. Es mucho más que una simple curiosidad.

Yo creo, verdaderamente, que no me importaría anularme en la muerte. Por el contrario, me sentiría distinguido al ser objeto de una consideración tan seria. Lo que me produce vértigo, es que no haya necesidad de anularme, que me acabe porque nunca fui, que no tenga, yo mismo, yo, ni siquiera la posibilidad de trascender aunque la tal posibilidad la haya para quien tenga qué lanzar a ella. Quiero





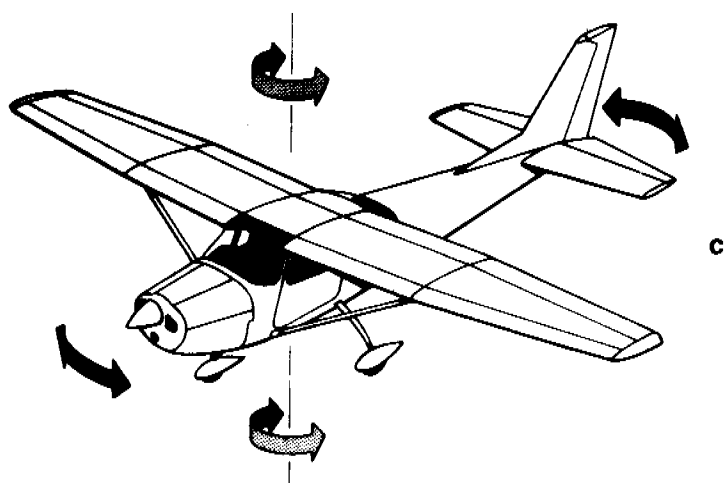
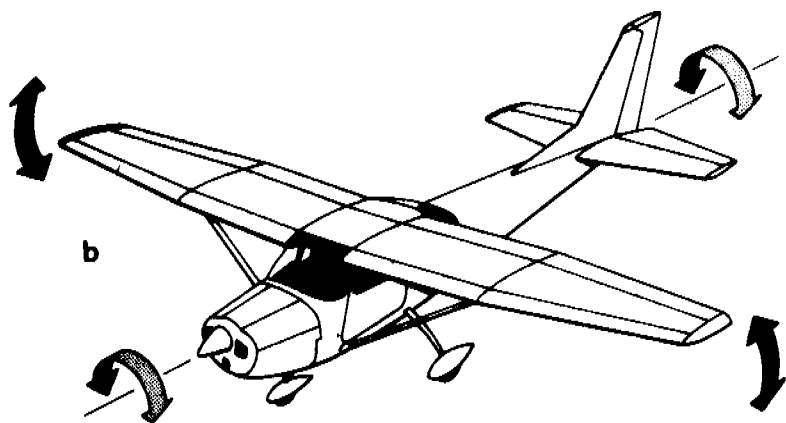
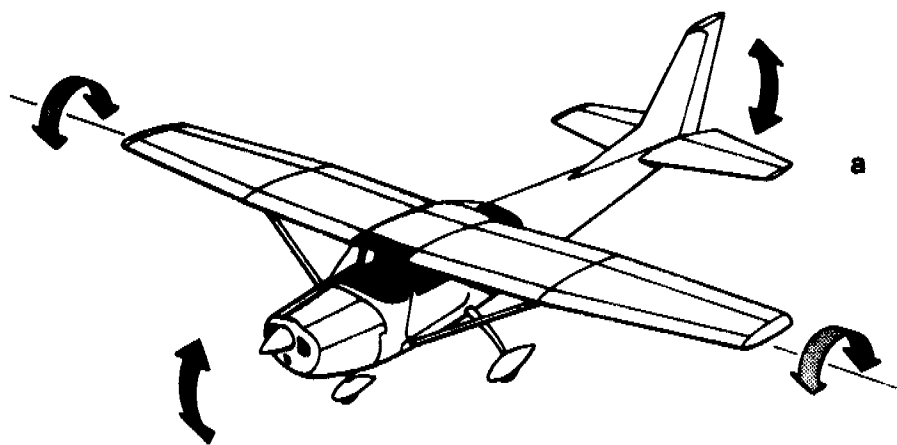
decir, lo que me produce, no vértigo sino vergüenza, es que me anule pero no porque Dios no exista sino porque no existo yo. Ahora podría romper relaciones con el mundo y saberlo de una vez por todas, pero no me atrevo. No me atrevo ni siquiera intentarlo.

Un día, en el crematorio de la ciudad, vi una silla a medio quemar. Allí debe estar todavía. Soportó, sobrevivió el fuego que convirtió en humo todo lo que de cuero y adorno tenía. Sólo quedaba la estructura metálica. Ya nadie se iba a sentar en esa silla. Ya no era un sitio de reposo. Ya no servía, no le servía a nadie. Pero no estaba muerta, estaba allí. Se le había despojado de su función, pero, por lo mismo, de su servidumbre. Por fin era libre, cosa ella misma. ¿Qué le pasaría, qué sobraría, si le quitaran a un ejecutivo de empresa todo aquello para lo cual sirve? Incluso Dios, la noción que tenemos de la divinidad, ¿soportaría la prueba de fuego por la cual ha pasado esa silla?

Sintonizo alguna emisora comercial. Anuncian pastas de dientes, canciones con dedicatorias de una cursilería muy realista, porque de eso está hecha la vida de los hombres, de la que no me atrevo a prescindir. Y da un poco de pena.

Bien. Me incorporo a ella. La pena, la tristeza, se pueden aguantar. Pero, por lo demás, qué sencillo es, qué fácil. Es suficiente un cambio mínimo de posición, acomodarse un poco hacia atrás, enderezar la espalda, y listo, ya estoy de nuevo inmerso en los asuntos de la tierra. Apenas lo suficiente para que no se me confunda con otra cosa.

Lo que menos me gusta de allá es que hay tantas palabras que no importa que se digan, y que en consecuencia sobran, tantos conocimientos que no importa que se tengan. En un avión, en cambio, todo es importante. Por eso es bien poco lo que se dice y bien poco lo que se hace, pero uno se las está jugando en ese bien poco, y eso lo convierte, si no en mucho, por lo menos en todo.

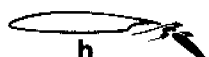
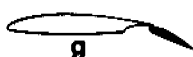
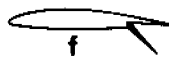
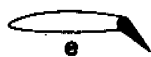
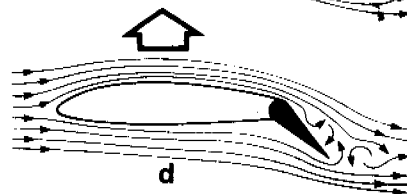
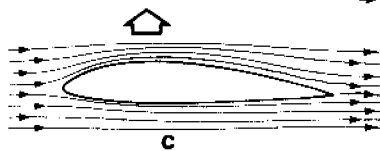
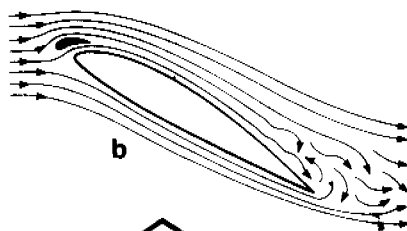
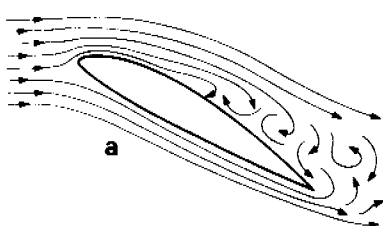
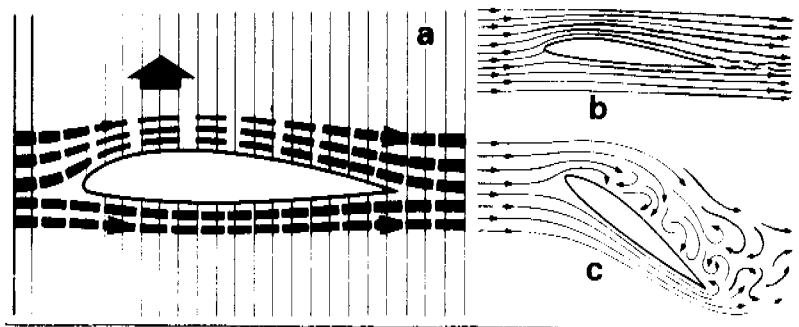
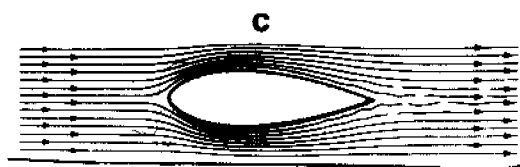
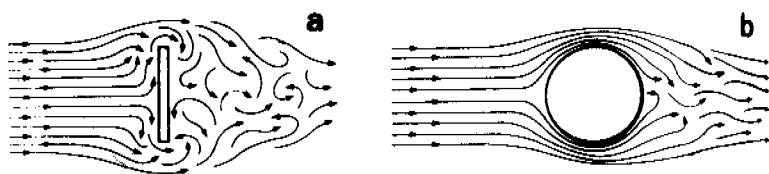


Por ejemplo, adelgazo la mezcla del combustible. Esto se puede hacer hasta cierto punto y nada más que hasta cierto punto. Más allá de ese punto, el motor se apaga, se asfixia repentinamente. Sin pasar por ningún estado intermedio, como se apagan los niños a la hora de dormirse y de morir. Se requiere tacto, consideración, amor, tener el alma en las punta de los dedos, para que el motor no pierda las revoluciones que lleva. Cuando se ha encontrado ese punto exacto, único, insustituible, se inunda la vida de una gran ola de alegría que, sin embargo, apenas si se la expresa con una tenue sonrisa. Y posiblemente ni eso. Las grandes pasiones no suelen acompañarse de gestos y alharacas. Como el día en que llegó el cable anunciándome la muerte de mi padre. Apenas si tuve un gesto mínimo del que nadie se apercibió.

Seis meses después, camino del aeropuerto, tuve la sensación de que había olvidado algo. ¿Mi cuaderno? No, allí estaba. ¿Los anteojos de sol? Allí estaban igualmente, en la guantera del auto. Pero algo faltaba, en alguna parte. Quizás un edificio, o un deber. Hasta que de pronto caí en la cuenta de que quien faltaba en el mundo era mi padre. Sentí entonces una pequeña opresión en el pecho, un pequeño dolor sordo, casi insignificante, pero que ya no me ha abandonado nunca.

Así, pero al revés, he visto bajar la temperatura del aceite desde que le instalé al avión un enfriador de aceite. Y esa alegría, leve pero honda, compensa la muerte de mi padre. Tiene su misma calidad: es serio.

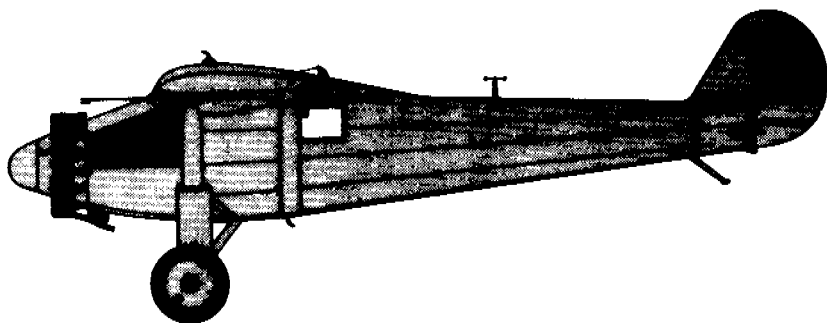
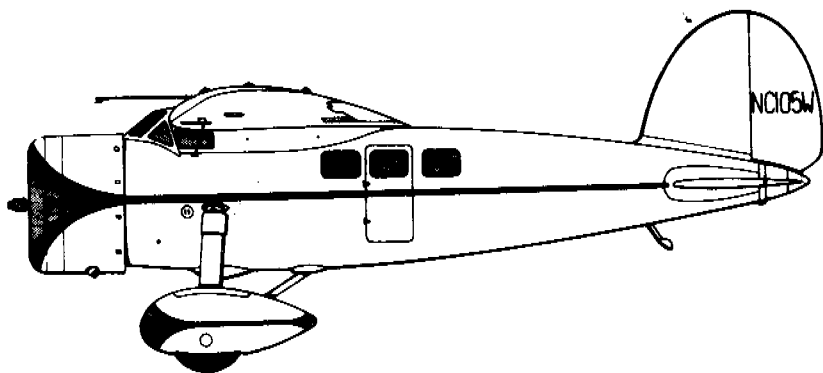
Son pocos y bien modestos los conocimientos que se requieren para pilotear un avión, pero tienen esa calidad única que los sitúa, en dignidad, por encima de cualquier otro conocimiento: con ellos nos estamos jugando la vida, y no de un modo teórico o abstracto, sino que de verdad, ahora, aquí, ya, bañados de aceite, carbonizados, entre un montón de lata y metal ardiendo al rojo vivo.



¿Qué puede valer todo el conocimiento de un teólogo o de un metafísico, que ni paga por sus errores ni cobra por sus aciertos, al lado del conocimiento que el piloto tiene sobre la relación que existe entre la temperatura y la presión del aceite, del que la vida entera depende, de punta a punta? ¿O al lado del saber aliviar la fiebre del motor para que la vida se nos inunde de alegría? Puede que un piloto no sea culto, pero sabio sí que lo es, porque lo poco que sabe es tan valioso como la vida humana, y esos pocos conocimientos que tiene son un tesoro que constantemente revisa, corrige y pule.

Así querría yo saber que Dios existe, o que no existe. Así querría yo saber que dos más dos son cuatro, así querría saberlo todo, para que todo fuese un riesgo y cada conocimiento una recompensa. Sólo quien apuesta gana, y ganar algo de que morirse, algo que perder al morirse, algo sencillamente para poder morirse, debería ser el interés de todos los que no tenemos casi nada.

Hay otra cualidad en la teoría del vuelo, otra característica, que subraya aun más su humanismo y que es también razón para enorgullecernos de ella y sabernos ennoblecidos cuando navegamos por las alturas. Los pioneros de la aviación, entorpecidos por el prejuicio religioso de que Dios hizo el mundo y de que lo hizo de la mejor y más inteligente forma posible, quisieron siempre imitar el vuelo de las aves. Indudablemente, pensaban, que ésa debía ser la mejor forma de volar. ¿No es acaso la forma que diseñó el gran arquitecto, el gran ingeniero de la naturaleza? Se aplicaron, entonces, a construir aparatos con alas que batían el aire, como los pájaros hacen. Pero esa vía de imitación de Dios conducía invariablemente al fracaso. Y no porque esa técnica de volar fuese demasiado difícil, sino porque es una mala técnica. Lo que de extraordinario tiene el descubrimiento de la hélice es que en la naturaleza no hay nada igual. A Dios no se le ocurrió sencillamente. Al menos con los fines



que le da la aviación. La técnica del vuelo tuvo que desentenderse de Dios y de su creación para poder despegar al hombre de la tierra. Es una técnica, pues, absolutamente artificial, humana, que rápidamente superó con mucho al estilo natural del vuelo. ¿Qué ave podría competir con un transatlántico de propulsión a chorro? Sería como comparar el elemental y simplísimo canto de un pájaro cantor, todo él naturaleza, con una bien artificial sinfonía de Bethoven, todo él esfuerzo cultivado, ganado palmo a palmo. En este sentido no estaban descaminados los gnósticos del siglo II después de Cristo cuando afirmaban que Dios era un ser mediocre y que por eso lo es igualmente la naturaleza que había creado. Cada vez que encuentro algo, como la aviación, en la que superamos a Dios sonrío satánicamente, pero sin malas intenciones. O también, por ejemplo, como la muerte. Ni Dios nos gana en eso. Allí ni siquiera compete.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Cinco minutos o tres horas, es lo mismo. El tiempo de vuelo, por lo sereno a veces, y a veces por lo terrible, tiene esa propiedad característica de lo infinito: es igual a algunas de sus partes. Consulto el reloj. Si los cálculos han sido hechos correctamente, de un momento a otro debe de aparecer a lo lejos el punto de destino. Y efectivamente, no tarda en aparecer. Comienzan las operaciones del descenso. Como no llevo pasajeros, puedo perder altura rápidamente sin temor de que alguno se queje de dolor de oídos.

Regreso a la tierra. Vengo del cielo, que es otra dimensión de la tierra. No hubo, ni lo habrá nunca, peligro de que la abandonara. Antes de que sucediera eso, preferiría que me reclamara violentamente, como lo hace a veces. Regreso al tiempo, a abrirme por los cuatro costados a sus pirañas inmisericordes pero que con cada picotazo nos colocan una condecoración roja, tanto más distinguida por cuanto que no existe el único ante quien podríamos lucirlas. Vengo de mí, con el sentimiento confiado de que hay dos cosas sólidas, duras y amigas, que detendrán mi caída mortal y hacia las cuales puedo desplomarme tranquilamente: la tierra y yo.

BIOBIBLIOGRAFÍA

JOSÉ DE JESÚS MARTÍNEZ (CHUCHÚ)

Nació en Managua, Nicaragua, el 8 de junio de 1929 y posteriormente adoptó la ciudadanía panameña.

Los estudios primarios los realizó en San José Costa Rica y los secundarios en Estados Unidos, en la Tabor Academy de Marion, Massachuset.

Estudios universitarios en la Universidad Católica de Chile, en la Nacional Autónoma de México y después en la Complutense de Madrid. En esta última universidad obtuvo la Licenciatura en Filosofía y el Doctorado con una tesis sobre *El tema de la muerte en la filosofía contemporánea*.

En Panamá trabajó en la educación secundaria y universitaria enseñando lógica, filosofía y después matemáticas. Ejerció la docencia por más de treinta años y su mayor satisfacción consistió "en haberse ganado la credibilidad del estudiante".

Durante el gobierno del general Omar Torrijos, trabajó muy cerca de él, obtuvo el grado de Teniente de la Guardia Nacional y lo acompañó en todos sus viajes alrededor del mundo. "Haberme ganado su confianza fue otra de mis satisfacciones".

Fue instructor de vuelo y debido a un accidente en San Blas concluyó su vida de piloto. Este hecho, además de la invasión de Panamá, los consideró "sus mayores derrotas".

Participó en diversos congresos internacionales y ganó varios concursos literarios, entre ellos el Premio Ricardo Miró de Panamá, en varias ocasiones, así como el Premio Casa de las Américas con su libro *Mi General Torrijos*.

José de Jesús Martínez (Chuchú) falleció en la ciudad de Panamá el 27 de enero de 1991.

OBRAS

TEATRO

- La Venganza*. N/E. Madrid, 1954.
La Mentira. N/E. Madrid, 1954.
La Perrera. N/E. Madrid, 1958.
Caifás. Ediciones Tareas. Panamá, 1961.
Enemigos. Ediciones Tareas. Panamá, 1962.
Juicio Final. Ediciones Instituto Nacional, Panamá, 1962.
Santos en espera de un milagro. N/E. Panamá, 1963.
La Retreta. Ediciones Tareas. Panamá, 1964.
Aurora y el Mestizo. Premio Ricardo Miró. Departamento de Bellas Artes. Panamá, 1964.
Amanecer de Ulises. N/E. Panamá, 1961.
El Mendigo y el Avaro. Costa Rica, 1970.
Cero y van Tres (Tercer Asalto). Ministerio de Educación. Panamá, 1970.
Segundo Asalto. Ediciones Tareas. Panamá, 1971.
El Caso Dios. Ediciones Tareas. Panamá, 1975.
La Guerra del Banano. Premio Ricardo Miró. INAC, Panamá, 1975.

POESÍA

- La Estrella de la Tarde*. Imprenta Nuevo Mundo. México, 1950.
Tres lecciones en Verso. Ediciones Fuensanta. México, 1951.
Aquí, Ahora. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1963.
Poemas a Ella. N/E. Panamá, 1963.
Hacer la Paz. Ediciones Tareas. Panamá, 1964.
Amor no a ti, contigo. N/E. Panamá, 1965.
Poemas a Mí. Dirección Nacional de Cultura. Panamá, 1966.
One Way. N/E. Panamá, 1967.
Taxi. Colección Abra Palabra, Toluca, México, 1973.
En el nombre de todos. Ediciones Tareas. Panamá, 1976.

Medio Siglo. Ediciones 9 de Enero. Panamá, 1979.

Ars Amandi. Ediciones Tareas. Panamá, 1985.

Flores para tu entierro. Edición Especial de la *Revista Cultural Lotería*. Panamá, 1998.

FILOSOFÍA

Lecciones de historia de la filosofía moderna. N/E. Panamá, 1981.

El tema de la muerte en la filosofía de Santos Tomás. N/E. Panamá, 1962.

Introducción a la lógica moderna. N/E. Panamá, 1962.

Estudio filosófico. En colaboración con Ricaurte Soler. Premio Ricardo Miró de Ensayo. INAC. Panamá, 1971.

MATEMÁTICA

Conjunto y Probabilidad. Panamá, 1965.

Aleph Cero. Ediciones de la Guardia Nacional y el Departamento de Matemática de la Universidad de Panamá. Panamá, 1977.

Introducción a la teoría de la probabilidad. Edición del Instituto Nacional de Cultura y de la Guardia Nacional. Panamá, 1979.

NARRATIVA

Libro para Rodar. Colección Múltiple, INAC. Panamá, 1975.

Incluye: *Ideas para rodar (Aforismos bicornes)* y *Cuentos para Rodar*.

Teoría del Vuelo. Colección Nueve de Enero. Panamá, 1979.

TESTIMONIO

Mi General Torrijos. Premio Casa de las Américas 1987. Edición Centro de Estudios Torrijista. Panamá, 1987.

La Invasión de Panamá. Causadías Editores. Bogotá, 1991.